

Las Ilusiones Perdidas III
Los Sufrimientos del Inventor

Por

Honoré de Balzac

***Free*editorial** 

Al día siguiente, Lucien hizo visar su pasaporte, se compró un bastón de acebo y tomó en la plaza de la rue d'Enfer una silla volante que, por diez sueldos, le dejó en Longjumeau. En la primera etapa, hizo noche en el establo de una granja a dos leguas de Arpajon. Cuando hubo llegado a Orleáns, se sentía ya muy fatigado, pero por tres francos un barquero le llevó hasta Tours y durante el trayecto únicamente gastó dos francos en la comida. De Tours a Poitiers, Lucien anduvo durante cinco días. Cuando hubo dejado bastante atrás Poitiers, no tenía en el bolsillo más que cien sueldos, pero hizo acopio de fuerzas para continuar su camino. Un día que Lucien, sorprendido por la noche en una llanura, decidió vivaquear en ella, vio al fondo de un barranco una calesa que subía por una pendiente. Sin ser visto por el postillón, los viajeros y un criado instalado en el pescante, pudo acurrucarse en la trasera entre dos bultos y se durmió acomodándose lo mejor posible para poder resistir el traqueteo. Por la mañana, despertado por el sol que hería sus ojos y por un ruido de voces, reconoció Mansle, la pequeña ciudad en la que, dieciocho meses antes, había ido a esperar a madame de Bargeton con el corazón lleno de amor, esperanza y alegría. Viéndose cubierto de polvo y en medio de un corro de curiosos y de postillones, comprendió que debían de acusarle de algo; se puso en pie de un salto e iba a decir algo cuando dos viajeros que salieron de la calesa se lo impidieron: vio al nuevo prefecto del Charente, el conde Sixte du Châtelet, y a su esposa, Louise de Nègrelisse.

—¡De haber sabido qué compañero de viaje nos deparaba la casualidad!... —exclamó la condesa—. Suba con nosotros, señor.

Lucien saludó fríamente a esta pareja lanzándoles una mirada humilde y amenazadora a un tiempo, y se perdió por un atajo fuera de Mansle, a fin de llegar a una granja donde pudo desayunar con pan y leche, descansar y deliberar en silencio acerca de su porvenir. Le quedaban aún tres francos. El autor de *Las margaritas*, empujado por la fiebre, corrió durante largo rato; siguió a lo largo del curso del río mientras observaba el paisaje circundante que se volvía cada vez más pintoresco. Hacia mediodía llegó a un lugar en el que la corriente de agua, rodeada de sauces, formaba una especie de lago. Se detuvo para contemplar aquel umbroso y tupido bosquecillo, y su gracia campestre apaciguó algo su alma. Una casa contigua a un molino levantado junto a un brazo del río dejaba entrever por entre las copas de los árboles su techumbre de caña adornada con una siempreviva mayor. Esta sencilla fachada tenía como únicos ornamentos unos arbustos de jazmín, madreselva y lúpulo, y en torno destacaban unas flores de flox y otras espléndidas plantas grasas. Sobre el empedrado que sustentaban unos gruesos pilares que mantenían la calzada por encima del nivel de las mayores crecidas, vio unas redes secándose al sol. Unos patos nadaban en el estanque de aguas cristalinas que estaba más allá del molino, entre las dos corrientes de agua que rugían en las compuertas del caz del molino. Éste dejaba oír su irritante ruido. Sentada en un rústico banco, el poeta distinguió a una rolliza ama de casa haciendo calceta mientras vigilaba a un niño que molestaba a los pollos.

—Buena mujer —dijo Lucien adelantándose—, estoy muy cansado, tengo fiebre y no me quedan más que tres francos en el bolsillo; ¿querría venderme pan de centeno y leche y dejarme dormir en el pajar durante una semana? Así tendré tiempo de escribirles a mis padres, que me mandarán dinero o vendrán a buscarme aquí.

—Con mucho gusto —respondió ella—, si mi marido no tiene inconveniente. ¡Eh, oye!

El molinero salió, miró a Lucien y se quitó la pipa de la boca para decir:

—¿Tres francos por una semana? Es como tenerle de balde.

«Tal vez acabe de mozo de molino», se dijo el poeta mientras contemplaba aquel delicioso paisaje antes de acostarse en la cama que le hizo la molinera y donde durmió tanto que metió el miedo en el cuerpo a sus anfitriones.

—Courtois, ve a ver si ese joven está muerto o vivo; lleva catorce horas acostado y yo no me atrevo a ir —dijo la molinera al día siguiente a eso del mediodía.

—Yo creo —respondió el molinero a su mujer mientras acababa de extender sus redes y sus aparejos de pesca— que este buen mozo podría ser algún cómico de la legua que está sin blanca.

—¿Y qué te lo hace suponer? —preguntó la molinera.

—¡Mujer! Si no es ni príncipe ni ministro, ni diputado ni obispo, ¿cómo es que tiene las manos tan blancas como alguien que no da golpe?

—Pues, entonces, es muy raro que el hambre no le despierte —dijo la molinera, que acababa de preparar un desayuno para el huésped que le había deparado la víspera el azar—. ¿Será un comediante? —continuó—. ¿Y adónde irá? Aún no son ferias en Angulema.

Ni el molinero ni la molinera podían imaginar que aparte del comediante, del príncipe y del obispo, pudiera haber un hombre que fuese a la vez príncipe y comediante, un hombre revestido con un magnífico sacerdocio, el poeta, que aparenta no hacer nada, pero que reina sobre la Humanidad cuando ha sabido pintarla.

—¿Quién será, entonces? —le preguntó Courtois a su mujer.

—¿No será peligroso tenerle aquí? —preguntó la molinera.

—¡Bah!, los ladrones son más listos; a estas horas ya nos habría desplumado —repuso el molinero.

—No soy ni príncipe, ni ladrón, ni obispo, ni comediante —dijo tristemente, apareciendo de improviso, Lucien, quien sin duda había oído por la ventana la conversación entre marido y mujer—. Soy un pobre joven cansado, que ha llegado a pie desde París. Me llamo Lucien de Rubempré y soy el hijo de monsieur Chardon, el predecesor de Postel, el boticario del Houmeau. Mi hermana está casada con David Séchard, el impresor de la place du Mûrier, en Angulema.

—¡Espere un momento! —dijo el molinero—. ¿No es ese impresor el hijo de ese viejo avaro que tiene una finca en Marsac?

—El mismo —respondió Lucien.

—¡Pues menudo padre! —prosiguió Courtois—. Dicen que su hijo se ve obligado a venderlo todo, teniendo él más de doscientos mil francos de fortuna, sin contar la hucha.

Cuando alma y cuerpo se han visto extenuados por una larga y dolorosa lucha, el momento fatal en el que también fallan las últimas fuerzas se ve seguido por la muerte o por un aniquilamiento parecido a la muerte, pero del que las naturalezas capaces de resistir saben recuperarse. Lucien estaba pasando por una de esas crisis y pareció a punto de sucumbir cuando se enteró, si bien de manera vaga, de que a su cuñado David Séchard le había ocurrido una catástrofe.

—¡Oh, hermana mía! —exclamó—, ¡qué he hecho, Dios mío! Soy un infame.

Luego se dejó caer sobre un banco de madera pálido y abatido como un moribundo; la molinera se apresuró a traerle un cuenco de leche que le obligó a tomarse; pero él le rogó al molinero que le ayudara

a meterse en la cama, pidiéndole perdón por las molestias que su muerte le causaría, pues creía llegada ya su última hora. Viéndose ante el fantasma de la muerte, asaltaron al poeta los escrúpulos religiosos: quiso ver a un cura, confesarse y recibir los sacramentos. Tales súplicas, exhaladas con débil voz por un muchacho tan bien parecido y de tan buenas trazas como Lucien, conmovieron vivamente a madame Courtois.

—Vamos, marido mío, monta en tu caballo y tráete a monsieur Marron, el médico de Marsac; él verá lo que tiene este chico, que no me parece a mí que se encuentre muy bien, y de paso te traes al cura; tal vez ellos sepan mejor que tú lo que le pasa a ese impresor de la place du Mûrier, siendo Postel el yerno de monsieur Marron.

Una vez que Courtois hubo partido, la molinera, convencida como toda la gente de campo de que salud es sinónimo de estar bien alimentado, dio de comer a Lucien, quien aceptó de buen grado la comida, entrándole fuertes remordimientos que le salvaron de su abatimiento gracias a la repulsión que le produjo aquella especie de tópico moral.

El molino de Courtois se encontraba a una legua de Marsac, cabeza de partido a medio camino entre Mansle y Angulema; por ello el honrado molinero no tardó en traer al médico y al cura de Marsac. Estos dos personajes habían oído hablar de las relaciones de Lucien con madame de Bargeton, y como todo el departamento del Charente comentaba la boda de esta dama y su vuelta a Angulema con el nuevo prefecto, el conde Sixte du Châtelet, al enterarse de que Lucien estaba en casa del molinero, tanto el médico como el cura sintieron un vivo deseo de conocer las razones que habían impedido a la viuda de monsieur de Bargeton casarse con el joven poeta con el que había huido, y saber si regresaba a la región para ayudar a su cuñado, David Séchard. La curiosidad, la humanidad, todo contribuía, pues, a que se acudiese prontamente en socorro del poeta moribundo. Por tanto, dos horas después de la marcha de Courtois, Lucien oyó en la pedregosa calzada del molino el ruido del desvencijado carruaje del médico rural. Al poco aparecieron los señores Marron, ya que el médico era el sobrino del cura. De modo que Lucien veía en aquel momento a dos personas tan ligadas al padre de David Séchard como pueden estarlo los vecinos de una pequeña aldea de viñadores. Cuando el médico hubo observado al moribundo, le hubo tomado el pulso y examinado la lengua, miró a la molinera con una sonrisa que disipaba toda inquietud.

—Madame Courtois —dijo—, si, como no me cabe la menor duda, guarda en su bodega alguna botella de buen vino y en el vivero una anguila, sírvanselas a su enfermo, que lo único que le pasa es que está derrengado. ¡Ya verá como nuestro gran hombre no tarda en levantarse!

—¡Ah, señor! —exclamó Lucien—. Mi mal no es del cuerpo, sino del alma, y esta buena gente, al anunciarme no sé qué desastres en casa de mi hermana, madame Séchard, me ha dicho algo que me ha matado. En nombre de Dios, como me he enterado por madame Courtois de que es usted el suegro de Postel, sabrá algo de los asuntos de David Séchard.

—Pues debe de estar en la cárcel —contestó el médico—. Su padre se ha negado a ayudarle...

—¿En la cárcel? —preguntó Lucien—. ¿Y por qué?

—Por unas letras que le llegaron de París y que sin duda olvidó, pues tiene fama de estar en las nubes —respondió monsieur Marron.

—Le ruego que me deje a solas con el señor cura —rogó Lucien, cuya fisonomía se alteró sobremanera.

El médico, el molinero y su mujer salieron. Cuando Lucien se vio a solas con el viejo sacerdote, exclamó:

—Merezco la muerte que siento ya próxima, y soy un gran miserable a quien no le queda más que arrojar en brazos de la religión. Yo soy, señor, el verdadero verdugo de mi hermana y hermano, pues David Séchard es un hermano para mí. Fui yo quien libró las letras que luego David no ha podido pagar... Le he arruinado. En la horrible miseria en que me encontraba, olvidé ese delito. Los protestos a que han dado origen esas letras fueron parados por la intervención de un millonario y yo creí que las había pagado, ¡pero al parecer no lo hizo!

Y Lucien contó sus desventuras. Una vez que hubo terminado aquel poema narrado con febril elocuencia, una elocuencia verdaderamente digna de un poeta, le suplicó al cura que fuese a Angulema y se enterara por su hermana Ève y por su madre, madame Chardon, de cómo estaban realmente las cosas para saber si podía aún remediarlas.

—Hasta que usted vuelva —dijo llorando a lágrima viva—, podré vivir. ¡Si mi madre, mi hermana y David no me rechazan, no moriré!

La elocuencia del parisiense, las lágrimas de aquel tremendo arrepentimiento, aquel apuesto joven pálido y casi moribundo por su desesperación, el relato de unas desgracias que sobrepasaban las fuerzas humanas, todo ello despertó la compasión y el interés del cura.

—En provincias, como en París, señor —le contestó—, no se ha de hacer caso ni a la mitad de lo que se cuenta; no se asuste ante un rumor que, a tres leguas de Angulema, tendrá poco que ver con la verdad. El viejo Séchard, nuestro vecino, se fue de Marsac hace unos días; así que es probable que esté ocupado en solucionar los asuntos de su hijo. Voy a Angulema y regresaré para decirle si puede volver con su familia, ante la cual su confesión y sincero arrepentimiento me serán de ayuda para interceder por su causa.

El cura no sabía que, desde hacía dieciocho meses, Lucien se había arrepentido muchas veces, que su arrepentimiento, por muy grande que fuese, no tenía más valor que el de una escena perfectamente interpretada, ¡e interpretada además de buena fe! Al cura le siguió el médico. Viendo que el enfermo estaba superando la crisis nerviosa, el sobrino trató de consolarle tal como había hecho el tío y terminó por convencer al enfermo de que comiera algo.

El cura, que conocía la región y sus costumbres, llegó hasta Mansle, por donde no había de tardar en pasar el coche de Ruffec a Angulema, y en el que ocupó una plaza. El anciano sacerdote contaba con pedir noticias de David Séchard a su sobrino Postel, el boticario del Houmeau, antiguo rival en amores del impresor por la bella Ève. Al ver las precauciones que tomaba el pequeño farmacéutico para ayudar al anciano a bajar de la horrible galera que por aquel entonces cubría el trayecto entre Ruffec y Angulema, hasta el más obtuso de los espectadores se habría dado cuenta de que los señores Postel hipotecaban su bienestar en aras de una herencia.

—¿Ha almorzado ya? ¿Quiere tomar algo? No le esperábamos y ha sido una grata sorpresa...

Le hicieron mil preguntas a la vez. Madame Postel estaba predestinada a ser la mujer de un boticario del Houmeau. Bajita como Postel, tenía los colores de cara de una muchacha criada en el campo; aparte de su gran lozanía, era de aspecto vulgar. La melena pelirroja, la frente baja, los ademanes y el lenguaje en consonancia con la sencillez impresa en los rasgos de su cara redonda, los ojos casi amarillos, todo en ella revelaba que se había casado sólo por razones de interés. Por ello, al cabo de un año de

matrimonio, había comenzado ya a mandar y parecía haber sometido completamente a Postel, muy feliz de haber encontrado a esta heredera. Madame Léonie Postel, de soltera Marron, amamantaba a un niño, el ojito derecho del anciano sacerdote, del médico y de Postel, un horrible niño que se parecía a su padre y a su madre.

—Pero, entonces, tío, ¿qué viene a hacer a Angulema —preguntó Léonie—, puesto que no quiere tomar nada y habla ya de dejarnos?

Apenas el digno eclesiástico hubo pronunciado el nombre de Ève y de David Séchard, Postel enrojeció y Léonie dirigió al hombrecillo esa mirada de obligados celos que toda mujer que domina completamente a su marido no deja nunca de sentir por el pasado, en interés de su futuro.

—¿Qué le han hecho esas gentes para que tenga que mezclarse en sus asuntos, querido tío? —preguntó Léonie con visible acritud.

—Son infelices, hija mía —repuso el cura, quien describió a Postel el estado en que se encontraba Lucien en casa de los Courtois.

—¡Ah! ¡Bonito bagaje con el que vuelve de París! —exclamó Postel—. ¡Pobre chico! ¡Y pensar que era inteligente y ambicioso! Se fue a por lana y ha vuelto trasquilado. Pero ¿qué viene a hacer aquí? Su hermana está en la más espantosa miseria, porque todos esos genios, tanto David como Lucien, no entienden nada de negocios. Hemos examinado su caso en el Tribunal, ¡y yo, como juez, he tenido que firmar su procesamiento!... ¡Lo cual me ha dado mucha pena! No sé si, en las actuales circunstancias, Lucien podrá ir a casa de su hermana; pero, en cualquier caso, la pequeña habitación que ocupaba aquí está libre y se la ofrezco con mucho gusto.

—Bien, Postel —dijo el cura calándose el bonete y disponiéndose a abandonar el establecimiento después de haber dado un beso al niño, que dormía en brazos de Léonie.

—Supongo que comerá con nosotros, tío —dijo madame Postel—, pues no va a terminar muy pronto si quiere aclarar algo de los asuntos de esa gente. Mi marido le llevará de vuelta a casa en su carricoche y su caballo.

Los dos esposos siguieron con la mirada a su queridísimo tío mientras se alejaba hacia Angulema.

—Se conserva bien para sus años —dijo el farmacéutico.

Mientras el venerable eclesiástico sube las cuestas de Angulema, no estará de más explicar el enredo de intereses en los que iba a meterse.

Tras la marcha de Lucien, David Séchard, ese buey valiente e inteligente como el que los pintores dan por compañero al evangelista, quiso hacer la gran y rápida fortuna que había deseado, menos por él que por Ève y Lucien, una noche, a orillas del Charente, sentado con Ève junto a la presa, cuando ella le concedió su mano y su corazón. Situar bien a su mujer, vivir en la riqueza y elegancia en las que a ella le correspondía vivir, sostener con su poderoso brazo la ambición de su hermano, tal fue el plan escrito con letras de fuego que tuvo ante sus ojos. Los periódicos, la política, el inmenso desarrollo de la edición y de la literatura, el progreso científico, la tendencia cada vez más creciente a discutir públicamente de todos los intereses del país, la agitación social que se manifestó cuando la Restauración pareció haberse consolidado definitivamente, todo esto exigía una producción de papel casi diez veces superior a la cantidad sobre la cual había especulado el célebre Ouvrard a comienzos de la Revolución, previendo un desarrollo semejante. Pero en 1821 las papeleras eran demasiado numerosas en Francia

para que alguien pudiera esperar comprarlas todas tal como había hecho Ouvrard, que se adueñó de las principales fábricas tras haber acaparado su producción. Y además David no tenía ni la audacia ni el capital suficiente para realizar tales operaciones. En aquel momento, la técnica de fabricación del papel continuo comenzaba a utilizarse en Inglaterra. Por ello era absolutamente indispensable adaptar la producción papelería a las necesidades del progreso social en Francia, que amenazaba con extender la discusión a todo y limitarse a una eterna manifestación del pensamiento individual, una verdadera desgracia, porque los pueblos que discuten actúan siempre muy poco. Así pues, por una extraña coincidencia, mientras Lucien entraba en los engranajes de la inmensa máquina del periodismo, aun a riesgo de dejarse en ella el honor y la inteligencia hechos jirones, David Séchard, desde el fondo de su imprenta, abarcaba todo el desarrollo de la prensa periódica desde el punto de vista de sus consecuencias prácticas. Quería poner los medios en consonancia con el resultado hacia el cual tendían las ideas del siglo. Y, por lo demás, la evolución de los acontecimientos ha venido a demostrar hasta qué punto era acertada su idea de enriquecerse con la fabricación de papel a bajo coste. En los últimos quince años, la oficina de patentes de invención ha recibido más de cien solicitudes de presuntos descubrimientos de sustancias para la fabricación del papel. Más convencido que nunca de la utilidad de aquel descubrimiento, que no habría reportado gran fama pero sí pingües beneficios, David, pues, tras la marcha de su cuñado a París, no hizo sino pensar en la manera de resolver dicho problema. Como había agotado todos sus recursos para casarse, así como para sufragar los gastos del viaje de Lucien a París, al comienzo de su matrimonio se vio hundido en la más negra miseria. Había reservado mil francos para las necesidades de su imprenta y debía otros tantos a Postel, el boticario. Por ello, para aquel profundo pensador, el problema era doble: necesitaba encontrar cuanto antes el sistema de fabricar papel de bajo coste, y explotar las ganancias de su descubrimiento para hacer frente a las necesidades de su familia y de su actividad. Ahora bien, ¿qué epíteto aplicar a la mente capaz de sacudirse de encima las terribles preocupaciones causadas tanto por una indigencia que había que ocultar y el ver a una familia sin pan, cuanto por las exigencias cotidianas de una profesión tan meticulosa como la de impresor, y capaz al mismo tiempo de recorrer los dominios de lo desconocido con todo el ardor y las embriagueces del científico en pos de un secreto que de día en día escapa a las más sagaces investigaciones? Lamentablemente, como vamos a ver, los inventores tienen que soportar otras muchas calamidades, sin contar la ingratitud de las masas, dado que los vagos y los ineptos, refiriéndose a un genio, dicen: «Nació para ser inventor, no habría podido hacer otra cosa. No hay por tanto que agradecerle su descubrimiento, como no hay que estar agradecidos a una persona por el hecho de que haya nacido príncipe; simplemente ejercita unas facultades naturales y tiene su recompensa ya en su propio trabajo».

El matrimonio provoca en una muchacha profundas perturbaciones físicas y morales; pero, además, una muchacha burguesa ha de familiarizarse con una serie de cuestiones completamente nuevas para ella e iniciarse en el mundo de los negocios; de ahí la necesidad de dedicar un período de tiempo a la observación, sin actuar. Por desgracia, el amor de David por su mujer retrasó su educación, puesto que no se atrevió a exponerle cuál era la situación a la mañana siguiente de la boda ni tampoco en los días posteriores. Pese a los grandes apuros a que le condenaba la avaricia de su padre, no quiso resignarse a estropear su luna de miel con el triste aprendizaje de su laboriosa profesión y enseñándole todo cuanto debe saber la mujer de un comerciante. Así, los mil francos, que eran todos sus haberes, fueron engullidos más por la casa que por el taller. La inconsciencia de David y la ignorancia de su mujer duraron cuatro meses. El despertar fue terrible. Al vencimiento de la letra firmada por David a Postel, el matrimonio se encontró sin dinero y demasiado que sabía Ève la razón de aquella deuda para no sacrificar a su vencimiento sus joyas de desposada y su plata. Pero la noche misma del pago, Ève

decidió preguntarle a David cómo marchaban sus asuntos, porque había notado que iba desatendiendo la imprenta para dedicarse a las investigaciones de las que le había hablado hacía poco. A partir del segundo mes de matrimonio, David pasaba la mayor parte del tiempo en el cobertizo situado al fondo del patio, en un pequeño cuarto que le servía para fundir los rodillos. En efecto, tres meses después de su llegada a Angulema, había sustituido las balas de entintar los tipos por el depósito de tinta de plancha y de cilindro, con el que se extiende la tinta mediante unos rodillos de cola fuerte y melaza. Este primer perfeccionamiento de la tipografía fue tan indiscutible, que tan pronto como los hermanos Cointet vieron el efecto lo adoptaron al punto. David había colocado pegado a la pared medianera de aquella especie de cocina un hornillo con un recipiente de cobre, so pretexto de gastar menos carbón para fundir sus rodillos, cuyos moldes herrumbrosos se alineaban a lo largo de la pared y que no pensó en refundir. No sólo había provisto al local de una sólida puerta de roble, reforzada interiormente con una hoja metálica, sino que sustituyó además los sucios cristales de la ventana, por donde entraba la luz, por otros estriados, para impedir ver así desde el exterior el objeto de sus ocupaciones. Apenas Ève se refirió al porvenir, David la miró con aire inquieto y la interrumpió con estas palabras:

—Querida mía, sé lo que debe inspirarte el ver un taller vacío y esa especie de suicidio comercial al que parezco abocado, pero ¿ves? —continuó llevándosela hasta la ventana de su cuarto y señalándole el reducto misterioso—, nuestra fortuna está ahí... Aún tendremos que sufrir durante algunos meses, por lo que armémonos de paciencia, y mientras tanto resolveré el problema industrial que tú ya conoces y que pondrá fin a todas nuestras miserias.

David era tan bueno y había que creer tan a pie juntillas en su abnegación, que la pobre mujer, preocupada, como todas las mujeres, por los gastos diarios, decidió ahorrarle a su marido las tareas domésticas; dejó por ello el bonito cuarto blanco y azul donde había estado haciendo sus labores mientras charlaba con su madre, y bajó a una de las dos jaulas de madera situadas en el fondo del taller para estudiar cómo funcionaba el negocio de la tipografía. ¿No era un heroísmo por parte de una mujer ya embarazada? Durante aquellos primeros meses, la inoperante imprenta de David iba siendo abandonada por los operarios que hasta aquel momento habían sido necesarios para sus trabajos, y que se fueron despidiendo uno tras otro. Abrumados por el trabajo, los hermanos Cointet empleaban no solamente a los obreros del departamento, atraídos por la perspectiva de hacer con ellos muchas horas extras, sino también a algunos de Burdeos, de donde venían sobre todo los aprendices que se creían lo suficientemente expertos como para ahorrarse las condiciones del aprendizaje. Examinando los recursos humanos con que podía contar la imprenta Séchard, Ève vio que no quedaban más que tres personas. En primer lugar, Cérizet, el aprendiz que David se había traído de París; luego Marion, que servía a la casa con la fidelidad de un perro guardián, y por último Kolb, un alsaciano que había trabajado con anterioridad de mozo en la tipografía de los Didot. Llamado a filas, Kolb fue a parar casualmente a Angulema, donde David le reconoció en un desfile, en el momento en que estaba a punto de licenciarse. Kolb fue a ver a David y se enamoró de la gorda Marion, descubriendo en ella todas las virtudes que un hombre de su clase busca en una mujer: esa salud vigorosa que colorea las mejillas, la fuerza masculina que permitía a Marion levantar una forma sin esfuerzo, la rectitud religiosa que tanto aprecian los alsacianos, la fidelidad a sus amos que es indicio de buen carácter y, finalmente, el sentido del ahorro que le había permitido reunir una pequeña suma de mil francos, ropa blanca, trajes y otras pertenencias de un decoro provinciano. Marion, grandota y rolliza, de treinta y seis años de edad, sintiéndose muy halagada de verse objeto de las atenciones de un coracero de cinco pies y siete pulgadas de alto, buenas trazas, fuerte como un bastión, le sugirió, naturalmente, la idea de hacerse impresor. Para cuando el alsaciano recibió su licencia absoluta, Marion y David habían hecho ya de él

un oso bastante diestro, que sin embargo no sabía leer ni escribir. La composición de las obras llamadas ocasionales no fue tan abundante aquel trimestre como para que Cérizet no se bastara por sí solo. Desempeñando a la vez las funciones de cajista, compaginador y regente de imprenta, Cérizet efectuaba lo que Kant llama una triplicidad fenoménica: componía, corregía su composición, tomaba nota de los encargos y extendía las facturas, pero las más de las veces, sin trabajo, se dedicaba a leer novelas en su escritorio en el fondo del taller, mientras esperaba el encargo de un cartel o de una participación de boda. Marion, formada por Séchard padre, preparaba el papel, lo mojaba, ayudaba a Kolb a imprimirlo, lo extendía, lo cortaba, y no por eso dejaba de cocinar e ir al mercado muy de mañana.

Cuando Ève le pidió a Cérizet el balance del primer semestre, vio que los ingresos habían sido de ochocientos francos. Los gastos, a razón de tres francos al día para Cérizet y Kolb, cuyo jornal diario era de dos y un francos respectivamente, ascendían a seiscientos francos. Pero como el coste de los materiales necesarios para las obras impresas y entregadas ascendía a cien francos y pico, Ève se dio cuenta de que, en los seis primeros meses de casada, David no había cubierto el alquiler, el interés de los capitales representados por el valor de su material y de su licencia, el sueldo de Marion, la tinta, en resumen, los beneficios que un impresor debe tener, todo ese conjunto de cosas que en la jerga tipográfica se conoce como «telas», término debido a las piezas de paño o de seda (la llamada «mantilla») que se interponen entre el tímpano y la hoja que hay que imprimir para atenuar la presión de la rosca cilíndrica sobre los caracteres. Tras haberse hecho más o menos una idea de los medios de la imprenta y de lo que podía producir, Ève intuyó que la inactividad de aquel taller se debía sobre todo a la voraz competencia de los hermanos Cointet, fabricantes de papel a la vez que periodistas, impresores, proveedores del Obispado, del Ayuntamiento y de la Prefectura. El periódico que dos años antes Séchard padre e hijo habían vendido por veintidós mil francos rendía ahora dieciocho mil por año. Ève adivinó la estrategia oculta bajo la aparente generosidad de los hermanos Cointet, que dejaban a la imprenta Séchard el suficiente trabajo para subsistir, pero no el suficiente para poder hacerles la competencia. Al asumir ella la dirección del negocio, comenzó por hacer un preciso inventario de todo el material de valor. Empleó a Kolb, Marion y Cérizet en acondicionar el taller, limpiar y poner todo en orden. Luego, una tarde, cuando David volvió de una excursión al campo, seguido por una anciana que le traía un enorme hato, Ève le pidió consejo sobre cómo aprovechar las existencias de papel que les había dejado papá Séchard, prometiéndole dirigir ella sola el negocio. Siguiendo el consejo de su marido, madame Séchard empleó todos los restos de papel que había encontrado y ordenado por tipo y tamaño en imprimir a dos columnas y por una sola cara esas leyendas populares pintadas con vivos colores que los aldeanos pegan en las paredes de sus casas: la historia del Judío Errante, Roberto el Diablo, la Belle Maguelonne, y el relato de algunos milagros. Ève utilizó a Kolb como vendedor ambulante. Cérizet no perdió ni un instante, componiendo aquellas páginas ingenuas y sus burdas viñetas de la mañana a la noche. Marion se bastaba por sí sola para hacer el tiraje. Madame Chardon se encargó de todas las tareas domésticas, mientras Ève se dedicaba a colorear los grabados. En dos meses, gracias al celo de Kolb y a su honradez, madame Séchard vendió en Angulema, y en doce leguas a la redonda, tres mil hojas que le costaron treinta francos de fabricación y que le reportaron, a razón de dos sueldos por hoja, trescientos francos. Pero cuando todas las casas y tabernas estuvieron tapizadas con aquellas leyendas, fue preciso pensar en otra operación, porque el alsaciano no podía viajar más allá de los límites del departamento. Ève, que lo revolvía todo en la imprenta, encontró la colección de figuras utilizadas para imprimir el llamado Almanaque de los pastores, en el que las cosas están representadas mediante signos, imágenes o grabados impresos en rojo, negro o azul. El viejo Séchard, que no sabía leer ni escribir, había ganado en otro tiempo un buen pellizco imprimiendo aquel libro destinado a

quienes no saben leer. Este almanaque, vendido a un sueldo, está formado por una hoja plegada sesenta y cuatro veces, lo cual hace un total de ciento veintiocho páginas. Contenta por el éxito de sus hojas volantes, una especialidad sobre todo de las pequeñas imprentas de provincias, madame Séchard emprendió el Almanaque de los pastores a gran escala, invirtiendo en él todos sus beneficios. El papel del Almanaque de los pastores, del que se venden muchos millones de ejemplares al año en Francia, es más basto que el del Almanaque de Lieja, y cuesta en torno a los cuatro francos la resma. Una vez impresa esta resma que componen quinientas hojas, se vende, pues, a razón de un sueldo la hoja, a veinticinco francos. Madame Séchard decidió hacer una primera tirada de cien resmas, que equivalen a cincuenta mil almanaques para la venta y dos mil francos de beneficio potencial. Aunque distraído como cualquier hombre muy ocupado, cuando David echó un vistazo a su taller quedó sorprendido de oír crujir la prensa y ver a Cérizet siempre atareado, componiendo bajo la dirección de madame Séchard. El día en que entró allí para supervisar los trabajos emprendidos por Ève, fue un gran triunfo para ella la aprobación de su marido, a quien le pareció excelente el negocio del almanaque. David le prometió igualmente darle algún consejo para el empleo de las tintas de diversos colores que requiere la realización de este almanaque, en el que todo entra por la vista. Finalmente quiso él mismo fundir los rodillos en su misterioso taller, para echar así una mano, en la medida de lo posible, a su mujer en aquella pequeña gran empresa.

Acababan de lanzarse a aquella intensa actividad cuando llegaron las cartas desoladoras con las que Lucien informaba a su madre, a su hermana y a su cuñado de su fracaso y miseria en París. Se comprenderá así que, al mandar entonces a este niño mimado trescientos francos, Ève, madame Chardon y David le ofrecieron al poeta, cada uno por su parte, lo más puro de su sangre. Abrumada por tales noticias y desesperada por ganar tan poco trabajando con tanto ahínco, Ève vio llegar, no sin estremecimiento, el acontecimiento que colma de felicidad a los jóvenes hogares. Viéndose ya a punto de ser madre se dijo: «Si mi querido David no consigue encontrar lo que busca antes de que yo dé a luz, ¿qué será de nosotros?... ¿Y quién sacará adelante nuestra pobre imprenta?».

El Almanaque de los pastores tenía que estar terminado antes de primeros de enero, pero Cérizet, sobre quien pesaba toda la composición, trabajaba con desesperante lentitud; y como madame Séchard no conocía lo bastante el oficio para poder reñirle, se limitó a observar a aquel joven parisiense. Huérfano recogido en la inclusa, Cérizet había sido mandado a casa de los Didot como aprendiz. De los catorce a los diecisiete años fue el ayudante de Séchard, quien, después de haberle confiado a uno de sus operarios más diestros, hizo de él su mozo, su paje tipográfico, ya que David se interesó naturalmente por Cérizet al encontrarle inteligente, y se ganó su afecto al procurarle algunos placeres y diversiones que su indigencia no le permitía. Con su linda carita de pícaro, su pelo rojizo y unos ojos de un azul turbio, Cérizet había importado las costumbres del pilluelo de París a la capital de Angulema. Su genio vivaracho y burlón y su maliciosidad le hacían temible. Menos vigilado por David en Angulema, ya porque su mayor edad inspiraba más confianza a su mentor, ya porque el impresor contaba con la influencia de la provincia, lo cierto es que Cérizet se había convertido, sin saberlo su tutor, en el don Juan con gorra de tres o cuatro jóvenes trabajadoras, cayendo en la más absoluta depravación. Su moral, hija de las tabernas parisienses, no conocía otra ley que el interés personal. Por otra parte, Cérizet, que según la expresión popular, iba a «ser sorteado» al año siguiente, se vio sin porvenir; contrajo asimismo deudas, pensando que, si a los seis meses iba a ser soldado, ya podían correr tras él sus acreedores. Si bien David conservaba cierta autoridad sobre el muchacho, no era por el hecho de ser su patrón, ni tampoco por haberse interesado por él, sino porque el ex pilluelo de París reconocía en David una gran inteligencia. Cérizet hizo pronto amistad con los operarios de Cointet,

atraído por el prestigio de la blusa de trabajo, en una palabra, por el espíritu corporativo, que tal vez tiene una influencia mayor en las clases bajas que en las altas. Con estas amistades, Cérizet acabó perdiendo los pocos buenos principios que David le había inculcado; sin embargo, cuando se reían de los «viejos cacharros» de su taller, término despreciativo que los viejos osos daban a las antiguas prensas de los Séchard, al enseñarle las magníficas prensas de hierro que en número de doce funcionaban en el inmenso taller de los Cointet, donde la única prensa de madera existente no servía más que para imprimir pruebas, seguía defendiendo a David y respondía con orgullo en las mismas barbas de los burlones:

—¡Con sus viejos cacharros mi ingenuo amo llegará más lejos que los vuestros con esos armatostes de hierro de los que no salen más que libros de misa! ¡Está buscando un secreto que dejará a cien años luz a todas las imprentas de Francia y de Navarra!...

—Pero entretanto tú, mal regente de cuarenta sueldos, tienes por patrón a una planchadora —le replicaban.

—Sí, pero bien guapa que es —replicaba Cérizet—, y es mucho más agradable de ver que las jetas de vuestros patronos.

—¿Es que te da de comer el ver a su mujer?

De las tabernas o de las puertas de la imprenta donde tenían lugar estas amistosas discusiones, llegaron algunos rumores a oídos de los hermanos Cointet sobre la situación de la imprenta Séchard; se enteraron así de la operación puesta en marcha por Ève y juzgaron necesario frenar el desarrollo de una empresa que podía permitir prosperar a aquella pobre mujer.

—Hagamos que se pille los dedos, para que así se acabe cansando del negocio —se dijeron los dos hermanos.

El de los dos Cointet que dirigía la imprenta fue a ver a Cérizet y le propuso corregir pruebas para ellos, a tanto por prueba, para aliviar de este modo a su corrector que no daba abasto a leer las obras. Trabajando unas horas por la noche Cérizet ganó más con los hermanos Cointet que con David Séchard en todo el día. Se establecieron así relaciones entre los Cointet y Cérizet, a quien los dos hermanos reconocieron unas grandes cualidades, compadeciéndole por tener que trabajar en unas condiciones tan poco favorables para sus intereses.

—Podría —le dijo un día uno de los Cointet— llegar a ser regente de una importante imprenta, donde ganaría seis francos diarios, y con su inteligencia llegaría un día a ser alguien importante en este negocio.

—¿Y de qué me puede servir ser un buen regente? —repuso Cérizet—. Soy huérfano y tengo que entrar en filas el año que viene si me toca en suerte, ¿quién me va a pagar un sustituto?...

—Si se hace indispensable —repuso el rico impresor—, ¿por qué no iban a adelantarte la cantidad necesaria para ser eximido del servicio?

—En cualquier caso, no será mi ingenuo —dijo Cérizet.

—¡Bah! Tal vez haya encontrado el secreto que anda buscando...

Esta frase fue dicha de modo que despertara los peores pensamientos en quien la escuchaba, y, por consiguiente, Cérizet lanzó al fabricante de papel una mirada que equivalía a la más penetrante y directa

interrogación.

—No sé qué hace —replicó prudentemente viendo al patrón mudo—, ¡pero no es persona que tenga la caja llena de caudales!

—Tome, amigo —le dijo el impresor cogiendo seis hojas de El parroquiano de la diócesis y alargándoselas a Cérizet—; si puede corregirnos esto para mañana, le daremos dieciocho francos. ¡No somos mala gente, damos a ganar dinero al regente de nuestro competidor! Además, podríamos dejar que madame Séchard se embarcara en el negocio del Almanaque de los pastores y hacer que se arruinase; pues bien, le damos permiso para que le diga que hemos emprendido un Almanaque de los pastores, y no será el suyo el primero en salir al mercado...

Ahora se comprenderá por qué Cérizet componía tan lentamente el almanaque.

Al saber que los Cointet atacaban su pequeña y pobre operación, Ève se vio dominada por el terror y quiso ver una prueba de fidelidad en la información que Cérizet le había proporcionado de forma muy hipócrita sobre la competencia que le esperaba; pero no tardó en sorprender en su único cajista indicios de una curiosidad demasiado viva y que quiso atribuir a su edad.

—Cérizet —le dijo una mañana—, veo que se pone en el umbral de la puerta y espera a que pase monsieur Séchard para ver qué esconde; mira al fondo del patio cuando sale del taller para fundir los rodillos en vez de terminar la composición de nuestro almanaque. Todo esto no está bien, sobre todo cuando me ve que yo, que soy su mujer, respeto sus secretos y cargo sobre mis hombros con tanto trabajo para dejarle a él el tiempo necesario para sus investigaciones. Si no hubiera perdido tanto tiempo, el almanaque estaría terminado. Kolb podría estar vendiéndolo ya y los Cointet no podrían perjudicarnos.

—¡Eh, señora! —repuso Cérizet—. Por cuarenta sueldos al día que gano aquí, ¿cree que no son bastante los cien sueldos que hago de composición? Si no tuviera pruebas para leer por las noches para los hermanos Cointet, tendría que pasar con salvado.

—Bien, joven, muy pronto empieza usted a ser ingrato, se abrirá camino en la vida —le dijo Ève dolida en el alma, no tanto por los reproches de Cérizet como por el tono grosero, la actitud amenazadora y las miradas agresivas.

—En cualquier caso, no será teniendo a una mujer como amo, pues, si no, no habría muchos motivos para la alegría.

Herida en su dignidad de mujer, Ève lanzó a Cérizet una mirada fulminante y subió a casa. Cuando David llegó a comer, le preguntó:

—¿Estás seguro, querido, de ese pilluelo de Cérizet?

—¿Cérizet? —replicó él—. Es mi aprendiz, le formé yo, le tuve de ayudante, luego le puse a componer, en fin, me debe todo lo que es. Es como si le preguntaras a un padre si está seguro de su hijo...

Ève le contó a su marido que Cérizet leía pruebas por cuenta de los Cointet.

—¡Pobre chico! Tiene que ganarse la vida —dijo con la humildad de un maestro que se siente culpable.

—Sí, querido, pero mira la diferencia que hay entre Kolb y Cérizet; Kolb hace veinte leguas todos

los días, se gasta quince o veinte sueldos y nos trae siete, ocho y a veces hasta nueve francos de hojas vendidas, y sólo me pide unos veinte sueldos una vez pagados sus gastos. Kolb antes se dejaría cortar una mano que tiraría de la barra de una prensa en casa de los Cointet, y no se dedicaría a examinar lo que arrojas al patio aunque le ofrecieran mil escudos, mientras que Cérizet lo recoge y examina.

Es difícil para las almas nobles llegar a creer en la maldad e ingratitud humanas; antes de admitir lo extendida que está la corrupción humana necesitan duras lecciones; y cuando no tienen nada ya que aprender en este sentido, muestran una indulgencia que es el último grado del desprecio.

—¡Bah! Pura curiosidad de pilluelo parisiense —exclamó David.

—Pues, entonces, querido, hazme el favor de bajar al taller y mira lo que ha compuesto tu pilluelo en un mes, y dime si no habría podido terminar en ese mes nuestro almanaque...

Después de cenar, David reconoció que el almanaque podría haber sido compuesto en ocho días; y cuando supo que los Cointet preparaban uno parecido, decidió ayudar a su mujer; le dijo a Kolb que interrumpiera la venta de sus hojas ilustradas y dirigió personalmente los trabajos; preparó una forma que dio a imprimir a Kolb y a Marion, mientras él imprimía otra con Cérizet, vigilando al mismo tiempo el resultado de las impresiones en tintas de diversos colores. Cada color requiere una impresión por separado. Cuatro tintas diferentes significan, pues, cuatro pasadas por la prensa. Todas estas operaciones hacen el Almanaque de los pastores tan costoso que solamente pueden permitirse imprimirlo las imprentas de provincias, donde la mano de obra y los intereses del capital invertido en la impresión son casi nulos. Por tosco que sea, este producto es por tanto prohibitivo para las imprentas de donde salen obras de más calidad. Era la primera vez, desde que se retirara el viejo Séchard, que se veía trabajar dos prensas en aquel viejo taller. A pesar de que el almanaque era una obra maestra en su género, Ève se vio obligada a venderlo a dos ochavos, porque los hermanos Cointet dieron el suyo por tres céntimos a los buhoneros; con ellos cubrió gastos y los beneficios los obtuvo con las ventas hechas directamente por Kolb, pero su operación había sido un fracaso. Cérizet, viendo que su guapa patrona desconfiaba de él, comenzó a incubar un ánimo de revancha y se dijo: «Sospechas de mí, ¡pues me vengaré!». El pilluelo parisiense está hecho así. Cérizet aceptó de los hermanos Cointet unos emolumentos demasiado altos por la simple lectura de unas pruebas, que iba a buscar todas las noches a su oficina y que devolvía por la mañana. Hablando cada vez más a diario con ellos se estableció una familiaridad y acabó por entrever la posibilidad de librarse del servicio militar que se le presentaba como cebo; y los Cointet ni siquiera tuvieron que corromperle porque fue él mismo quien primero habló de espionaje y de sacar partido de la actividad secreta de David.

Inquieta al ver lo poco que podía contar con Cérizet, y ante la imposibilidad de encontrar otro Kolb, Ève decidió despedir al único cajista en quien su sexto sentido de mujer enamorada había adivinado a un traidor; pero como ello suponía la muerte de su imprenta, tomó una viril resolución: rogó en una carta a monsieur Métivier, el corresponsal de David Séchard, de los Cointet y de casi todos los fabricantes de papel del departamento, que publicara en el Journal de la Librairie, en París, el siguiente anuncio: «Se vende imprenta en plena actividad, incluidas máquinas y licencia, sita en Angulema. Para más información, dirigirse a monsieur Métivier, rue Serpente». Después de haber leído el número del periódico en el que se incluía este anuncio, los Cointet se dijeron: «Esta mujer sabe lo que se hace, es hora de hacernos con su imprenta dándole para vivir, de lo contrario podríamos vernos con un adversario en el sucesor de David, y lo que a nosotros nos interesa es no perder de vista ese taller». Animados por esta idea, los hermanos Cointet fueron a hablar con David Séchard. Ève, por quien preguntaron los dos hermanos, sintió la más viva alegría al ver el rápido resultado de su astucia, porque

no le ocultaron su intención de proponerle a monsieur Séchard que imprimiera para ellos: sobrecargados de trabajo como estaban, pues sus prensas no eran suficientes, habían pedido incluso algunos operarios a Burdeos, y estaban convencidos de poner tener ocupadas las tres prensas de David.

—Señores —dijo ella a los Cointet mientras Cérizet iba a avisar a David de la visita de sus colegas —, mi marido conoció en la tipografía de los Didot a excelentes operarios, honrados y trabajadores, y sin duda elegiré a uno de los mejores como sucesor... ¿Acaso no es mucho mejor vender el establecimiento por una veintena de miles de francos, que nos proporcionarán mil francos de renta, que perder mil francos al año en las condiciones a las que ustedes nos reducen? ¿Por qué nos han arruinado el pequeño negocio de nuestro almanaque, que pertenecía por derecho a esta imprenta?

—¿Y por qué, señora, no nos avisó de ello? No le habríamos hecho la competencia —dijo con gracia aquel de los dos hermanos al que llamaban Cointet el largo.

—Vamos, señores, no empezaron ustedes su almanaque hasta que supieron por Cérizet que yo había emprendido el mío.

Y mientras replicaba vivamente miró a Cointet el largo y le hizo bajar la mirada. Tuvo así la certeza de la traición de Cérizet.

El tal Cointet, director de la papelería y de los negocios, era un comerciante mucho más hábil que su hermano Jean, que dirigía por lo demás la imprenta con gran inteligencia, pero cuya capacidad podía compararse a la de un coronel, mientras que Boniface era un general al que Jean cedía el mando supremo. Boniface, hombre alto y enjuto, de rostro amarillento como un cirio y jaspeado de rojeces, boca de labios finos y ojos muy parecidos a los de un gato, nunca se alteraba; escuchaba con la calma de un beato las mayores ofensas, y respondía con dulce voz. Iba a misa, se confesaba y comulgaba. Pero bajo sus modales suaves y una aparente blandura, escondía el tesón, la ambición del cura y la codicia del negociante devorado por la sed de riquezas y de honores. Desde 1820, Cointet el largo aspiraba a todo cuanto la burguesía ha acabado por obtener en la Revolución de 1830. Lleno de odio contra la aristocracia e indiferente en materia de religión, era tan devoto como miembro de la Montaña fue Bonaparte. Su espinazo se doblaba con maravillosa flexibilidad ante la Nobleza y la Administración, ante las cuales se empequeñecía, se volvía humilde y complaciente. En una palabra, para pintar a este hombre con un rasgo cuyo valor será bien apreciado por las personas acostumbradas a tratar de negocios, diremos que llevaba anteojos de cristales azules para ocultar su mirada, so pretexto de proteger su vista de la deslumbrante reverberación de la luz en una ciudad en la que la tierra y las construcciones son blancas y donde la crudeza de la luz se ve aumentada por la elevada altura de su suelo. Si bien su estatura era sólo un poco superior a la media, parecía alto debido a su delgadez, que delataba una naturaleza agotada por el trabajo y un cerebro en constante ebullición. Su fisonomía jesuítica se completaba con una cabellera plateada, gris, larga y cortada al modo de la de los eclesiásticos, y con su indumentaria que, desde hacía siete años, consistía en unos pantalones negros, medias negras, chaleco negro y una levita (nombre meridional del redingote) de color pardo. Le llamaban Cointet el largo para diferenciarlo de su hermano, al que apodaban Cointet el gordo, en alusión a la diferencia tanto de estatura como de carácter que existía entre ambos hermanos, que de todas formas eran igual de temibles el uno como el otro. Efectivamente, Jean Cointet, un muchacho bonachón de cara flamenca, tostado por el sol de la región de Angulema, retaco y panzudo como Sancho, con una eterna sonrisa en los labios, de hombros cuadrados, presentaba un marcado contraste con su hermano. Jean no sólo se diferenciaba de su hermano por su fisonomía e inteligencia, sino que era de ideas casi liberales, de centro izquierda, no iba a misa más que los domingos y se entendía a las

mil maravillas con los comerciantes liberales. Algunos negociantes del Houmeau pretendían que esta diferencia de ideas no era más que una estratagema ideada por los dos hermanos. Cointet el largo explotaba con habilidad la aparente bonachonería de su hermano, se servía de Jean como de una maza. Éste se encargaba de las palabras duras, de las ejecuciones que repugnaban a la mansedumbre de su hermano. Jean estaba al cargo del departamento de las cóleras, se sulfuraba y hacía proposiciones inaceptables que volvían las de su hermano más suaves, y de este modo conseguían tarde o temprano lo que se proponían.

Ève, con ese sexto sentido propio de las mujeres, no tardó en intuir el carácter de ambos hermanos y, por tanto, permaneció muy en guardia ante unos adversarios tan peligrosos. David, puesto ya al tanto por su mujer, escuchó con aire profundamente distraído las propuestas de sus enemigos.

—Entiéndanse con mi mujer —dijo a los dos Cointet saliendo del despacho acristalado para volver a encerrarse en su pequeño laboratorio—, está más al corriente que yo de mi imprenta, que ya no sigo de cerca. Estoy ocupado en algo que será mucho más rentable que este pobre establecimiento, y que me resarcirá de las pérdidas que he tenido con ustedes.

—¿Y cómo, si puede saberse? —preguntó Cointet el gordo entre risas.

Ève miró a su marido para rogarle prudencia.

—Dependerán de mí, ustedes y todos los que consuman papel.

—¿Y qué busca? —insistió Benoît-Boniface Cointet.

Cuando oyó la pregunta de Boniface, dicha en tono dulce e insinuante, Ève miró de nuevo a su marido para rogarle que no dijera nada, o bien algo ajeno al asunto.

—Estoy buscando la forma de hacer papel a un coste inferior al cincuenta por ciento del actual...

Y se fue sin ver la mirada que se intercambiaban los dos hermanos y con la que parecían decirse: «¡Este hombre no puede ser sino un inventor; un tipo como él no puede permanecer ocioso! ¡Explotémosle!», decía Boniface. «¿Y cómo?», preguntaba Jean.

—David se comporta con ustedes igual que lo hace conmigo —dijo madame Séchard—. Cuando me hago la curiosa, desconfía hasta de mi nombre y me lanza esta frase que, al fin y al cabo, no es más que un programa de intenciones.

—Si su marido es capaz de llevar adelante su programa hará fortuna más rápidamente que con la imprenta, por lo que no me extraña nada que desatienda este establecimiento —continuó Boniface volviéndose para mirar el taller vacío en el que Kolb, sentado sobre un mojadador, estaba frotando su pan con una cabeza de ajos; pero no nos convendría mucho ver esta imprenta en manos de un competidor activo, emprendedor y ambicioso, y tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si, por ejemplo, consiente en alquilar por una determinada cantidad su maquinaria a uno de nuestros operarios, que trabajaría para nosotros, a su nombre, como se hace en París, nosotros tendríamos lo bastante ocupado a ese muchacho como para permitirle pagar un buen alquiler y poder tener usted así unas ganancias...

—Eso depende de la cantidad —repuso Ève Séchard—. ¿Cuánto están dispuestos a ofrecer? —añadió mirando a Boniface para hacerle ver que comprendía perfectamente lo que tenía en mente.

—Pero ¿cuáles serían sus pretensiones? —replicó Jean Cointet.

—Tres mil francos por seis meses —dijo ella.

—Eh, querida señora, habla de vender su imprenta por veinte mil francos —replicó en tono suave Boniface—. El interés de veinte mil francos al seis por ciento no es más que mil doscientos.

Ève se quedó cortada durante unos instantes y reconoció entonces el valor de la discreción en los negocios.

—Se servirán de nuestras prensas, de nuestros caracteres, con los que les he demostrado que sé hacer aún pequeños negocios —replicó ella—, y tenemos alquileres pendientes de pagar al señor Séchard padre, que no nos colma de regalos precisamente.

Tras una pugna de dos horas, Ève obtuvo dos mil francos por seis meses, de los cuales mil serían pagados por adelantado. Una vez todo convenido, los dos hermanos le informaron de que su intención era hacer de Cérizet el arrendatario de la maquinaria de la imprenta. Ève no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿No es mejor tomar a alguien que esté ya al corriente del taller? —dijo Cointet el gordo.

Ève se despidió de los dos hermanos sin responder, y se prometió vigilar personalmente a Cérizet.

—¡Bien, ya tenemos a nuestros enemigos que han quedado señores del campo! —dijo David riendo a su mujer, cuando a la hora de la cena le enseñó los documentos para la firma.

—¡Bah! —dijo ella—. Respondo de la fidelidad de Kolb y de Marion; ellos dos lo vigilarán todo. Por otra parte, sacaremos cuatro mil francos de renta por un mobiliario industrial que nos costaba dinero, y tienes un año por delante para hacer realidad tus esperanzas.

—Estabas destinada a ser, como me dijiste en la presa, la mujer de un inventor —dijo Séchard estrechando con ternura la mano de su mujer.

Pero si bien en el hogar de David hubo el dinero suficiente para pasar el invierno, estuvo bajo la vigilancia de Cérizet y, sin saberlo, bajo la dependencia de Cointet el largo.

—¡Ya los tenemos en nuestro poder! —dijo al salir el director de la papelera a su hermano el impresor—. Estos pobretones se acostumbrarán a recibir el alquiler de su imprenta, contarán con él y contraerán deudas. Dentro de seis meses no renovaremos el arrendamiento, y entonces veremos lo que ese genio ha descubierto, pues le propondremos para sacarle del apuro asociarnos con él para explotar su descubrimiento.

Si algún astuto comerciante hubiera podido ver a Cointet el largo pronunciar las palabras «nos asociaremos», habría comprendido que las uniones celebradas en el Ayuntamiento son menos peligrosas que las que se celebran en el Tribunal de Comercio. ¿Qué pasaría ahora que los feroces cazadores iban tras los pasos de su presa? ¿Conseguirían resistir David y su mujer, con la ayuda de Kolb y de Marion, a las artimañas de un Boniface Cointet?

Cuando llegó el momento del parto de madame Séchard, los quinientos francos enviados por Lucien, junto con el segundo pago de Cérizet, bastaron para cubrir todos los gastos. Ève, su madre y David, que se creían olvidados por Lucien, sintieron la misma alegría que les habían producido los primeros éxitos del poeta, cuyos comienzos en el periodismo causaron una sensación aún mayor en Angulema que en París.

Acunado en una engañosa seguridad, a David le flaquearon las piernas cuando recibió inesperadamente de su cuñado esta terrible carta:

Mi querido David:

He negociado, en Métivier, tres letras firmadas por ti, a mi favor, a uno, dos y tres meses de vencimiento. Entre las letras y el suicidio he optado por este horrible recurso que seguramente te creará grandes apuros. Ya te explicaré la situación en que me encuentro y trataré, desde luego, de mandarte el dinero al vencimiento.

Quema mi carta y no digas nada a mi madre ni a mi hermana, pues te confieso que he contado con tu heroísmo, que tan bien conoce tu hermano en la desesperación.

Lucien de Rubempré

—Tu pobre hermano —le dijo David a su mujer, que se estaba recuperando entonces del parto— pasa por serias dificultades. Le he enviado tres letras de mil francos a uno, dos y tres meses de vencimiento; toma nota.

Luego se fue al campo para no tener que darle explicaciones a su mujer. Pero cuando comentó con su madre aquella frase que hacía presagiar tantas desgracias, Ève, ya muy inquieta por el silencio que su hermano guardaba desde hacía seis meses, tuvo tan malos presentimientos que, para disiparlos, se decidió a tomar una de esas decisiones que sólo dicta la desesperación. El hijo de los Rastignac fue a pasar unos días con su familia, y habló en términos lo suficientemente peyorativos de Lucien como para que estas noticias de París, corriendo de boca en boca, llegaran hasta oídos de la madre y de la hermana del periodista. Ève fue a ver a madame de Rastignac y solicitó el favor de una entrevista con su hijo, a quien hizo partícipe de todos sus temores, preguntándole la verdad sobre la situación de Lucien en París. En un momento, Ève se enteró así de las relaciones de Lucien con Coralie, de su duelo con Michel Chrestien, causado por la traición a D'Arthez; en fin, de todas las circunstancias de la vida de Lucien envenenadas por un dandy ingenioso que supo disfrazar el odio y la envidia que sentía con la compasión, la solidaridad del ciudadano preocupado por el porvenir de un gran hombre y la hipócrita admiración por el talento de un hijo de Angulema, tan terriblemente comprometido. Habló de los errores que Lucien había cometido y que acababan de costarle la protección de los personajes más encopetados y la pérdida de una real orden que le habría conferido las armas y el nombre de Rubempré.

—Señora, si su hermano hubiera sido bien aconsejado, a estas horas tendría por delante una carrera llena de honores y sería el marido de madame de Bargeton; pero ¿qué quiere?... ¡La ha abandonado, insultado! Y, muy a su pesar, se ha convertido en la condesa de Sixte du Châtelet, aunque amaba a Lucien.

—¿Es posible? —exclamó madame Séchard.

—Su hermano es un aguilucho que se ha visto deslumbrado por los primeros fulgores del lujo y de la gloria. Cuando un águila cae, ¿quién puede saber al fondo de qué precipicio se detendrá? La caída de un gran hombre está siempre en proporción directa con la altura que ha alcanzado.

Ève regresó espantada por esta última frase, que le atravesó el corazón como una flecha. Herida en lo más vivo de su alma, guardó en casa el más profundo silencio; pero más de una lágrima rodó por sus mejillas y sobre la frente de la criatura que amamantaba. Sin embargo, es tan difícil renunciar a las ilusiones que alimentamos desde la cuna por un familiar, que Ève no se fio de Eugène de Rastignac y quiso oír el parecer de un amigo de verdad. Escribió, por tanto, una conmovedora carta a D'Arthez, cuya dirección sabía por Lucien, de los tiempos en que éste era entusiasta del Cenáculo, y he aquí la respuesta que recibió:

Estimada señora:

Me pide usted la verdad sobre la vida que lleva su hermano en París, quiere que le diga qué puede ser de su futuro, y, para exhortarme a responderle con franqueza, me repite lo que sobre el particular le ha dicho monsieur de Rastignac, preguntándome si tales hechos son ciertos. En lo que a mí se refiere, señora, hay que rectificar a favor de Lucien las confidencias de monsieur de Rastignac. Su hermano sintió remordimientos, vino a enseñarme su crítica a mi libro diciéndome que era incapaz de decidirse a publicarla, a pesar del riesgo que su desobediencia a las órdenes de su partido podía suponer para una persona muy querida para él. Pero, ¡ay!, señora, la tarea de un escritor es comprender las pasiones, porque su gloria consiste en darles expresión: por tanto, comprendí que entre una amante y un amigo, tenía que ser sacrificado el amigo. Le facilité incluso las cosas a su hermano corrigiendo yo mismo dicho artículo liberticida y aprobándolo por completo. Me pregunta si Lucien ha conservado mi estima y amistad. Se hace difícil responder a esto. Su hermano sigue un camino por el que se extraviará. Por el momento le compadezco; pero pronto le habré voluntariamente olvidado, ¡no por lo que hizo, sino por lo que está aún por hacer! Su querido Lucien es un temperamento poético, no un poeta, sueña y no piensa, se agita y no crea. En suma, permítame decirlo, es como una mujercita a la que le gusta aparentar, el principal vicio de los franceses. Por ello Lucien sacrificará siempre al mejor de sus amigos por el simple gusto de hacer alarde de su inteligencia. Haría de buena gana mañana mismo un pacto con el demonio si dicho pacto le permitiera llevar, durante unos años, una vida brillante y lujosa. ¿Acaso no ha malbaratado ya su futuro por los placeres efímeros que le ha brindado su vida pública con una actriz? En estos momentos, la juventud, la belleza, la abnegación de esta mujer, ya que ella le adora, le ocultan los peligros de una situación que ni la gloria, ni el éxito, ni la fortuna hacen que sea aceptada por el gran mundo. Pues bien, a cada nueva seducción, su hermano no verá, como hace hoy, más que los placeres del momento. En cualquier caso, quédese tranquila, Lucien no llegará nunca al crimen, no tiene valor para ello; pero consentiría un crimen ya perpetrado por otros, compartiendo su provecho y no los peligros, cosa que repugna a cualquiera, hasta a los depravados. Se despreciará a sí mismo, se arrepentirá, pero si la necesidad volviera a ponerlo en la misma tesitura, reincidiría, ya que carece de voluntad, y es incapaz de resistirse a las seducciones de la voluptuosidad y de la satisfacción de sus menores ambiciones. Indolente como todos los temperamentos poéticos, se cree hábil escamoteando las dificultades en vez de vencerlas. Será valiente en un momento dado, pero cobarde en otro. Y elogiarle por su coraje sería tan inútil como reprocharle su cobardía. Lucien es como un arpa cuyas cuerdas se tensan o se aflojan según los cambios atmosféricos. Podrá escribir un buen libro en un momento de ira o de felicidad y ser indiferente al éxito después de haberlo deseado tanto. Desde los primeros días de su llegada a París, cayó bajo la influencia de un joven sin principios, pero que le fascinó por su habilidad y experiencia en apañárselas en medio de las dificultades de la vida literaria. Este prestidigitador sedujo a Lucien completamente y le arrastró a una vida sin dignidad y en la que, por desgracia para él, también el amor ha obrado su encantamiento. Cuando se ha mostrado demasiado fácilmente admiración, ésta es un síntoma de debilidad: no se debe pagar con la misma moneda a un saltimbanqui y a un poeta. Todos nos hemos sentido heridos al verle preferir la intriga y la marrullería literaria al valor y al honor de quienes aconsejaban a Lucien que aceptara la lucha en vez de lograr el éxito por medios fraudulentos, de lanzarse a la arena en vez de convertirse en una de las trompetas de la orquesta. La sociedad, señora, cosa bien extraña, es mucho más indulgente con los jóvenes como él; los quiere, se deja seducir por el atractivo de sus prendas exteriores; no les exige nada, disculpa todos sus errores, da por descontada su perfección permaneciendo ciega a sus defectos, y los convierte así, finalmente, en sus niños mimados. Por el contrario, es de una severidad sin límites con las naturalezas fuertes e íntegras. Pero es

precisamente así como la sociedad, aunque en apariencia puede parecer injusta, es tal vez sublime. Se divierte con los bufones, sin pedirles nada más que diversión, pero los olvida muy pronto, mientras que para doblar la rodilla ante la grandeza le exige a esta unas dotes divinas. A cada cosa su ley: el diamante eterno no debe tener ninguna impureza, mientras que la creación efímera de la Moda tiene derecho a ser ligera, extravagante y sin consistencia. Por ello, y pese a sus errores, tal vez Lucien logre maravillosos triunfos, para ello le bastará con aprovechar alguna buena oportunidad o conocer gente de la buena sociedad; pero, si se encuentra con un ángel del mal, acabará en el fondo de los infiernos. Es un brillante conjunto de buenas cualidades bordadas sobre un fondo demasiado ligero; el tiempo acaba con las flores, y un buen día no queda más que el tejido y, si éste es de mala calidad, parecerá nada más que un harapo. Mientras Lucien sea joven, gustará; pero, a los treinta años, ¿qué será de él? Esta es la pregunta que han de hacerse quienes le quieren sinceramente. Si fuera el único en pensar así de Lucien, tal vez habría evitado afligirle con mi sinceridad; pero además de verme obligado en tal caso a eludir con banalidades las preguntas que me plantea, lo cual me parecía injusto para con usted que con su carta me manda un grito de angustia, e indigno de mí a quien usted tiene en demasiada alta estima, aquellos amigos míos que han conocido a Lucien se muestran unánimes en su opinión; por eso me he sentido en el deber de contarle la verdad, por muy terrible que ésta sea. Cabe esperar cualquier cosa de Lucien, tanto en lo bueno como en lo malo. Esto es, en síntesis, lo que pensamos y resume el contenido de esta carta. Si los azares de su vida, ahora muy miserable y bastante incierta, hicieran que este poeta volviera a su lado, haga uso de toda su influencia para retenerle en el seno de su familia, pues hasta que su carácter haya adquirido cierta firmeza París siempre será peligroso para él. Llamaba a usted y a su marido sus ángeles custodios; y seguramente les ha olvidado, pero se acordará de nuevo de ustedes en el momento en que, azotado por la tempestad, no le quede más que su familia como refugio; conserve por tanto su afecto por él, señora; bien que lo va a necesitar.

Reciba, señora, el sincero homenaje de un hombre que conoce sus estimables cualidades y que respeta demasiado sus maternales inquietudes para no ofrecerse a su entera disposición declarándose su fiel servidor,

D'Arthez

Dos días después de haber leído esta respuesta, Ève se vio obligada a tomar una nodriza, porque no tenía ya leche. Su hermano había sido su dios, y ahora lo veía corrompido por el abuso de sus mejores facultades; en pocas palabras, para ella, se revolcaba en el fango. Aquella noble criatura era incapaz de transigir con la probidad, la delicadeza y con todos los preceptos sagrados cultivados en el hogar familiar, que en provincias se mantenía aún tan puro y luminoso. David había acertado, pues, en sus previsiones. Cuando Ève confió a su marido su pesar, que daba a su blanca frente un colorido plúmbeo, en una de esas conversaciones sin tapujos en las que las parejas de enamorados pueden decírsele todo, David trató de consolarla. A pesar de que las lágrimas hubieran asomado a sus ojos al ver el bonito pecho de su mujer seco por el dolor, y a aquella madre al borde de la desesperación por no poder cumplir con su labor maternal, el impresor tranquilizó a su mujer dándole algunas esperanzas.

—Ves, niña mía, tu hermano ha pecado con la imaginación. ¡Es tan natural para un poeta querer su ropaje púrpura y azul y correr presuroso a las fiestas!... ¡Es como un pájaro atraído por el esplendor y el lujo con tan buena fe que Dios le perdona en aquello en que la sociedad le condena!

—¡Pero nos mata!... —exclamó la pobre mujer.

—Hoy nos mata igual que hace unos meses nos salvaba mandándonos el primer dinero que ganó —

respondió David, que tuvo el buen sentido de comprender que su mujer se dejaba llevar por la desesperación y que pronto retornaría a su amor por Lucien—. Mercier decía en su Tableau de Paris, hace unos cincuenta años, que la literatura, la poesía, las letras y las ciencias, todas las creaciones del espíritu no podrían dar de comer nunca a un hombre; y Lucien, como poeta que es, no ha querido creer en una sabiduría de cinco siglos de antigüedad. Las cosechas regadas con tinta no se recogen (cuando se recogen) hasta diez o doce años después de la siembra, y Lucien ha confundido el grano con la paja. Pero al menos la vida le habrá enseñado algo. Después de haber sido engañado por una mujer, tenía que ser engañado por el mundo y las falsas amistades. La experiencia que ha sacado la ha pagado bien cara, eso es todo. Nuestros antepasados decían: «Con tal de que un hijo vuelva sano y salvo a casa, y con el honor incólume, todo lo demás no importa...».

—¡El honor! —exclamó la pobre Ève—. ¡Ay!, ¡a cuántas virtudes no ha faltado Lucien!... ¡Escribir en contra de su conciencia! ¡Atacar a su mejor amigo!... ¡Aceptar el dinero de una actriz!... ¡Exhibirse con ella! ¡Y dejarnos en la miseria!...

—¡Oh! Eso no es nada... —exclamó David interrumpiéndose.

Había estado a punto de escapársele el secreto de la falsificación cometida por su cuñado y, desgraciadamente, Ève, dándose cuenta de aquella reacción, albergó vagas inquietudes.

—¿Cómo que nada? —repuso—. ¿Y de dónde vamos a sacar tres mil francos?

—En primer lugar —continuó David— vamos a renovar con Cérizet el arriendo de explotación de nuestra imprenta. En seis meses ha ganado seiscientos francos recibiendo de los Cointet el quince por ciento por los trabajos a su nombre, y con otros trabajillos ocasionales se ha sacado quinientos más.

—Si se enteraran los Cointet, tal vez no prorrogarían el contrato de arriendo por miedo a Cérizet —dijo Ève—, pues es un tipo peligroso.

—¡Y qué me importa! —exclamó Séchard—. ¡Dentro de unos cuantos días seremos ricos! Una vez rico Lucien, ángel mío, no será sino un espejo de virtudes...

—¡Ah, David, querido mío, qué cosas dices! ¡En la miseria, Lucien sería incapaz de resistirse al mal! ¡Pensas como D'Arthez! No existe superioridad sin fuerza, y Lucien es débil... Un ángel al que no conviene tentar, ¿qué es en realidad?

—Lucien es un espíritu noble que únicamente puede brillar en su ambiente, en su esfera, en su cielo. Lucien no está hecho para luchar, y yo le evitaré la lucha. Mira, estoy ya tan cerca de la solución que debo confiarte lo que he descubierto hasta ahora.

Sacó de su bolsillo varias hojas de papel blanco de tamaño en octavo y las blandió victoriosamente dejándolas sobre las rodillas de su mujer.

—Una resma de este papel, en formato gran marquilla, no costará más de cinco francos —dijo dando a examinar las muestras a Ève, quien mostró una sorpresa infantil.

—Bueno, ¿y cómo has hecho las pruebas?

—Con un viejo tamiz de crin que le cogí a Marion.

—¿Y no estás contento aún? —preguntó ella.

—El problema no está en la fabricación, sino en el precio de coste de la pasta. Pero por desgracia,

amor mío, yo no soy más que uno de los últimos que se ha aventurado en este difícil camino. Madame Masson, a partir de mil setecientos noventa y cuatro, hacía ya sus intentos por convertir los papeles impresos en papel blanco; lo consiguió, ¡pero a qué precio! En Inglaterra, allá por mil ochocientos, el marqués de Salisbury intentaba, al mismo tiempo que Séguin en mil ochocientos uno en Francia, emplear la paja para la fabricación del papel. Nuestra caña vulgar, el Arundo phragmitis, ha proporcionado las hojas de papel que tienes en la mano. Pero yo quiero utilizar las ortigas y los cardos, porque para mantener un precio barato de la materia prima es preciso recurrir a las sustancias vegetales que crecen en los pantanos y terrenos baldíos; saldrán a un precio tirado. El secreto radica exclusivamente en la preparación de esos tallos. Por el momento mi procedimiento no es aún lo bastante simple. Pues bien, a pesar de estas dificultades estoy seguro de poder dar a la papelería francesa la primacía de que goza nuestra literatura y hacer de ella un monopolio para nuestro país, como los ingleses tienen el del hierro, la hulla o la loza común. Quiero ser el Jacquard de la industria papelera.

Ève se levantó, impelida por el entusiasmo y por la admiración que le producía la modestia de David; abrió sus brazos y le estrechó contra su corazón apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Me recompensas como si lo hubiera descubierto ya —le dijo él.

Por toda respuesta, Ève mostró su bonito rostro inundado completamente de lágrimas, y durante unos instantes se quedó sin habla.

—¡No abrazo al hombre de genio, sino al que me sirve de consuelo! —dijo ella—. A una gloria caída opones tú una gloria que se levanta. A la pena que me causa la abyección de un hermano, opones tú la grandeza del esposo... Sí, serás grande como los Graindorge, los Rouvet, los Van Robais, como el persa que nos proporcionó la rubia, como todos esos hombres de los que me has hablado y cuyos nombres permanecen desconocidos porque, al perfeccionar una industria, hicieron algo bueno sin ostentación.

—¿Qué estarán haciendo a estas horas? —decía Boniface.

Cointet el largo se paseaba por la place du Mûrier con Cérizet observando las sombras de los dos cónyuges recortándose contra las cortinas de muselina, porque todas las noches, a las doce, iba a charlar con Cérizet, que estaba encargado de vigilar los menores pasos de su antiguo patrón.

—Seguramente debe de estar enseñándole los papeles que ha fabricado esta mañana —le dijo Cérizet.

—¿Qué sustancias ha utilizado? —preguntó el fabricante de papel.

—Imposible adivinarlo —repuso Cérizet—. He hecho un agujero en el tejado y he trepado hasta allí arriba; he visto a mi patrón la pasada noche poner a hervir su pasta en un recipiente de cobre; he examinado atentamente sus materiales, amontonados en un rincón, pero todo cuanto he podido observar es que la materia prima parecía un montón de estopa...

—No sigas —le rogó Boniface Cointet con voz melosa a su soplón—. ¡Sería un esfuerzo ímprobo! ... Madame Séchard te propondrá renovar el arriendo de explotación de la imprenta; dile que quieres ser impresor, ofrécele la mitad de lo que valen la licencia y el material, y, si están de acuerdo, ven a verme. De todas formas, da largas al asunto..., están sin dinero.

—¡Sin un céntimo! —dijo Cérizet.

—Sin un céntimo —repitió Cointet el largo.

«Están en mis manos», se dijo para sí.

Las casas Métivier y Cointet Hermanos unían a su condición de comisionistas de papel y papeleros-impresores la de banqueros, por cuya actividad, sin embargo, se guardaban mucho de pagar licencia. El fisco no ha encontrado la manera aún de controlar los negocios comerciales a fin de obligar a todos cuantos hacen de banqueros de extranjis a sacarse la licencia de banquero, licencia que en París, por ejemplo, cuesta quinientos francos. Pero los hermanos Cointet y Métivier, pese a ser lo que se llama en Bolsa unos «clandestinos», no dejaban de manejar unos cientos de miles de francos por trimestre en las plazas de París, Burdeos y Angulema. Ahora bien, aquella misma tarde, la casa Cointet Hermanos había recibido de París las letras falsificadas por valor de tres mil francos que había librado Lucien. Cointet el largo vio inmediatamente en aquella deuda una formidable maquinación dirigida, como vamos a ver, contra el pobre y paciente inventor.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Boniface Cointet se paseaba a lo largo de la presa que alimentaba su gran papelera y cuyo ruido ahogaba el de las voces. Esperaba allí a un joven de veintinueve años, que desde hacía seis semanas era abogado en el Tribunal de Primera Instancia de Angulema y que respondía al nombre de Pierre Petit-Claud.

—¿Era usted compañero de colegio en Angulema de David Séchard? —preguntó Cointet el largo al saludar al joven abogado, que acudió de inmediato a la llamada del rico fabricante.

—Sí, señor —respondió Petit-Claud poniéndose al paso de Cointet el largo.

—¿Han seguido tratándose?

—Desde que volvió, nos habremos encontrado a lo sumo un par de veces. No podía ser de otro modo, porque los días normales yo estaba ocupado en el bufete o en la Audiencia, y los domingos y días festivos tenía que estudiar para completar mi instrucción, porque sabía que sólo podía contar conmigo mismo...

Cointet asintió con la cabeza.

—Cuando volvimos a vernos, David me preguntó a qué me dedicaba. Yo le dije que, después de haber estudiado Derecho en Poitiers, era el primer pasante del abogado Olivet y que esperaba un día u otro quedarme con su bufete... Pero a quien más conocía era a Lucien Chardon, que ahora se hace llamar De Rubempré, el amante de madame de Bargeton, nuestro gran poeta, y que es cuñado de David Séchard.

—Pues, entonces, puede ir a ver a David para anunciarle que tiene ya el título y ofrecerle sus servicios —dijo Cointet el largo.

—Es algo que no se acostumbra a hacer —repuso el joven abogado.

—No ha tenido nunca ningún pleito y no tiene abogado, por lo que puede ofrecerle sus servicios —contestó Cointet que miraba de arriba abajo al pequeño abogado desde detrás de sus anteojos.

Hijo de un sastre del Houmeau, despreciado por sus compañeros de colegio, Pierre Petit-Claud parecía tener cierta dosis de hiel que se le hubiera transvasado a la sangre. Su rostro tenía ese colorido de matices sucios y confusos que delatan viejas enfermedades, antecedentes de miseria y casi siempre una mala índole. Existe una expresión de la lengua familiar que puede describir en dos palabras a este joven: tenía pelos en el corazón. Su voz cascada estaba en consonancia con su cara de vinagre, su aspecto flaco y el color indefinible de sus ojos de urraca. Unos ojos de urraca, en expresión de

Napoleón, son indicio de falta de honestidad. «Mirad a ése —le decía a Las Cases en Santa Elena refiriéndose a uno de sus confidentes, a quien se vio obligado a despedir por malversación—, no sé cómo he podido estar tanto tiempo engañado teniendo como tiene ojos de urraca.» Por eso, cuando Cointet el largo hubo examinado bien a aquel abogado delgaducho, picado de viruelas, de cabello ralo, y en quien empezaban a confundirse frente y cráneo, cuando lo vio dispuesto a mandar al diablo todos sus escrúpulos, se dijo: «Este es mi hombre». Efectivamente, Petit-Claud, nutrido de vejaciones, devorado por unas ansias de medrar que le corroían, había tenido la audacia, si bien con escasa fortuna, de comprar por treinta mil francos el bufete de su amo, pensando en un matrimonio para pagar su deuda; y, siguiendo la costumbre, contaba con su amo para que le encontrara esposa, porque el predecesor siempre tiene interés en casar a su sucesor para poder cobrar así su deuda. Pero Petit-Claud contaba más aún consigo mismo, porque no carecía de cierta superioridad, rara por otra parte en provincias, y cuya raíz no era otra que el odio. A grandes odios, grandes esfuerzos. Entre los abogados de París y los de provincias existe una gran diferencia, y Cointet el largo era demasiado hábil para no sacar partido de las pasiones mezquinas a que obedecen estos leguleyos. En París, un abogado notorio, y los hay en gran número, posee algunas de las cualidades que distinguen al diplomático: el número de asuntos, la amplitud de intereses y la importancia de las causas que se le confían, son todas buenas razones para no ver en el procedimiento un medio de hacer fortuna. Arma ofensiva o defensiva, el procedimiento no es ya para él, como en otros tiempos, un objeto de lucro. Por el contrario, en provincias, los abogados cultivan lo que en los bufetes de París se ha dado en llamar el «minutado», ese montón de pequeños gajes que elevan las cuentas de gastos y no hacen sino gastar papel timbrado. Es en estas bagatelas en lo que se ocupa el abogado de provincias y ve gastos que hacer ahí donde el abogado de París no se preocupa más que de sus honorarios. Los honorarios son lo que el cliente debe, además de los gastos, a su abogado por llevar más o menos hábilmente su asunto. El fisco se queda con la mitad de los gastos, mientras que los honorarios son enteramente para el abogado. ¡Digámoslo francamente! Los honorarios pagados raramente se corresponden con los honorarios pedidos y debidos por los servicios de un buen abogado. Los procuradores, los médicos y los abogados de París, al igual que las cortesanas con sus amantes ocasionales, se fían muy poco de la gratitud de sus clientes. Éstos podrían pintar, antes y después del asunto, dos admirables cuadros de género, dignos de Meissonier, y que serían sin duda muy apreciados por unos representantes de la justicia ad honorem. Pero existen otras diferencias entre el abogado de París y el de provincias. El abogado de París raramente defiende de viva voz, se dirige a veces al tribunal en los recursos de urgencia. Pero en 1822, en la mayor parte de los departamentos (luego los abogados han proliferado), los procuradores eran abogados y defendían ellos mismos sus causas. De esta doble vida deriva un doble trabajo que contagia al abogado de provincias de los vicios mentales del procurador, sin ahorrarle las pesadas cargas del abogado. De modo que el abogado de provincias se vuelve un charlatán y pierde esa lucidez mental tan necesaria para la buena marcha de los asuntos. Al desdoblarse así, a menudo de un hombre superior salen dos hombres mediocres. En cambio, en París, el abogado no se prodiga ni extiende mucho hablando ante el tribunal, ni tampoco defiende a menudo el pro o el contra, pudiendo mantener su rectitud de ideas. Y mientras estudia la táctica legal y rebusca en el arsenal de medios que se esconden entre las contradicciones de la jurisprudencia, mantiene sus propias convicciones sobre el asunto, esforzándose en ganar el caso. En resumidas cuentas, el pensamiento embriaga mucho menos que la palabra. A fuerza de hablar, un hombre acaba por creerse lo que dice; mientras que se puede actuar en contra de sus propias ideas sin debilitarlas, y ganar una mala causa sin tener que sostener que es buena, como le ocurre al abogado demandante. Por ello, el viejo procurador de París puede ser, mucho mejor que un viejo abogado, un buen juez. Un abogado de provincias tiene sus buenas razones para ser un hombre mediocre: se pone al

servicio de intereses mezquinos, lleva asuntos de poca monta, vive de generar gastos, abusa de la ley de enjuiciamiento, ¡y defiende de viva voz! En suma, tiene muchas imperfecciones. ¡Por ello, cuando se encuentra entre los representantes de la justicia de provincias un hombre verdaderamente digno de mención, es que es un hombre realmente superior!

—Creía, señor, que me había llamado por asuntos suyos —respondió Petit-Claud dando a esta observación un tono irónico por la mirada que lanzó hacia los impenetrables anteojos de Cointet el largo.

—Dejémonos de ambages —replicó Cointet—. Escúcheme.

Tras esta frase que resumaba confidencias, Cointet fue a sentarse en un banco, invitando a Petit-Claud a hacer otro tanto.

—En mil ochocientos cuatro, cuando monsieur du Hautoy pasó por Angulema de camino a Valencia en su calidad de cónsul, conoció a madame de Sénonches, por aquel entonces mademoiselle Zéphirine, de quien tuvo una hija —dijo Cointet en voz muy baja al oído de su interlocutor—. Sí —continuó al ver el sobresalto de Petit-Claud—, el matrimonio de mademoiselle Zéphirine con monsieur Sénonches siguió enseguida a aquel parto clandestino. Esta muchacha, criada en el campo, en casa de mi madre, es mademoiselle Françoise de La Haye, de quien cuida madame de Sénonches, que, siguiendo la costumbre, es madrina suya. Como mi madre, encargada de la hacienda rural de la anciana madame de Cardanet, la abuela de mademoiselle Zéphirine, estaba en el secreto de la única heredera de los Cardanet y de los Sénonches de la rama primogénita, fui encargado de administrar la pequeña suma que monsieur Francis du Hautoy destinó en su día a su hija. Mi fortuna tuvo su origen en esos diez mil francos que hoy se han convertido en treinta mil. Sin duda madame de Sénonches legará el ajuar, la plata y algún mueble a su pupila; yo puedo conseguirle a la muchacha, amigo mío —dijo Cointet dándole una palmadita en la rodilla a Petit-Claud—. Casándose con Françoise de La Haye aumentará su clientela con una gran parte de la aristocracia de Angulema. Este matrimonio de la mano izquierda le abre un magnífico porvenir... La posición de un abogado-procurador será juzgada suficiente: no piden nada mejor, lo sé de cierto.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó con codicia Petit-Claud—. Porque usted tiene como abogado al licenciado Cachan...

—No pienso dejar de buenas a primeras a Cachan por usted; seré su cliente sólo más tarde —dijo astutamente Cointet el largo—. ¿Que qué hay que hacer, amigo? Pues bien, se trata de los negocios de David Séchard. Ese pobre diablo me debe mil escudos en letras, pero no los pagará. Le defenderá usted contra las demandas, para que así tenga que asumir una gran cantidad de gastos... No se preocupe, usted vaya a lo suyo, acumule incidentes. Doublon, mi alguacil, que se encargará de demandarle en base a las instrucciones de Cachan, no se andará con chiquitas... A buen entendedor, pocas palabras bastan. Así que ¿cómo lo ve, jovencito?...

Se hizo una pausa elocuente durante la cual estos dos hombres se observaron.

—No nos hemos visto nunca —continuó Cointet—, no le he dicho nada y no sabe nada de monsieur du Hautoy, ni de madame de Sénonches, ni de mademoiselle de La Haye; solamente cuando llegue el momento, dentro de dos meses, pedirá usted la mano de esa jovencita. Cuando tengamos que vernos, vendrá aquí, al atardecer. Nada por escrito.

—¿Así que quiere arruinar a Séchard? —preguntó Petit-Claud.

—No exactamente, pero hay que tenerlo unos meses en prisión...

—¿Y con qué fin?

—¿Me cree tan estúpido como para decírselo? Si tiene la suficiente inteligencia como para adivinarlo, también la tendrá para callárselo.

—Séchard padre es rico —dijo Petit-Claud, que comenzaba ya a entrar en las ideas de Boniface y preveía una posibilidad de fracaso.

—Mientras viva, el padre no le dará ni un céntimo a su hijo, y ese ex tipógrafo no tiene aún ningunas ganas de hacer imprimir su esquila de defunción...

—¡De acuerdo, pues! —dijo Petit-Claud, quien se decidió rápidamente—. No le pido garantías, soy abogado; si me enreda nos veremos las caras...

«El muy granuja llegará lejos», pensó Cointet al despedirse de Petit-Claud.

Al día siguiente de esta charla, el 30 de abril, los hermanos Cointet hicieron presentar la primera de las tres letras falsificadas por Lucien. Por desgracia, la letra fue entregada a la pobre madame Séchard, que, al reconocer la imitación de la firma de su marido por Lucien, llamó a David y le dijo a bocajarro:

—¿Has firmado tú esta letra?

—No —repuso él—; tu hermano estaba tan necesitado que la firmó por mí.

Ève devolvió la letra al ayudante del cajero de la casa Cointet Hermanos, diciéndole:

—No estamos en condiciones de pagar.

Luego, sintiéndose desfallecer, subió a su habitación, adonde la siguió David.

—Amor mío —dijo Ève a Séchard con voz de moribunda—, corre a casa de los Cointet, tendrán consideración contigo; ruégales que esperen y, además, hazles notar que a la renovación del arriendo de Cérizet te deberán mil francos.

David se fue inmediatamente a ver a sus enemigos. Un regente siempre puede convertirse en impresor, pero no siempre un hábil tipógrafo tiene madera de hombre de negocios; por ello David, que entendía poco de negocios, se quedó indeciso ante Cointet el largo cuando, tras haberle presentado, con el gizonte seco y el corazón palpitante, sus disculpas y hecho su súplica, recibió esta respuesta:

—Esto no es asunto nuestro; tenemos la letra de Métivier, y Métivier nos pagará. Diríjase a monsieur Métivier.

—¡Oh! —exclamó Ève al conocer esta respuesta—. Si la letra es retornada a monsieur Métivier, podemos estar tranquilos.

Al día siguiente, Victor-Ange-Herménégilde Doublon, el alguacil judicial de los Cointet, efectuó el protesto a las dos, hora en la que la place du Mûrier está llena de gente; y no obstante la cautela con que habló en la puerta de la calle con Marion y Kolb, no por ello el protesto fue menos conocido aquella misma tarde por todos los comerciantes de Angulema. Pero, además, las maneras hipócritas de Doublon, a quien Cointet el largo había rogado que tuviera la máxima consideración, ¿acaso podían salvar a Ève y a David de la ignominia comercial que supone una suspensión de pagos? ¡Juzgad vosotros mismos! Nadie se quejará por que nos extendamos aquí. El noventa por ciento de los lectores

se sentirán atraídos por los siguientes detalles, como si se tratara de la más excitante novedad. De este modo quedará probada una vez más la verdad de este axioma: «Nada hay que se conozca menos que lo que todo el mundo tendría que conocer: ¡LA LEY!».

Seguramente, para la mayoría de los franceses la descripción minuciosa de cómo funciona uno de los engranajes de la banca será tan interesante como un viaje a un país extranjero. Cuando un negociante expide, desde la ciudad en que tiene su establecimiento, una letra a una persona que vive en otra ciudad, como se suponía que había hecho David para prestar su ayuda a Lucien, transforma una operación tan simple como la de emitir un efecto suscrito entre dos negociantes de la misma ciudad para asuntos comerciales, en algo parecido a la letra de cambio emitida de una plaza a otra. Por ello, al aceptar los tres efectos bancarios emitidos a nombre de Lucien, Métivier estaba obligado, para cobrar el total, a expedirlos a los hermanos Cointet, sus representantes. Ello comportaba una primera pérdida para Lucien, designada como «comisión por cambio de plaza», y que comprendía un determinado porcentaje que era deducido de cada efecto, aparte del descuento. Los efectos Séchard habían pasado, pues, a la categoría de operaciones bancarias. No podríais imaginar hasta qué punto la condición de banquero, unida al título augusto de acreedor, cambia la condición del deudor. Por ello, «en banca» (recordad bien esta expresión), cuando un efecto transmitido desde la plaza de París a la plaza de Angulema no es pagado, los banqueros están obligados a enviarse a sí mismos lo que la ley llama «una cuenta de resaca». Bromas aparte, nunca los novelistas han inventado nada más inverosímil. De ahí las ingeniosas bromas, dignas de un Mascarilla, a que da lugar cierto artículo del Código de Comercio y cuya explicación os demostrará cuántas atrocidades se esconden bajo esta terrible palabra: ¡la «legalidad»!

Apenas Doublon hubo hecho registrar su protesta, se lo llevó personalmente a los hermanos Cointet. Doublon tenía una cuenta abierta con aquellos chacales de Angulema, y les concedía un crédito por seis meses, que Cointet el largo ampliaba a un año por la manera de saldarlo, si bien diciéndole cada mes a este cachorro de chacal: «Doublon, ¿necesita dinero?». ¡Y esto no era todo! Doublon favorecía con una comisión a esta poderosa casa, que así ganaba con cada operación un tanto, nada, una miseria, ¡un franco cincuenta por protesto!... Cointet el largo se sentó tranquilamente en su escritorio y cogió una cuartilla de papel timbrado de treinta y cinco céntimos, sin dejar de hablar con Doublon para enterarse por él del estado real de las finanzas de los comerciantes.

—Bien, ¿está usted contento del pequeño Gannerac...?

—No le van mal las cosas. ¡Y cómo! La de trabajo que tiene...

—¡Sí, pero el hecho es que pasa por dificultades! Me han dicho que su mujer le causa muchos gastos...

—¿A él? —exclamó Doublon con aire socarrón.

Y el chacal, que había terminado de preparar su papel timbrado, escribió en redondilla el siniestro encabezamiento debajo del cual extendió la siguiente cuenta (sic!).

CUENTA DE RESACA Y GASTOS

Por un efecto de MIL FRANCOS, fechado en Angulema el 10 de febrero de 1822, suscrito por SÉCHARD HIJO, a la orden de LUCIEN CHARDON, llamado DERUBEMPRÉ, endosado a la orden de MÉTIVIER y a la nuestra, con vencimiento el 30 de abril último, protestado por DOUBLON, alguacil, el 1 de mayo de 1822.

Montante 1000,00

Protesto 12,35

Comisión del 0,5% 5,00

Comisión de corretaje del 0,25% 2,50

Timbre de nuestra resaca y de la presente 1,35

Intereses y gastos por portes 3,00

TOTAL 1024,20

Cambio de plaza al 1,23% sobre 1024,20 13,25

1037,45

Mil treinta y siete francos con cuarenta y cinco céntimos, suma que nos reembolsamos con una letra a la vista a monsieur Métivier, rue Serpente, en París, a la orden de monsieur Gannerac del Houmeau.

Angulema, 2 de mayo de 1822

Cointet Hermanos

Al pie de este pequeño memorándum, extendido con toda la pericia de un experto mientras hablaba con Doublon, Cointet el largo escribió la siguiente declaración:

Los abajo firmantes, Postel, farmacéutico del Houmeau, y Gannerac, comisionista en transportes, comerciantes de esta ciudad, certificamos que el cambio de nuestra plaza con respecto a París es de 1,25

Angulema, 3 de mayo de 1822

—Tenga, Doublon, hágame el favor de ir a casa de Postel y de Gannerac y ruégueles que me firmen rápidamente esta declaración y devuélvamela mañana por la mañana.

Y Doublon, familiarizado con estos instrumentos de tortura, se fue, como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Evidentemente, al no ser enviado el protesto en sobre cerrado, como se acostumbra a hacer en París, toda Angulema se acabaría enterando de las pésimas condiciones financieras por las que atravesaban los negocios del pobre Séchard. ¡Y de cuántas acusaciones no fue objeto su apatía! Unos decían que si se había perdido por un exceso de amor a su mujer; otros le acusaban de sentir demasiado afecto por su cuñado. ¡Y qué atroces conclusiones no sacaban de tales premisas! ¡No hay que inmiscuirse nunca en los intereses ajenos! ¡La gente aprobaba la dureza de papá Séchard para con su hijo y le admiraban!

Ahora bien, todos vosotros que, por una razón u otra, olvidáis hacer frente a vuestros compromisos, examinad atentamente los procedimientos, perfectamente legales, por los que, en diez minutos, se gana en banca veintiocho francos de interés por un capital de mil francos.

El primer artículo de esa cuenta de resaca es lo único incontestable.

El segundo artículo se refiere al porcentaje del fisco y del alguacil. Los seis francos que percibe el erario público al registrar la pena del deudor, y al proporcionar el papel timbrado, harán que el abuso siga aún durante largo tiempo. Por lo demás sabéis que este artículo proporciona un beneficio de un franco cincuenta al banquero por el descuento hecho por Doublon.

La comisión del 0,5%, objeto del tercer artículo, se percibe tomando como base el ingenioso pretexto de que, en banca, no recibir un pago equivale a descontar un efecto. Y aunque sea justamente al revés, no hay nada más parecido que dar mil francos o no cobrarlos. Cualquiera que haya presentado unos efectos al descuento sabe que, aparte del 6% debido por ley, el banquero obtiene, bajo el modesto nombre de comisión, un tanto por ciento que supone los intereses que le reporta, por encima del interés legal, la habilidad con la que hace trabajar sus fondos. Y cuanto más hábil es en sacar dinero, más os pide. Por tanto, sale más a cuenta hacerse descontar los propios efectos por un tonto. Pero ¿hay tontos entre los banqueros?...

La ley obliga al banquero a hacer que un agente de cambio certifique la tasa de cambio. En las plazas que tienen la mala suerte de no contar con una Bolsa, el agente de cambio es sustituido por dos negociantes. La llamada comisión de corretaje, que ha de pagarse al agente, corresponde a un 0,25% de la suma que se indica en el efecto protestado. Rige la costumbre de considerar esta comisión como pagada a los negociantes que sustituyen al agente, y el banquero se la embolsa pura y simplemente. De ahí el tercer artículo de esta bonita cuenta.

El artículo cuarto se refiere al coste del impreso de papel timbrado en el que se ha redactado la cuenta de resaca y al timbre de lo que ingeniosamente se denomina la «resaca», es decir, la nueva letra librada por el banquero a su colega para ser reembolsada.

El quinto artículo atañe al precio que se ha de pagar por los gastos por portes y a los intereses legales de la suma por todo el tiempo que puede tardar en llegar a la caja del banquero.

Finalmente, el cambio de plaza, el objeto mismo de la banca, es el importe que se debe por hacerse pagar de una plaza a otra.

Ahora examinad atentamente esta cuenta. ¿No parece hecha por el Polichinela de la canción napolitana tan bien interpretada por Lablache, para quien quince más cinco son veintidós? Es evidente que la firma de los señores Postel y Gannerac era un simple intercambio de favores: los Cointet certificarían en caso de necesidad para Gannerac lo que Gannerac certificaba para los Cointet. Es la puesta en práctica de ese conocido proverbio: «Hazme la barba, hacerte he el copete». Los señores Cointet Hermanos tenían cuenta corriente con Métivier y por tanto no tenían necesidad de librar una letra. Entre ellos, un efecto devuelto no significaba más que una línea más en el «debe» o en el «haber».

Esta fantásica cuenta se reducía, pues, en realidad, a los mil francos debidos, al protesto de trece francos y a un tanto por ciento de interés por un mes de retraso, tal vez unos mil dieciocho francos en total.

Si una gran casa de banca tiene todos los días de media una cuenta de resaca relativa a un valor de mil francos, gana diariamente veintiocho francos por la gracia de Dios y de la legislación bancaria, formidable realeza ideada por los judíos del siglo XII, y que en la actualidad domina a tronos y pueblos. Dicho en otras palabras, mil francos proporcionan a esta casa de banca veintiocho francos diarios o diez mil doscientos francos anuales. Triplicad la media de las cuentas de resaca y tendréis unos ingresos de treinta mil francos, fruto de estos capitales ficticios. No hay nada, por tanto, que sea cultivado con más amor que las cuentas de resaca. Si David Séchard hubiera ido a pagar su letra el 3 de mayo o la misma mañana del protesto, los hermanos Cointet le habrían dicho: «¡Su letra se la hemos devuelto a monsieur Métivier!», por más que tuvieran la letra encima de la mesa. La cuenta de resaca queda asentada la misma tarde del protesto. A esto, en el lenguaje bancario de provincias, se le llama «hacer sudar los escudos». Ya sólo los gastos por portes devengan unos veinte mil francos a la casa Keller, que tiene

sucursales en todo el mundo; y las cuentas de resaca pagan el palco en Les Italiens, el coche y el vestuario de la señora baronesa de Nucingen. Los gastos por portes son un abuso tanto más espantoso cuanto que los banqueros se ocupan de diez asuntos parecidos en diez líneas de una misma carta. Y, mira por dónde, el fisco tiene su parte en esta prima arrancada a la desgracia, y otra el Tesoro Público, que así se incrementa con las desventuras del comercio. En cuanto a los banqueros, desde lo alto de sus mostradores le lanzan al deudor esta frase llena de razón: «¿Por qué no puede pagar usted?», a la que, por desgracia, nada se puede responder. De este modo la cuenta de resaca es una cuenta llena de ficciones terribles y los deudores que reflexionen sobre esta instructiva página sentirán en lo sucesivo un saludable pavor.

El 4 de mayo, Métivier recibió de los señores Cointet Hermanos la cuenta de resaca con una orden de reclamar judicialmente en París a monsieur Lucien Chardon, llamado De Rubempré.

Unos días más tarde, Ève recibió, en respuesta a la carta que mandara a monsieur de Métivier, las líneas siguientes, que la tranquilizaron por completo.

A MONSIEUR SÉCHARD HIJO, IMPRESOR EN ANGULEMA

Obra en mi poder su apreciada carta del 5 del corriente. Por sus explicaciones referentes a la letra protestada del 30 de abril último, deduzco que quiso usted socorrer a su cuñado, monsieur de Rubempré, quien gasta en exceso para que se le obligue a usted a pagar haciéndole a él un favor; su situación es tan crítica que no podrá seguir así por mucho tiempo. Si su honorable cuñado no pagara, cuento con la lealtad de su antigua casa; y me reitero, como siempre, su seguro servidor,

Métivier

—Bien —dijo Ève a David—, mi hermano se enterará por esta reclamación judicial de que no hemos podido pagar.

¿Qué cambios anunciaba esta frase en Ève? El amor cada vez más grande que le inspiraba el carácter de David a medida que le iba conociendo venía a ocupar el sitio en su corazón del afecto fraterno. Pero ¿a cuántas ilusiones no decía adiós?...

Veamos ahora todo el camino que recorrió la cuenta de resaca en la plaza de París. Un tercer portador, nombre comercial de quien posee un efecto por transmisión, queda libre, en términos legales, de perseguir judicialmente sólo a aquel de los diversos deudores de este efecto que le pueda pagar con mayor prontitud. En virtud de esta facultad, Lucien fue perseguido por el abogado de monsieur Métivier. He aquí cuáles fueron las fases de esta acción judicial, que, por otra parte, era absolutamente inútil. Métivier, tras el cual se escondían los hermanos Cointet, conocía la insolvencia de Lucien; pero siempre, dentro del espíritu de la ley, la insolvencia de hecho no existe en derecho sino sólo después de haber sido comprobada. Por tanto, se comprobó de la siguiente manera la imposibilidad de obtener de Lucien el pago del efecto.

El alguacil de Métivier denunció, el 5 de mayo, la cuenta de resaca y el protesto de Angulema a Lucien, citándole ante el Tribunal de Comercio de París para hacerle oír una multitud de cosas, entre otras, que sería condenado a prisión por deudas como negociante. Cuando Lucien, en medio de su vida de ciervo acosado por la jauría, leyó este galimatías, recibía la notificación de una sentencia dictada contra él en rebeldía por el Tribunal de Comercio. Su amante Coralie, desconocedora de todo el asunto, pensó que Lucien había querido hacerle un préstamo a su cuñado y cuando le entregó toda la documentación era demasiado tarde. Una actriz ve demasiados actores disfrazados de alguaciles en las

comedias para creer en el papel timbrado. A Lucien se le saltaron las lágrimas, se compadeció de Séchard, sintió vergüenza por su falsificación y quiso pagar. Naturalmente, consultó a sus amigos qué tenía que hacer para ganar tiempo. Pero cuando Lousteau, Blondet, Bixiou y Nathan hubieron instruido a Lucien sobre el poco caso que un poeta tenía que hacer del Tribunal de Comercio, institución creada para los tenderos, el poeta estaba ya ante la ejecución del embargo. Veía en su puerta ese cartelito amarillo cuyo color se destiñe en las porterías y que tiene la virtud más astringente sobre el crédito, que produce un escalofrío en el corazón de los proveedores más insignificantes y que, sobre todo, hiela la sangre en las venas de los poetas lo bastante sensibles como para encariñarse con esos pedazos de madera, esos jirones de seda, esos montones de lana teñida, o esas bagatelas llamadas mobiliario. Cuando vinieron a llevarse los muebles de Coralie, el autor de Las margaritas se fue a ver a un amigo de Bixiou, Desroches, un abogado que se echó a reír al ver tanto espanto en Lucien por tan poca cosa.

—Pero si eso no es nada, amigo; ¿quiere ganar tiempo?

—El máximo posible.

—Pues bien, opóngase a la ejecución de la sentencia. Vaya a ver a uno de mis amigos, Masson, abogado del Tribunal de Comercio; llévele sus documentos y él presentará un recurso, comparecerá por usted y recusará la competencia del Tribunal de Comercio. Lo cual no presentará la menor dificultad, pues es usted un periodista bastante conocido. Si se le cita ante el Tribunal de lo Civil, venga a verme, porque eso es de mi competencia: ya me encargo yo de mandar a paseo a quienes quieran molestar a la guapa Coralie.

El 28 de mayo, Lucien, citado ante el Tribunal de lo Civil, fue condenado más pronto de lo que creía Desroches, pues había orden terminante de perseguir a Lucien sañudamente. Cuando se llevó a cabo un nuevo embargo, y el cartelito amarillo volvió de nuevo a decorar las pilastras de la puerta de Coralie y quisieron llevarse el mobiliario, Desroches, sintiéndose un poco ridículo por haberse «dejado atezar» por su colega (tal fue su expresión), se opuso a ello, pretendiendo, con razón, además, que el mobiliario pertenecía a mademoiselle Coralie e interpuso un recurso de urgencia. Ante el recurso, el presidente del tribunal volvió a enviar los autos a la Audiencia, donde la propiedad de los muebles fue adjudicada mediante sentencia a la actriz. Métivier, que apeló esta sentencia, vio su apelación denegada por una resolución del 30 de julio.

El 7 de agosto, Cachan recibió por la diligencia un enorme expediente con el membrete: MÉTIVIER CONTRA SÉCHARD Y LUCIEN CHARDON.

El primer documento era la bonita factura siguiente, cuya exactitud garantizamos:

Letra del 30 de abril último, suscrita por Séchard hijo, a la orden de Lucien de Rubempré (2 de mayo). Cuenta de resaca: 1037 fr. 45 c.

5 de mayo. Denuncia de la cuenta de resaca y del protesto con citación ante el Tribunal de Comercio de París para el 7 de mayo

7 de mayo. Juicio y condena en rebeldía a prisión por deudas 8,75

10 de mayo. Notificación de la sentencia 35,00

12 de mayo. Mandamiento 8,5

14 de mayo. Diligencia de embargo 5,5

18 de mayo. Diligencia de publicación de anuncios 16,00

19 de mayo. Publicación en prensa 15,25 4,00

24 de mayo. Diligencia de verificación previa al embargo y que contiene el recurso contra la ejecución de la sentencia por parte de monsieur Lucien de Rubempré 12,00

27 de mayo. Sentencia del tribunal que, con arreglo a derecho, traslada, a causa de la oposición, debidamente reiterada, los autos al Tribunal de lo Civil 35,00

28 de mayo. Asignación a breve plazo por Métivier ante el Tribunal de lo Civil con designación de abogado 6,50

2 de junio. Sentencia del juicio entre partes que condena a Lucien Chardon a pagar los conceptos de la cuenta de resaca y deja a cargo del demandante los gastos hechos ante el Tribunal de Comercio 150,00 10,00

6 de junio. Notificación de la susodicha 5,50

15 de junio. Mandamiento

19 de junio. Diligencia de embargo y oposición a este embargo por parte de mademoiselle Coralie, que pretende que el mobiliario le pertenece e interpone recurso de urgencia contra la denegación del embargo. Resolución del presidente, que devuelve los autos a la Audiencia para sustanciar el recurso de urgencia 20,00

19 de junio. Sentencia que adjudica la propiedad de los muebles a la citada mademoiselle Coralie 40,00

20 de junio. Recurso de Métivier 250,00

30 de junio. Confirmación de la sentencia 17,00 250,00

TOTAL 889,00

Letra del 31 de mayo 1037,45

Denuncia a Lucien 8,75 1046,20

Letra de 30 de junio, cuenta de resaca 1037,45

Denuncia a Lucien 8,75 1046,20

Estos documentos iban acompañados de una carta mediante la cual Métivier daba orden a Cachan, alguacil en Angulema, de actuar legalmente contra David Séchard por todos los medios legales. Victor-Ange-Herménégilde Doublon citó, pues, a David Séchard el 3 de julio ante el Tribunal de Comercio de Angulema para el pago de la suma total de cuatro mil dieciocho francos con ochenta y cinco céntimos, montante de las tres letras más los gastos. El mismo día que Doublon debía llevarle la orden de pago de esta suma, enorme para ella, Ève recibió por la mañana esta fulminante carta escrita por Métivier:

A MONSIEUR SÉCHARD HIJO, IMPRESOR EN ANGULEMA

Su cuñado, monsieur Chardon, es persona de probada mala fe, que ha puesto su mobiliario a nombre de una actriz con la que convive, y usted, señor, habría tenido que avisarme lealmente de dichas circunstancias para evitarme inútiles diligencias, ya que no ha contestado a mi carta del 10 de mayo

último. No tenga, pues, a mal que le pida el inmediato reembolso de las tres letras y todos los gastos.

Reciba mis cordiales saludos,

Métivier

Al no haber recibido más noticias, Ève, poco versada en cuestiones de derecho comercial, pensaba que su hermano había remediado su mala acción pagando las letras falsificadas.

—Querido —dijo a su marido—, ve corriendo ante todo a ver a Petit-Claud, explícale nuestra situación y que te aconseje.

—Amigo mío —dijo el pobre impresor al entrar en el despacho de su compañero, adonde precipitadamente había acudido—, cuando viniste a anunciarme que te habías colegiado y a ofrecerme tus servicios, no sabía que iba a necesitarlos tan pronto.

Petit-Claud estudió el bello rostro de pensador que le ofrecía este hombre sentado en un sillón, frente de él, sin escuchar el relato detallado de unos asuntos que conocía mejor que quien se los exponía. Al ver entrar a Séchard preocupado, se dijo: «Ya lo tenemos en nuestras manos». Esta escena es interpretada muy a menudo en el despacho de los abogados. «¿Por qué le perseguirán los Cointet?», se preguntaba Petit-Claud. Es típico de los abogados querer escudriñar tanto en el alma de sus clientes como en la de sus adversarios al tener que conocer tan bien el derecho como el revés de la trama jurídica.

—Lo que tú quieres es ganar tiempo —observó al fin Petit-Claud cuando Séchard hubo terminado—. ¿Qué necesitas? ¿Tres o cuatro meses?

—¡Oh! ¡Cuatro meses sería mi salvación! —exclamó David, a quien Petit-Claud le pareció un ángel.

—Pues bien, antes de tres o cuatro meses nadie tocará ni uno de tus muebles ni podrán detenerte... Pero eso te saldrá muy caro —añadió Petit-Claud.

—¿Y eso qué puede importarme?

—¿Esperas algunos ingresos? ¿Estás seguro de poder contar con ellos? —preguntó el abogado, casi sorprendido por la facilidad con que su cliente caía en la trampa.

—Antes de tres meses seré rico —respondió David con la seguridad del inventor.

—Tu padre no está aún criando malvas —repuso Petit-Claud—, no creo que quiera renunciar a cultivar sus viñas.

—¿Es que crees que cuento con la muerte de mi padre?... —replicó David—. Estoy tras la pista de un secreto industrial que me permitirá fabricar sin una pizca de algodón un papel tan sólido como el de Holanda, y a mitad de precio del de algodón actual...

—¡Un descubrimiento que vale una fortuna! —exclamó Petit-Claud, que entonces comprendió claramente el proyecto de Cointet el largo.

—Una gran fortuna, amigo mío, ya que de aquí a diez años será necesario diez veces más papel del que se consume en la actualidad. El periodismo será la locura de nuestro tiempo.

—¿Nadie está al corriente de tu secreto?

—Nadie, salvo mi mujer.

—¿No has hablado de tu proyecto, de tu programa, a alguien más?... ¿A los Cointet, por ejemplo?

—Les hablé de ello, pero vagamente, creo...

Un destello de generosidad cruzó por el alma amargada de Petit-Claud, quien trató de conciliarlo todo, el interés de los Cointet, el suyo y el de Séchard.

—Escucha, David, somos compañeros de colegio, yo te defenderé; ¡pero ten presente que esta defensa contra las leyes te costará de cinco a seis mil francos!... No comprometas tu fortuna. Yo creo que te verás obligado a compartir los beneficios de tu invento con uno de nuestros fabricantes de papel. Si me haces caso, antes de comprar o hacer construir una papelería piénsatelo dos veces... Además, tendrás que patentar tu invento... Todo ello requerirá tiempo y dinero. Los alguaciles podrían caer sobre ti demasiado pronto, a pesar de los rodeos que les obligaremos a dar...

—¡Tengo mi secreto! —dijo David con la ingenuidad del sabio.

—Pues bien, tu secreto será tu tabla de salvación —continuó Petit-Claud echándose atrás de su primera y leal intención de evitar un proceso mediante una transacción—. No quiero saberlo; pero escúchame bien: trata de trabajar en las mismas entrañas de la tierra, que nadie te vea ni pueda sospechar lo que te traes entre manos, porque podrían robarte tu tabla de salvación en tus mismas narices... Bajo un inventor se esconde a menudo un simple. ¡Pensáis demasiado en vuestros secretos para poder estar en todo! ¡Alguien acabará por descubrir el objeto de tus investigaciones, rodeado como estás de fabricantes! ¡Tantos fabricantes, tantos enemigos! Me pareces como el castor en medio de los cazadores, no les entregues tu piel...

—Gracias, amigo querido, es lo que me digo yo también —exclamó Séchard—. ¡Pero te estoy agradecido por tu gran prudencia y solicitud!... No es por mí por quien hago todo esto. A mí me bastarían mil doscientos francos de renta, y algún día mi padre tiene que dejarme al menos tres veces más... ¡Yo vivo de amor y de mi pensamiento..., una vida celestial...! Se trata de Lucien y de mi mujer, es por ellos por quienes trabajo...

—Pues, vamos, fírmame este poder, y no te preocupes más que de tu descubrimiento. El día que tengas que esconderte para que no vayas a prisión por deudas, te avisaré la víspera, pues hay que tenerlo todo previsto. Y deja que te diga que no dejes entrar en tu casa a nadie de quien no estés seguro como de ti mismo.

—Cérizet no ha querido renovar el arriendo de la explotación de mi imprenta, y de ahí nos han venido los pequeños problemas económicos. En mi casa no quedan más que Marion, Kolb, un alsaciano que es como un perro fiel, mi mujer y mi suegra...

—Escucha —dijo Petit-Claud—, desconfía del perro fiel...

—No le conoces —exclamó David—. Kolb es como si fuera yo.

—¿Me dejas ponerle a prueba?...

—Sí —dijo Séchard.

—Entonces, adiós; pero mándame a la guapa madame Séchard. Me es indispensable un poder de tu mujer. Y recuerda, amigo mío, que la cosa está que arde en tus negocios —dijo Petit-Claud a su compañero previniéndole así de todos los problemas judiciales que lloverían sobre él.

«Aquí me tienes poniendo una vela a Dios y otra al diablo», se dijo Petit-Claud tras haber

acompañado a su amigo David Séchard hasta la puerta de su despacho.

No obstante las preocupaciones que le causaban la falta de dinero y la pena de ver a su mujer postrada por la infamia de Lucien, David seguía buscando la solución de su problema; ahora bien, tanto a la ida como a la vuelta de su visita a Petit-Claud, iba mascando distraídamente un tallo de ortiga de las que ponía a macerar en agua para obtener las fibras que empleaba en la preparación de la pasta. Quería sustituir por procedimientos equivalentes las diversas operaciones que se logran mediante la maceración, el tejido y el uso de todo cuanto se emplea para conseguir hilo, ropa blanca o trapos. Cuando iba ya por la calle, bastante satisfecho de la entrevista con su amigo Petit-Claud, se encontró con una bola de pasta entre los dientes: se la puso en la mano, la extendió y vio que era superior a todas las composiciones que había logrado hasta aquel momento, ya que el principal inconveniente de las pastas que se obtienen de los vegetales es su falta de flexibilidad. De la paja, por ejemplo, se obtiene un papel quebradizo, casi metálico y crujiente. ¡Estos azares afortunados sólo les ocurren a los audaces investigadores de las causas naturales!

«Sustituiré —se decía— mediante un procedimiento mecánico y una sustancia química la operación que acabo de realizar maquinalmente.» Y se presentó ante su mujer radiante de alegría por su fe en el éxito.

—¡Oh, ángel mío! —dijo David al ver a su mujer con señales de haber llorado—. No te preocupes, Petit-Claud nos garantiza unos meses de tranquilidad. Me costará un dinero, pero como me ha dicho antes de despedirse de mí: «Todos los franceses tienen el derecho de hacer esperar a sus acreedores, con tal de que les acaben pagando su capital, intereses y gastos...». Pues bien, nosotros pagaremos...

—¿Y mientras tanto de qué viviremos? —preguntó la pobre Ève, que pensaba en todo.

—¡Ah!, es cierto —respondió David llevándose una mano a la oreja con un gesto inexplicable y familiar en casi todas las personas preocupadas.

—Mi madre cuidará de nuestro pequeño Lucien y yo puedo volver a ponerme a trabajar —dijo Ève.

—¡Ève! ¡Oh, mi querida Ève! —exclamó David abrazando a su mujer y estrechándola contra su corazón—. ¡Ève!, en Saintes, a dos pasos de aquí, en el siglo dieciséis, uno de los hombres más grandes de Francia, porque no sólo fue el inventor de los esmaltes, sino también el glorioso precursor de Buffon, de Cuvier, descubrió la geología antes que ellos; este ingenuo buen hombre, Bernard de Palissy, estaba devorado por la pasión de los buscadores de secretos, pero tenía en contra a su mujer, a sus hijos y al barrio entero. Su mujer vendía sus herramientas... Él vagaba por los campos, incomprendido..., perseguido y hasta señalado muchas veces con el dedo... Mientras que a mí se me quiere...

—Y mucho —respondió Ève con la plácida expresión del amor seguro de sí mismo.

—Entonces, puedo soportar todo lo que soportó ese pobre Bernard de Palissy, el autor de las cerámicas de Écouen, a quien Carlos IX salvó de la noche de San Bartolomé y que ya viejo, rico y honrado impartió sus lecciones en toda Europa sobre su «ciencia de las tierras», como él la llamaba.

—¡Mientras tenga fuerza en los dedos para sostener una plancha, no te faltará nada! —exclamó la pobre mujer con el acento de la mayor abnegación—. Cuando era primera oficiala de madame Prieur, tenía como amiga a una muchachita muy sensata, la prima de Postel, Basine Clerget; pues bien, Basine vino hace poco a traerme mi ropa blanca y me dijo que ocupaba el puesto de madame Prieur; iré, pues, a trabajar a su casa...

—¡Ah!, no habrás de trabajar allí por mucho tiempo —repuso Séchard—. He encontrado...

Por primera vez, Ève acogió con una sonrisa velada de tristeza la sublime confianza en el éxito que sostiene a los inventores y les da el valor de seguir adelante en la selva virgen del país de los descubrimientos, y David bajó la cabeza con una expresión fúnebre.

—¡Oh, querido!, no me burlo, no me río, no dudo —exclamó la bella Ève arrodillándose ante su marido—. Pero veo cuánta razón tenías de guardar el más profundo silencio acerca de tus ensayos y esperanzas. ¡Sí, amor mío, los inventores tienen que esconder el esforzado parto de su gloria a todo el mundo, incluso a sus mujeres!... Una mujer siempre es una mujer. Tu Ève no ha podido evitar una sonrisa al oírte decir «¡He encontrado!» por decimoséptima vez en un mes.

David se echó a reír de sí mismo con tanta franqueza que Ève cogió su mano y se la besó con religioso respeto. Fue un momento delicioso, una de esas rosas de amor y de ternura que florecen al borde de los caminos más áridos de la miseria y algunas veces en el fondo de los precipicios.

Ève redobló su valor al ver que la desgracia redoblaba su furia. La grandeza de su marido, su candor de inventor, las lágrimas que algunas veces sorprendió en los ojos de aquel hombre de corazón y poesía, todo ello desarrolló en su interior una fuerza insospechada. Una vez más recurrió al medio que tan buen resultado le había dado en otras ocasiones. Escribió a monsieur Métivier para que anunciara la venta de la imprenta, ofreciéndole pagarle con el precio que se sacara de ella y rogándole que no arruinase a David con gastos inútiles. Ante aquella sublime carta, Métivier se hizo el sordo, y su primer dependiente contestó que, en ausencia de monsieur Métivier, le era imposible asumir la responsabilidad de parar la demanda, porque no era lo que acostumbraba a hacer su amo en cuestión de negocios. Ève propuso renovar las letras haciéndose cargo de todos los gastos, y el dependiente aceptó, siempre y cuando las avalara el padre de David Séchard. Ève se fue entonces a pie hasta Marsac acompañada por su madre y Kolb. Hizo frente al viejo viñador, estuvo encantadora, consiguió arrancar una sonrisa a aquella vieja careta; pero cuando con el corazón que le temblaba mencionó el aval, vio un cambio completo y repentino en aquel rostro de borrachín.

—Si dejase a mi hijo taparme la boca y meter mano en mi caja de caudales, la metería hasta el fondo y la dejaría completamente vacía —exclamó—. Todos los hijos vacían la bolsa paterna. ¿Y cómo la hice yo? No les costé ni un céntimo a mis padres. Vuestra imprenta está sin trabajo. Sólo las ratas y los ratones hacen alguna impresión allí... Usted es bonita... y yo la quiero; es una mujer trabajadora y esmerada, pero mi hijo... ¿Sabe lo que es David?... Bien, un sabio holgazán. Si le hubiera criado como me criaron a mí, sin instrucción alguna, y hubiera hecho de él un oso como su padre, hoy viviría de renta... ¡Oh, ese chico es mi cruz, ya lo ve! ¡Y, para mi desgracia, es mi único bien, porque no imprimiré otro ejemplar! Y, por si fuera poco, la hace desgraciada a usted. —Ève protestó con un gesto de rotunda negación—. Sí —continuó respondiendo a este gesto—, se ha visto obligada a tomar una nodriza, y se ha quedado sin leche de la pena. Vamos, estoy enterado de todo, han terminado en los tribunales y siendo la comidilla de toda la ciudad. Yo no era más que un simple oso, sin estudios, no fui regente en casa de los Didot, la gloria de la tipografía, pero ¡no recibí nunca papel timbrado alguno! ¿Sabe qué es lo que me digo cuando voy a mis viñas, cuidándolas y recogiendo la uva, y haciendo mis pequeños negocios?... Me digo: «Pobre viejo, te matas a trabajar demasiado, amasas escudo tras escudo, dejarás una sustanciosa fortuna, y todo será para los alguaciles, los abogados o para las quimeras..., las ideas...». Oiga, hija mía, es usted madre de ese chiquillo que me pareció que tenía la narizota de su abuelo cuando lo tuve en la pila con madame Chardon, ¡pues bien!, piense menos en Séchard que en ese mocosillo... Sólo en usted tengo confianza... Podría impedir que mis bienes..., mis

pobres bienes... acabaran siendo dilapidados.

—Pero, querido papá Séchard, su hijo será su timbre de gloria y llegará el día en que le verá rico por sí mismo gracias a sus esfuerzos y con la Legión de Honor en el ojal...

—¿Qué piensa hacer para conseguirlo? —preguntó el viñador.

—Ya lo verá... Pero, por el momento, ¿qué le supondrían a usted mil escudos?... Con mil escudos usted conseguiría parar las diligencias judiciales... Si no confía en él, préstemelos a mí, se los devolveré, puede hipotecarlos sobre mi dote, sobre mi trabajo...

—¿Qué?, ¿a David Séchard lo persiguen los acreedores? —exclamó el labrador sorprendido al enterarse de que lo que creía una calumnia era cierto—. A esto es a lo que lleva saber hacer la propia firma... ¡Y mis alquileres!... ¡Oh!, hija mía, es preciso que vaya a Angulema para enterarme y consultar a Cachan, mi abogado... Has hecho muy bien en venir... ¡Hombre prevenido vale por dos!

Al cabo de un tira y afloja de dos horas, Ève se vio obligada a irse, derrotada por este invencible argumento: «Las mujeres no entienden nada de negocios». Tras venir con una vaga esperanza de tener éxito, Ève hizo el camino de vuelta de Marsac a Angulema casi destrozada. Al llegar, se encontró precisamente con la notificación de la sentencia que condenaba a Séchard a pagárselo todo a Métivier. En provincias, la presencia de un alguacil a la puerta de una casa es todo un acontecimiento; pero Doublon iba demasiado a menudo de un tiempo a esta parte como para que ello no provocara los comentarios de la vecindad. Por ello, Ève no se atrevía ya a salir de su casa y temía oír murmurar a su paso.

—¡Oh, hermano mío, hermano mío! —exclamó la pobre Ève precipitándose al zaguán y subiendo las escaleras—. Sólo podría perdonarte si se tratara de una cuestión...

—¡Ay! —le dijo Séchard saliendo a su encuentro—, se trataba de evitar su suicidio.

—No se hable nunca más de ello —dijo ella dulcemente—. La mujer que le arrastró a ese abismo de París es una criminal, y tu padre, David querido, un ser despiadado... Soportémoslo todo calladamente.

Estaba David a punto de responderle con palabras llenas de ternura cuando un golpe discreto dado en la puerta le hizo interrumpirse, y se presentó Marion, llevando tras ella por la habitación al grueso y hercúleo Kolb.

—Señora —dijo—, Kolb y yo nos hemos enterado de que los señores pasan por unos momentos de angustia, y como entre los dos tenemos mil cien francos ahorrados, hemos pensado que no pueden estar en mejor sitio que en manos de la señora.

—Te la señora —repitió Kolb con entusiasmo.

—Kolb —exclamó David Séchard—, no nos separaremos nunca; lleva mil francos a cuenta al bufete de Cachan, el abogado, pero exígele un recibo, el resto lo guardaremos. Pero cuidado, Kolb, que ningún poder humano te arranque ni una palabra sobre lo que hago, sobre mis horas de ausencia, sobre lo que me puedas ver traer; y cuando te mande a buscar hierbas, recuerda que ningún ojo humano debe verte... Tratarán, mi buen Kolb, de seducirte, tal vez te ofrezcan miles, decenas de miles de francos para hacerte hablar...

—Ya bueten ofrecerme millones, gue yo no tiré una balabra. ¿Agaso no gonozgo bien la gonsigna militar?

—Estás avisado. Andando, pues, y ve a rogarle a monsieur Petit-Claud que asista a la entrega de estos fondos a monsieur Cachan.

—Sí —dijo el alsaciano—, esbero ser dotavía más rigo bara tarle su meregito a ese chutío. No me gusta su gara.

—Es un buen hombre, señora —dijo la gorda Marion—, es fuerte como un toro y manso como un corderillo. Haría feliz a cualquier mujer. Y fue a él a quien se le ocurrió la idea de darles nuestros ahorros, que él llama ajorros. ¡Pobre hombre! Aunque habla mal, piensa bien, y yo le entiendo igual. Está pensando en irse a trabajar con otros para así no ser una carga...

—Quisiera ser rico sólo para poder recompensar a estas personas tan honradas —dijo Séchard mirando a su mujer.

A Ève le parecía aquello de lo más natural y no se sorprendía de encontrar almas a la altura de la suya. Mirándola, hasta los seres más estúpidos o indiferentes habrían comprendido de inmediato su nobleza de carácter.

—Será rico, señor, tiene el pan asegurado —exclamó Marion—; su padre acaba de comprar una finca y tendrá usted rentas...

Dadas las circunstancias, estas palabras pronunciadas por Marion para disminuir en cierto modo el mérito de su acción, ¿no revelaban una delicadeza exquisita?

Como todas las cosas humanas, también el procedimiento francés tiene sus defectos; sin embargo, al igual que un arma de dos filos, puede servir tanto para la defensa como para el ataque. Por otra parte, lo que tiene de bueno es que si dos abogados se entienden (y para esto no tienen siquiera necesidad de intercambiar ni dos palabras, ¡porque por el modo como discurre el proceso se entienden al vuelo!), un proceso se parece entonces a la guerra tal como la hacía el primer mariscal de Biron, a quien su hijo proponía en el cerco de Ruán un medio para tomar la ciudad en dos días. «Tienes mucha prisa —le replicó— por ir a plantar nuestras coles.» Dos generales pueden hacer que la guerra se eternice sin llegar a nada decisivo y preservar a sus tropas, siguiendo la táctica de los generales austríacos, a quienes el Consejo Áulico no hace nunca ningún reproche por no haber realizado una maniobra, para dar tiempo así a sus soldados a tomarse el rancho. Cachan, Petit-Claud y Doublon se comportaron mejor aún que los generales austríacos, ¡tomaron como modelo a un austríaco de la Antigüedad, Fabio Máximo Cunctator!

Petit-Claud, astuto como una zorra, no tardó en darse cuenta de todas las ventajas de su posición. Desde el momento en que el pago de los gastos estaba garantizado por Cointet el largo, decidió aliarse con toda su astucia con Cachan, y hacer brillar su genio a los ojos del papelero, creando incidentes cuyo coste repercutiera en Métivier. Pero, por desgracia para la gloria de aquel joven Fígaro de los golillas, el historiador debe recorrer el terreno de sus hazañas como si caminara sobre unas brasas al rojo vivo. Una simple relación de gastos como la hecha en París basta, sin duda, para la historia de las costumbres contemporáneas. Imitemos, pues, el estilo de los boletines de la Grande Armée, porque, para la mejor comprensión del relato, cuanto más rápida sea la enumeración de los hechos y hazañas de Petit-Claud, mejor resultará esta página exclusivamente jurídica.

Citado, el 3 de julio, ante el Tribunal de Comercio de Angulema, David no compareció; la sentencia le fue notificada el 8. El 10, Doublon solicitó un mandamiento e intentó el 12 un embargo, al que se opuso Petit-Claud, emplazando de nuevo a Métivier para dentro de quince días. Por su parte, a Métivier

este plazo le pareció demasiado largo y le emplazó de nuevo con carácter de urgencia para el día siguiente, logrando el 19 una sentencia que desestimó la oposición de Séchard. Esta sentencia, que fue firme el 21, autorizó un mandamiento el 22, una notificación de prisión por deudas el 23 y un mandamiento de embargo el 24. Petit-Claud se opuso al embargo presentando una apelación ante el Tribunal Real. Esta apelación, confirmada el 15 de julio, obligó a Métivier a personarse en Poitiers. «Bien —se dijo Petit-Claud—, ahora nos quedaremos allí por un tiempo.» Una vez desviada la tormenta sobre Poitiers a un abogado del Tribunal Real a quien Petit-Claud dio instrucciones, este defensor de dos caras mandó emplazar a David Séchard con carácter de urgencia y en nombre de madame Séchard para la separación de bienes. En expresión judicial, «cursó diligencias» para obtener la sentencia de separación el 28 de julio y la publicó en el *Courrier de la Charente*, la notificó debidamente, y el 1 de agosto se procedía, ante notario, a una liquidación de bienes de madame Séchard que la constituía acreedora de su marido por la modesta suma de diez mil francos, que el enamorado David le había reconocido como dote en las capitulaciones matrimoniales, y para cuyo pago le cedía el mobiliario de su imprenta y del domicilio conyugal. Mientras Petit-Claud ponía así a salvo los bienes del matrimonio, en Poitiers hacía triunfar la pretensión en la que había basado su recurso de apelación. A su entender, no debía cargarse a David los gastos hechos en París contra Lucien de Rubempré, toda vez que el Tribunal de lo Civil del Sena los había cargado, según su sentencia, a Métivier. Esta tesis, adoptada por el tribunal, fue ratificada por una sentencia que confirmó las condenas dictadas por el Tribunal de Comercio de Angulema contra Séchard hijo, detrayendo una suma de seiscientos francos de los gastos de París que correrían a cargo de Métivier, y compensaba algunos gastos entre las partes teniendo en cuenta el incidente que había motivado la apelación de Séchard. Esta sentencia, notificada el 17 de agosto a Séchard hijo, se tradujo el 18 en un mandamiento de pago del capital, de los intereses y de los gastos originados, seguido de un mandamiento de embargo el día 20. Pero entonces intervino Petit-Claud en nombre de madame Séchard y reivindicó el mobiliario como perteneciente a la esposa, debidamente separada. Además, Petit-Claud hizo comparecer a Séchard padre, en calidad de cliente suyo. He aquí el porqué.

Al día siguiente de la visita que le había hecho su nuera, el viñador fue a ver a su abogado de Angulema, Cachan, a quien consultó sobre la manera en que podría recuperar y asegurarse sus alquileres, comprometidos en la batalla legal en que estaba metido su hijo.

—No puedo ocuparme del padre mientras actúo contra el hijo —le dijo Cachan—, pero vaya a ver a Petit-Claud; es muy hábil, y tal vez le preste mejores servicios de lo que podría hacer yo...

En la Audiencia, Cachan le dijo a Petit-Claud:

—Te he mandado a Séchard padre, ocúpate tú, y quedo a la recíproca.

Los abogados se hacen esta clase de favores tanto en provincias como en París.

Al día siguiente de que Séchard padre hubo dado su confianza a Petit-Claud, Cointet el largo fue a ver a su cómplice y le dijo:

—¡Trate de dar una lección a Séchard padre! Es un hombre capaz de no perdonarle nunca a su hijo que le cueste mil francos, y este desembolso hará que se le quiten las ganas de ser generoso, si es que alguna vez las ha tenido.

—Vuelva a sus viñas —le dijo Petit-Claud a su nuevo cliente—; su hijo no pasa por un buen momento, no sea una carga para él estando en su casa. Ya le llamaré cuando sea el momento.

Así pues, en nombre de Séchard, Petit-Claud sostuvo que las prensas, fijadas al suelo como estaban, debían ser consideradas bienes inmuebles, tanto más cuanto que la casa había sido destinada a imprenta desde el reinado de Luis XIV. Cachan, indignado por cuenta de Métivier, quien, después de haberse encontrado en París con que los muebles de Lucien pertenecían a Coralie, se encontraba ahora en Angulema con que los muebles de David pertenecían a la mujer y al padre (se dijeron en la Audiencia cosas graciosas al respecto), emplazó al padre y al hijo para desbaratar tales pretensiones. «Queremos desenmascarar —exclamó— los fraudes de esos hombres que se escudan en las formidables defensas de la mala fe y usan los artículos más inocentes y claros del código como si fuesen caballos de Frisia para defenderse, ¿y de qué?...; de la obligación de pagar tres mil francos!, ¿tomados de dónde?...; de la caja del pobre Métivier. ¡Y encima se atreven a acusar a los banqueros de descuento!... Pero ¿en qué tiempos vivimos? A este paso me pregunto si dentro de poco no estará todo el mundo detrás del dinero de su vecino... ¡No pueden aprobar una pretensión que introduciría la inmoralidad en el corazón mismo de la justicia!...» El tribunal de Angulema, impresionado por el enérgico alegato de Cachan, dictó una sentencia en presencia de todas las partes, atribuyendo la propiedad de los bienes muebles nada más que a madame Séchard y rechazando las pretensiones de Séchard padre de paso que le condenaba a pagar cuatrocientos treinta y cuatro francos con sesenta y cinco céntimos de costas.

—Bueno es ese Séchard padre —se dijeron entre risas los abogados—. Ha querido sacar tajada... ¡Así que pague!

**

El 26 de agosto fue notificada la sentencia que establecía para el 28 de agosto el embargo de las prensas y el resto de los enseres de la imprenta. ¡Se pegaron unos carteles!... Se consiguió, por medio de una demanda, una sentencia que autorizaba la venta in situ de los bienes embargados. El anuncio de la venta se publicó en la prensa y Doublon se jactó de poder proceder al reconocimiento y a la venta el 2 de septiembre. En aquel momento, David Séchard debía a Métivier, según sentencia y por ejecución firme, una suma que ascendía a cinco mil doscientos setenta y cinco francos y veinticinco céntimos, sin contar los intereses. A Petit-Claud le debía mil doscientos francos, aparte de los honorarios, cuya cantidad se había dejado a su generosidad, como hacen los cocheros que os han llevado expeditamente. Madame Séchard debía a Petit-Claud unos trescientos cincuenta francos y los honorarios. Séchard padre debía sus cuatrocientos treinta y cuatro francos y sesenta y cinco céntimos, y Petit-Claud le pedía cien escudos de honorarios. El total, por tanto, debía rondar los diez mil francos. Pero, aparte del interés que puedan tener estos documentos para las naciones extranjeras que podrán observar las maniobras de la artillería judicial, es necesario que también en Francia el legislador, admitiendo que tenga tiempo de leer, vea hasta dónde puede llegar el abuso de las leyes procesales. ¿No debería introducirse una pequeña ley que, en ciertos casos, prohibiera a los abogados superar en costas la suma que es objeto del proceso? ¿No es algo ridículo someter la propiedad de una centiárea a las formalidades que rigen una tierra de un millón de metros cuadrados? Con esta sucinta exposición de todas las fases por las que pasa el debate, se comprenderá el significado de estas palabras, ¡la forma, la justicia, las costas!, que desconocen la inmensa mayoría de los franceses. He aquí lo que en la jerga judicial se denomina calentar los asuntos de una persona. Los tipos de la imprenta, que pesaban cinco mil libras, valían, a precio de fundición, dos mil francos. Las tres prensas, seiscientos francos. El resto del material habría que venderlo como madera y hierro viejo. Del mobiliario doméstico se habría sacado, a lo sumo, mil francos. Así pues, de los valores pertenecientes a Séchard hijo y que representaban una suma de aproximadamente cuatro mil francos, Cachan y Petit-Claud habían hecho un pretexto para ganar siete mil francos de costas sin contar las futuras, porque la flor prometía muy buenos frutos, tal como vamos

a ver. Ciertamente, los picapleitos de Francia y de Navarra, incluso los de Normandía, concederán toda su estima y admiración a Petit-Claud, pero las personas de buen corazón, ¿no concederán una lágrima de simpatía a Kolb y a Marion?

Mientras tenía lugar esta guerra, Kolb, sentado a la puerta de la calle, en una silla, cuando David no tenía necesidad de él, hacía las veces de perro guardián. Recibía las actas judiciales, siempre revisadas, además, por un pasante de Petit-Claud. Cuando los carteles anunciaban la venta del material de la imprenta, Kolb los arrancaba apenas el empleado los había pegado a la pared, y corría por toda la ciudad para quitarlos gritando:

—¡Los muy tesalmatos!... ¡Mira que temantar así a un hombre tan güeno! ¡Y llaman a esdo chustigia!

Marion se ganaba durante la mañana una moneda de diez sueldos haciendo girar una máquina en una papelera, y la empleaba en los gastos diarios de la casa. Madame Chardon había reanudado, sin quejarse, las fatigosas tareas de su oficio de cuidar enfermos y traía su salario a su hija al final de cada semana. Había hecho ya dos novenas y se extrañaba de que Dios se mostrara sordo a sus plegarias y ciego a la luz de los cirios que le encendía.

El 2 de septiembre, Ève recibió la única carta que Lucien escribió después de aquélla en la que informaba a su cuñado de que había librado las tres letras y que David había ocultado a su mujer.

«Esta es la tercera carta que he recibido de él desde que se fue», se dijo la pobre hermana, que dudaba de si abrir o no el sobre fatal. En aquellos momentos estaba alimentando a su bebé con biberón, porque se había visto obligada a despedir a la nodriza para así ahorrar gastos. Júzguese en qué estado le puso la lectura de la siguiente carta tanto a ella como a David, a quien Ève hizo levantarse. Después de haber pasado toda la noche fabricando papel, el inventor se había acostado hacia el amanecer.

París, 29 de agosto

Mi querida hermana:

Hace dos días, a las cinco de la mañana, expiró su último suspiro una de las más bellas criaturas de Dios, la única mujer que podía quererme como me quieres tú, como me quieren David y mi madre, uniendo a esos sentimientos desinteresados el que una madre y una hermana no pueden ofrecer: ¡todas las felicidades del amor! ¡Después de habérmelo sacrificado todo, tal vez la pobre Coralie ha muerto por mí! Por mí, que en estos momentos no tengo ni para darle sepultura... En vida, era la única que podría haberme consolado. Ahora sois vosotros, mis queridos ángeles, los únicos que podéis consolarme de su muerte. Dios habrá perdonado a esta inocente muchacha, pues ha muerto cristianamente. ¡Oh, París..., querida Ève, París reúne toda la gloria y toda la infamia de Francia, he perdido aquí ya muchas de mis ilusiones y voy a perder muchas más al mendigar el poco dinero que necesito para dar sepultura al cuerpo de un ángel!

Tu desventurado hermano,

Lucien

P. S.: Debo haberte causado muchos disgustos por mi ligereza; un día lo sabrás todo y me perdonarás. Por otra parte, puedes estar tranquila; al vernos tan angustiados, a Coralie y a mí, un buen hombre de negocios, a quien he causado crueles pesares, monsieur Camusot, se ha encargado, según ha dicho, de solucionar este asunto.

—¡La carta está húmeda todavía de sus lágrimas! —dijo Ève a David mirándole con tanta lástima que en sus ojos relucía algo de su antiguo cariño por Lucien.

—Pobre chico, mucho ha tenido que sufrir si era tan querido como dice —exclamó el afortunado esposo de Ève.

Marido y mujer olvidaron todos sus pesares ante el grito de este supremo dolor. Justo en aquel momento entró precipitadamente Marion diciendo:

—Señora, ¡aquí están, aquí están!...

—¿Quiénes?

—Doublon y sus hombres, el mismísimo diablo; Kolb se está peleando con ellos, van a venderlo todo.

—¡No, no, no se va a vender nada, estén tranquilos! —exclamó Petit-Claud, cuya voz sonó en la habitación que precedía al dormitorio—. Acabo de presentar una apelación, no podemos aceptar una sentencia que nos acusa de mala fe. No he considerado oportuno defenderme aquí. Para ganar tiempo, he dejado perorar a Cachan, estoy seguro de que en Poitiers ganaré una vez más...

—Pero ¿cuánto costará este triunfo? —preguntó madame Séchard.

—Mis honorarios, si ganan, y mil francos si perdemos.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre Ève—, pero ¿no es peor el remedio que la enfermedad?

Al oír aquel grito de la inocencia iluminada por el fuego judicial, Petit-Claud quedó completamente desconcertado, a tal punto le pareció bella Ève. Séchard padre, avisado por Petit-Claud, llegó mientras tanto. La presencia del anciano en el dormitorio de sus hijos, donde su nieto le sonreía a la desgracia, completó la escena.

—Papá Séchard —dijo el joven abogado—, me debe setecientos francos por la intervención que me pidió, pero los repercutirá sobre su hijo, añadiéndolos al total de los alquileres que se le deben.

Al viejo viñador no se le pasó por alto la punzante ironía que Petit-Claud puso en su tono y actitud al dirigirle aquella frase.

—¡Menos le habría costado avalar a su hijo! —dijo Ève apartándose de la cuna para acercarse a abrazar al viejo.

Abrumado por el gentío que se había reunido en torno a su casa, donde la lucha de Kolb y los hombres de Doublon había atraído a la gente, David tendió la mano a su padre sin decirle buenos días.

—¿Y cómo es posible que le deba setecientos francos? —preguntó el viejo a Petit-Claud.

—Porque, en primer lugar, he pleiteado por usted. Y dado que se trata de sus alquileres, usted es solidario con su deudor por lo que a mí respecta. Si su hijo no me paga las costas, será usted quien me las tendrá que pagar... Pero esto no es aún nada; dentro de unas horas, querrán meter a David en la cárcel. ¿Dejará que le encarcelen?

—¿Cuánto debe?

—Pues unos cinco o seis mil francos, sin contar lo que le debe a usted y lo que debe a su mujer.

El viejo, que se había vuelto absolutamente desconfiado, miró el cuadro conmovedor que se ofrecía a su vista en aquella habitación azul y blanca: una bonita mujer llorando a moco tendido junto a una cuna, David doblegado al fin bajo el peso de sus preocupaciones, el abogado, que tal vez le había atraído hasta allí para tenderle una trampa; el oso creyó entonces que querían aprovecharse de sus sentimientos paternos y temió que le enredasen. Se acercó a mirar y acariciar al niño, que le tendió sus manitas. En medio de tantas preocupaciones, aquel niño, cuidado como el de un par de Inglaterra, estaba tocado con un gorrito bordado y forrado de color rosa.

—¡Bah! Que David se las apañe como pueda, yo no pienso más que en este niño —exclamó el abuelo—, y su madre estará de acuerdo conmigo. David, que tan sabio es, debe de saber cómo pagar sus deudas.

—Le voy a traducir en buen francés sus sentimientos —dijo el abogado con tono guasón—. Mire, papá Séchard, está usted celoso de su hijo. ¿Quiere oír la verdad? Ha puesto usted a David en la situación en que se encuentra al venderle su imprenta por el triple de su valor y le ha arruinado al obligarle a pagarle ese precio de usurero. No, no menee la cabeza; el periódico vendido a los Cointet, y cuyo precio usted se embolsó por entero, era lo único de valor de su imprenta... Y detesta usted a su hijo no sólo porque le ha despojado de todo, sino también porque ha hecho de él un hombre superior a usted. Finge que siente un gran cariño por su nieto para enmascarar la bancarrota sentimental que declara a su hijo y a su nuera, que le costarían dinero hic et nunc, mientras que su nieto sólo necesita de su cariño in extremis. Se muestra afectuoso con el pequeño sólo para aparentar que quiere a alguien de su familia y no ser tachado de insensible. Esto es lo que hay en el fondo de usted, papá Séchard...

—¿Para oír tales cosas me ha hecho venir? —dijo el viejo en tono amenazador mirando alternativamente a su hijo, a su nuera y a su abogado.

—Pero, señor —exclamó la pobre Ève dirigiéndose a Petit-Claud—, ¿es que quiere usted nuestra ruina? Nunca mi marido se ha quejado de su padre... —El viñador miró a su nuera con aire desconfiado—. Me ha dicho cien veces que usted le quería a su manera —dijo al viejo dándose cuenta de su desconfianza.

Siguiendo instrucciones de Cointet el largo, Petit-Claud acababa de enemistar a padre e hijo con objeto de que el padre no salvara a David de la apurada situación en que se encontraba.

—El día en que David acabe en la cárcel —había dicho la víspera Cointet el largo a Petit-Claud—, será usted presentado en casa de madame de Sénonches.

Gracias a ese sexto sentido que da el afecto, madame Séchard había adivinado el deseo de sembrar cizaña, así como se había percatado ya de la traición de Cérizet. Todos podrán imaginar la sorpresa de David, que no podía comprender que Petit-Claud conociera tan bien a su padre y sus asuntos. El leal impresor ignoraba absolutamente todo de las relaciones entre su defensor y los Cointet y, además, desconocía que los Cointet estuvieran detrás de Métivier. El silencio de David era una ofensa para el viejo viñador, y por tanto, el abogado aprovechó la sorpresa de su cliente para ahuecar el ala.

—Adiós, mi querido David, ya está avisado, la prisión por deudas no puede ser recurrida con una apelación, es la única vía que les queda a sus acreedores, y van a tomarla. Así que ¡póngase a salvo!... O mejor dicho, si quiere hacerme caso, vaya a ver a los hermanos Cointet, que tienen capital, y si ha descubierto lo que buscaba, si es tan importante como dice, asóciase con ellos, pues, después de todo, no son mala gente.

—¿Qué secreto es ése? —preguntó papá Séchard.

—¿Se cree que su hijo es tan tonto como para haber abandonado su imprenta sin una razón? —exclamó el abogado—. Me ha dicho que está buscando la manera de fabricar por tres francos la resma un papel que hoy vale diez...

—¡Otra manera astuta de querer enredarme! —exclamó papá Séchard—. Aquí estáis todos conchabados como los ladrones en una feria. Si David ha hecho ese descubrimiento no me necesita para nada, ¡es ya millonario! Adiós, amigos míos, buenas tardes.

Y el viejo comenzó a bajar las escaleras.

—Piense en esconderse —le dijo Petit-Claud a David mientras corría tras el viejo Séchard para exasperarle aún más.

El abogado encontró al viñador refunfuñando en la place du Mûrier, le acompañó hasta el Houmeau y le dejó amenazándole con recurrir a los tribunales si no le pagaba las costas en el término de una semana.

—¡Le pagaré si me encuentra la manera de poder desheredar a mi hijo sin perjudicar a mi nieto y a mi nuera!... —dijo el viejo Séchard dejando bruscamente a Petit-Claud.

«¡Qué bien sabe lo que se hace Cointet el largo!... Ya me lo decía: estos setecientos francos que tiene que soltar impedirán al padre pagar los siete mil de su hijo —pensaba el abogado mientras regresaba a Angulema—. Sin embargo, no hay que dejarse enredar por ese viejo papelerero embaucador; ya es hora de pedir algo más que palabras.»

—Y bien, David, querido mío, ¿qué piensas hacer?... —preguntó Ève a su marido cuando Séchard padre se hubo ido con el abogado.

—Pon al fuego la cacerola más grande que tengas, muchacha —exclamó David dirigiéndose a Marion—. ¡Ya he dado con ello!

Al oír estas palabras Ève cogió su sombrero, su chal y se puso los zapatos con una febril rapidez.

—Vístase, amigo mío —le dijo a Kolb—; ha de acompañarme, pues quiero ver si hay un medio de salir de este infierno...

—Señor —exclamó Marion cuando se hubo ido Ève—, sea razonable, o la señora se morirá de pena. Gane dinero para pagar lo que debe, y después busque sus tesoros a sus anchas...

—Calla, Marion —repuso David—; venceré la última dificultad. Tendré una patente de invención junto con una patente de perfeccionamiento.

La plaga de los inventores en Francia es la patente de perfeccionamiento. Un hombre dedica diez años de su vida a descubrir un secreto industrial, una máquina, un descubrimiento cualquiera; saca la patente y se cree dueño de su invento; pero si no lo ha previsto todo, después de él viene un competidor que lo perfecciona con un simple tornillo y se lo quita de las manos. Para fabricar papel a bajo precio no bastaba con inventar una pasta barata. Otros podían perfeccionar el procedimiento. David Séchard quería preverlo todo a fin de no dejarse arrebatar una fortuna perseguida en medio de tantas contrariedades. El papel de Holanda (nombre que ha quedado para el papel fabricado enteramente con trapos de hilo de lino, a pesar de que Holanda ya no lo fabrica) está ligeramente encolado; pero se encola hoja por hoja en un proceso que encarece el papel. Si se encontrara la manera de efectuar el

encolado de la pasta en tinas y con una cola barata (como por lo demás se hace hoy día, pero con resultados aún imperfectos), la invención no requeriría de más perfeccionamientos. Desde hacía un mes David buscaba, por tanto, encontrar la forma de encolar la pasta en tina. Así pretendía hacer dos descubrimientos a la vez.

Ève fue a ver a su madre. Por una feliz casualidad, madame Chardon estaba cuidando a la mujer del primer fiscal sustituto, que acababa de dar un presunto heredero a los Milaud de Nevers. Ève, desconfiando de todos los funcionarios estatales, había pensado en someter el caso al defensor legal de las viudas y de los huérfanos, preguntándole si podía liberar a David empeñándose ella, vendiendo sus derechos; pero esperaba también saber la verdad sobre la conducta ambigua de Petit-Claud. El magistrado, sorprendido por la belleza de madame Séchard, la recibió no solamente con la consideración debida a una mujer, sino también con una especie de cortesía a la que Ève no estaba acostumbrada. La pobre mujer vio finalmente en los ojos del magistrado esa expresión que, desde que se había casado, sólo había encontrado en Kolb, y que para las mujeres bellas como Ève es el criterium con el que juzgan a los hombres. Cuando una pasión, el interés o la edad enfrían en los ojos de un hombre la llama de la obediencia absoluta que brilla en la juventud, entonces una mujer desconfía de ese hombre y comienza a observarlo. Los Cointet, Petit-Claud, Cérizet, todos los hombres en los que Ève había intuido a enemigos, la habían observado con una mirada seca y fría; se sintió, pues, a gusto con el primer fiscal sustituto, quien, a pesar de recibirla con cortesía, hizo esfumarse en pocas palabras todas sus esperanzas.

—No es seguro, señora —le dijo—, que el Tribunal Real reforme la sentencia que restringe a los bienes muebles la cesión que le ha hecho su marido de todo cuanto poseía para compensarla de sus bienes dotales. Su privilegio no puede servir para encubrir un fraude. Pero, como será admitida en calidad de acreedora en el reparto de lo que se obtenga de los objetos embargados, y como su suegro debe ejercer igualmente su privilegio por la suma de los alquileres adeudados, habrá, una vez que el tribunal haya emitido su fallo, materia para otras apelaciones respecto a lo que se llama en derecho una «derrama».

—Entonces, ¿monsieur Petit-Claud nos está llevando a la ruina?... —exclamó ella.

—La conducta de Petit-Claud —continuó el magistrado— responde a las instrucciones recibidas de su marido, que quiere, según dice su abogado, ganar tiempo. A mi parecer, sería preferible desistir de la apelación y en el momento de la venta presentarse, usted y su suegro, como compradores en la subasta de las herramientas que son más necesarias para su explotación, usted hasta donde le corresponde y él por la suma total de sus alquileres... Pero así terminaría todo demasiado rápido. ¡Los abogados les están timando!...

—De este modo me encontraría a merced de monsieur Séchard padre, a quien debería el alquiler de las herramientas de trabajo y el de la casa; mi marido seguiría estando expuesto a las acciones judiciales de monsieur Métivier, que de este modo no percibiría casi nada...

—Así es, señora.

—Entonces nuestra posición sería peor que la actual...

—La fuerza de la ley, señora, está del lado del acreedor. Han recibido ustedes tres mil francos, y están obligados a devolverlos...

—¡Oh, señor! ¿Acaso nos cree capaces de...?

Ève se interrumpió al darse cuenta del peligro en que su justificación podía poner a su hermano.

—Oh, sé muy bien —continuó el magistrado— que todo este asunto es poco claro, tanto por parte de los deudores, que son honestos, escrupulosos e incluso de ánimo noble, como por parte del acreedor, que no es más que un testafarro... —Ève, asustada, miraba al magistrado con aire aturdido—. Comprenderá usted —añadió lanzándole una mirada llena de sagacidad— que mientras estamos sentados escuchando los alegatos de los señores abogados tenemos todo el tiempo para reflexionar sobre lo que sucede ante nuestros ojos.

Ève volvió a su casa desesperada por su impotencia. Por la tarde, a la siete, Doublon trajo el mandamiento en el que se notificaba la orden de detención. Ahora las acciones judiciales habían llegado a su apogeo.

—A partir de mañana —dijo David—, sólo podré salir de noche.

Ève y madame Chardon prorrumpieron en llanto. Para ellas, esconderse era una deshonra. Al enterarse de que la libertad de su amo estaba amenazada, Kolb y Marion se alarmaron tanto más cuanto que, desde hacía mucho tiempo, le habían considerado carente de toda malicia; estaban tan asustados por él, que fueron a ver a madame Chardon, Ève y David con la excusa de saber en qué podían serle de utilidad con su abnegación. Llegaron en el momento en que aquellos tres seres, para quienes la vida había sido hasta entonces tan sencilla, lloraban al darse cuenta de que era preciso esconder a David en algún sitio. Pero ¿cómo escapar a los espías invisibles que, desde aquel momento, debían de observar ya los menores movimientos de aquel hombre, por desgracia tan distraído?

—Si la señora quiere esberar un guardo de hora, voy a hager un regonogimiendo en el gambo enemigo —dijo Kolb— y ferán gue no soy ningún esdúbito; aungue dena binda de alemán, sé ser liso gomo un fertatero frantés.

—¡Oh, señora! —dijo Marion—. Déjele ir, sólo quiere ayudar al señor, no piensa en otra cosa. Kolb no es un alsaciano. Es... ¿cómo decirlo?... un verdadero perro de Terranova.

—Vaya, mi buen Kolb —le dijo David—; aún tenemos tiempo de tomar una decisión.

Kolb corrió a casa del alguacil, donde los enemigos de David, reunidos en consejo, estudiaban la manera de detener al impresor.

En provincias, la detención de un deudor es un hecho desproporcionado, anómalo, admitiendo que se haya producido nunca. En primer lugar, todo el mundo se conoce demasiado bien para que nadie recurra jamás a tan aborrecible método. Acreedores y deudores deberán seguir viéndose durante toda la vida. Además, cuando un comerciante, alguien que ha quebrado, para decirlo como la gente de provincias que no transige en absoluto con esta especie de robo legal, piensa en declararse en bancarrota, París le sirve de refugio. En cierto modo, París es la Bélgica de las provincias: allí es posible hallar escondites casi inencontrables, y el mandato del alguacil no tiene ya poder alguno fuera de su jurisdicción. Por otra parte, también hay otros impedimentos casi dirimentes. En efecto, la ley que sanciona la inviolabilidad del domicilio no sufre ninguna excepción en provincias; el alguacil no tiene derecho, como en París, a penetrar en una casa ajena para apresar allí al deudor. Han considerado los legisladores que debía hacerse una excepción con París, porque allí generalmente una misma casa es habitada por varias familias. Pero en provincias, para allanar la morada de un deudor, el alguacil debe ir acompañado por el juez de paz. Ahora bien, el juez de paz tiene a su mando a los alguaciles y es libre de conceder o de negar su colaboración. Hay que decir en honor de los jueces de paz que éstos no quieren

asumir esta pesada responsabilidad sirviendo a ciegas pasiones o venganzas personales. Además, hay otras dificultades no menos graves que tienden a modificar la crueldad totalmente inútil de la ley que prevé la cárcel para los deudores, debido al poder de las costumbres, capaces de modificar las leyes hasta el punto de anularlas. En las grandes ciudades existe gran cantidad de miserables, gentes corruptas, que no temen ni rey ni roque, que se prestan a hacer de espías; pero en las pequeñas ciudades todos se conocen demasiado como para ponerse a sueldo de un alguacil. Cualquiera que, perteneciendo a la capa más baja de la sociedad, se prestara a esta actividad vergonzante, se vería obligado a dejar la ciudad. Por tanto, la detención de un deudor, que en París o en otros grandes centros urbanos es un hecho que entra dentro de las funciones diarias de los agentes ejecutivos, en provincias se convierte en un procedimiento extremadamente complicado, una lucha en la que el deudor y el alguacil juegan a la astucia, y cuyos incidentes han hecho a veces las delicias en la crónica de sucesos de los periódicos parisienses. El mayor de los Cointet no había querido dar la cara; pero Cointet el gordo, que decía haber sido encargado por Métivier de este asunto, se había presentado en casa de Doublon acompañado por Cérizet, convertido en su regente y cuya cooperación había sido comprada con la promesa de un billete de mil francos. Doublon disponía de dos de sus corchetes; así, los Cointet contaban con tres sabuesos para vigilar a su presa. Para la detención, Doublon podía, además, servirse de la gendarmería, que está obligada por ley a ayudar al alguacil que requiera sus servicios. Esas cinco personas se encontraban, pues, reunidas en aquel momento en el despacho de Doublon, situado en la planta baja de la casa, contiguo a la oficina.

Se llegaba a la oficina a través de un corredor empedrado bastante largo, que era una especie de pasadizo. La casa tenía una simple puerta falsa, a cuyos lados podían verse las insignias oficiales doradas, en cuyo centro se leía en letras negras: ALGUACIL. Las dos ventanas de la oficina que daban a la calle estaban protegidas por unos gruesos barrotes de hierro. El despacho daba a un jardín en el que el alguacil, amante de Pomona, cultivaba él mismo, con gran éxito, unos árboles frutales. La cocina estaba situada enfrente de la oficina, y tras ella comenzaba la escalera por la que se accedía al piso superior. Esta casa se encontraba en una callejuela detrás del nuevo Palacio de Justicia, en construcción por aquel entonces, y que no fue acabado hasta después de 1830. Estos detalles no son inútiles para comprender mejor lo que le pasó a Kolb. El alsaciano había pensado presentarse ante el alguacil pretextando querer traicionar a su amo, para enterarse así de cuáles serían las trampas que iban a tenderle y poder preservarle de ellas. La cocinera acudió a abrir y Kolb le manifestó su deseo de hablar con monsieur Doublon sobre unos asuntos. Enfadada por haber sido molestada mientras fregaba los platos, la mujer abrió la puerta de la oficina diciéndole a Kolb, a quien no conocía, que esperara allí al señor, quien en aquellos momentos se hallaba reunido en su despacho; luego fue a avisar a su amo de que un hombre quería hablar con él. Decir «un hombre» significaba inequívocamente un campesino, por lo que Doublon dijo:

—¡Que espere!

Y Kolb se sentó junto a la puerta de la oficina.

—Entonces, ¿cómo piensa proceder? Pues, si pudiéramos echarle el guante mañana por la mañana, ese tiempo que ganaríamos —dijo Cointet el gordo.

—La verdad es que hace honor a su apodo de Ingenuo, nada será más fácil —exclamó Cérizet.

Al reconocer la voz de Cointet el gordo, pero sobre todo al oír aquellas dos frases, Kolb intuyó inmediatamente que se estaban refiriendo a su amo, y mayor fue aún su asombro cuando reconoció la

voz de Cérizet.

—Un muchacho que muerte la mano que le ta de gomer —exclamó lleno de horror.

—Amigos míos —dijo Doublon—, esto es lo que hay que hacer. Apostaremos a nuestros hombres a cierta distancia uno de otro, desde la rue de Beaulieu y la place du Mûrier, en todas las direcciones, para seguir al Ingenuo, este apodo me gusta, sin que se dé cuenta; no le perderemos de vista hasta que haya entrado en la casa, donde se creará en lugar seguro; le dejaremos que esté allí tranquilo unos días, y luego le echaremos el guante un día de éstos entre la hora del amanecer y la puesta de sol.

—Pero ¿ahora qué está haciendo? Se nos podría escapar —dijo Cointet el gordo.

—Está en su casa —dijo Doublon—; si saliera, yo sería informado. Tengo a uno de mis corchetes al acecho en la place du Mûrier; otro en la esquina del Palacio de Justicia y un tercero a treinta pasos de mi casa. Si nuestro hombre llegase a salir, se pondrían a silbar y no habría dado tres pasos sin que yo lo supiera enseguida mediante esta comunicación telegráfica.

Los alguaciles dan el respetable nombre de «corchetes» a sus ayudantes.

Kolb no había contado con tan inesperada suerte; salió silenciosamente de la oficina y le dijo a la criada:

—El señor Toublon tebe te esdar ogubado en un asunto largo e imgordande. Folferé mañana bor la mañana dembrano.

Se le ocurrió al alsaciano, por haber servido en caballería, una idea que puso inmediatamente en práctica. Corrió a casa de un conocido suyo que alquilaba caballos, escogió uno, lo hizo ensillar y volvió a toda prisa a casa de su amo, donde encontró a madame Ève sumida en la más profunda desolación.

—¿Qué hay, Kolb? —preguntó el impresor viendo entrar al alsaciano con una expresión alegre y espantada a la vez.

—Esdá roteato de sinfergüenzas. Lo más seguro es que se esgonta, amo. ¿Ha bensato la señora en un sidio tonte esgonder al señor?

Después de que el bueno de Kolb hubo contado la traición de Cérizet, los espías apostados alrededor de la casa, la implicación de Cointet el gordo en el asunto, y hecho comprender las astucias que tramaban aquella gente contra su amo, una luz fatal iluminó por completo la situación de David.

—Son los Cointet quienes te persiguen —exclamó la pobre Ève anonadada—, y ésta es la razón de que Métivier se mostrara tan duro..., son papeleros y quieren descubrir tu secreto.

—Pero ¿qué se puede hacer para burlarlos? —preguntó madame Chardon.

—Si la señora gonsigue engondrar un esgondite bara el señor —dijo Kolb—, bromedo llefarlo hasda allí sin que natie se endere.

—Id esta noche a casa de Basine Clerget —respondió Ève—; yo iré a ponerme de acuerdo en todo con ella. En las actuales circunstancias, me fío de Basine como de mí misma.

—Los espías te seguirán —dijo finalmente David, que había recobrado cierta presencia de ánimo—. Hay que encontrar una manera de poder avisar a Basine sin que ninguno de nosotros vaya.

—Buete ir la señora —dijo Kolb—. He aguí mi blan: saltré gon el señor, así los silbatores nos seguirán. Miendras dando, la señora irá a gasa de matemoiselle Glerchet y sin gue la sigan. Dengo un gaballo, llefaré al señor en la gruba, ¡y a fer si nos adrapan!

—Bien, ¡adiós, amor mío! —exclamó la pobre mujer arrojándose a los brazos de su marido—; ninguno de nosotros irá a verte, porque podríamos provocar tu detención. Debemos decirnos adiós por todo el tiempo que pueda durar esta prisión voluntaria. Nos escribiremos, Basine enviará tus cartas y yo te escribiré a su nombre.

A su salida, David y Kolb oyeron los silbidos y fueron seguidos por los espías hasta la parte baja de la Porte-Palet, donde vivía el alquilador de caballos. Una vez allí, Kolb hizo subir a su amo en la grupa, rogándole que se agarrara fuerte a él.

—¡Silbat, silbat, mis queridos amigos! ¡Me río de dotos fosodros! —exclamó Kolb—. No gogeréis nunga a un fiejo chinede.

Y el viejo jinete se lanzó en dirección al campo con una rapidez que debía impedir, como impidió, a los espías seguirlos y saber adónde se dirigían.

Ève fue a ver a Postel con la excusa bastante ingeniosa de pedirle consejo. Después de haber sufrido la ofensa de esa piedad que no prodiga nada más que buenas palabras, Ève dejó al matrimonio Postel y pudo llegar sin ser vista hasta la casa de Basine, quien para más discreción hizo entrar a Ève en su habitación y abrió la puerta de un cuarto contiguo al que daba luz una lucerna por la que nadie podía ver el interior. Las dos amigas desobstruyeron una pequeña chimenea cuyo cañón corría paralelo al de la chimenea del taller donde ponían a calentar sus planchas. Ève y Basine extendieron unas viejas mantas sobre el suelo para amortiguar el ruido que David pudiera hacer involuntariamente; y prepararon un catre para dormir, un hornillo para sus experimentos, una mesa y una silla para sentarse y escribir. Basine se comprometió a traerle de comer por la noche, y, dado que nadie entraba jamás en su habitación, David podía desafiar a todos sus enemigos, incluso a la policía.

—Finalmente —dijo Ève abrazando a su amiga— está a salvo.

Ève regresó a casa de Postel para aclarar alguna duda que, dijo, le obligaba a volver a consultar a un tan sabio juez del Tribunal de Comercio, y se hizo acompañar por él de vuelta a casa mientras escuchaba sus lamentos. «Si usted se hubiera casado conmigo, ¿se vería en esta situación?...» Este sentimiento era recurrente en cada una de las frases del pequeño farmacéutico. A la vuelta, Postel se encontró a su mujer celosa de la admirable belleza de madame Séchard y furiosa por la cortesía de su marido. El farmacéutico la calmó sosteniendo que las mujeres pequeñas y pelirrojas son superiores a las altas y morenas que, como los caballos de raza, están siempre encerradas en las caballerizas. Y sin duda debió de darle algunas pruebas de su sinceridad, porque a la mañana siguiente madame Postel estaba de lo más melosa con él.

—Podemos estar tranquilas —dijo Ève a su madre y a Marion, a quienes había encontrado aún sobrecogidas.

—¡Oh, se han ido! —exclamó Marion cuando Ève miró maquinalmente dentro de su dormitorio.

—¿Atónte denemos gue tirigirnos? —preguntó Kolb cuando se encontró a una legua, en el camino de París.

—A Marsac —repuso David—, ya que estamos en el camino, quiero hacer una última tentativa de

convencer a mi padre.

—Preferiría ir al asaldo de una badería de gañones, borgue su padre no diene ni bizga de gorazón...

El viejo prensista no creía en su hijo; lo juzgaba como juzga el pueblo, por los resultados. En primer lugar, no creía haber despojado a David de todo; luego, sin tener en cuenta que los tiempos habían cambiado, se decía: «Le puse a cargo de una imprenta, como yo mismo me vi; y él, mil veces más instruido que yo, no ha sabido salir adelante». Incapaz de comprender a su hijo, le condenaba, y se atribuía sobre esta elevada inteligencia una especie de superioridad diciéndose: «Le conservo el pan». Los moralistas no conseguirán hacer comprender nunca toda la influencia que ejercen los sentimientos sobre los intereses. Esta influencia es tan poderosa como la de los intereses sobre los sentimientos. Todas las leyes de la naturaleza tienen un doble efecto, que son uno el contrario del otro. David, por su parte, comprendía a su padre y tenía la caridad sublime de excusarle. A las ocho, Kolb y David llegaron a Marsac mientras el viejo, que acababa de cenar, se disponía a acostarse.

—Ha hecho falta la autoridad de la justicia para que te volviese a ver —dijo el padre a su hijo con una amarga sonrisa.

—¿Y gómo habría botito engondrarle... si mi amo fiaja siembre al gielo miendras que usdet esdá siembre en sus fiñas?... —exclamó Kolb indignado—. ¡Faya! ¡Faya! Le doga a usted gue es su batre.

—Vamos, Kolb, vete y deja el caballo en casa de madame Courtois y no molestes a mi padre, pues has de saber que los padres siempre tienen razón.

Kolb se fue gruñendo como un perro al que su dueño hubiera reñido por su prudencia y que protesta mientras obedece. Sin confesar sus secretos, David ofreció a su padre la prueba más evidente de su descubrimiento proponiéndole una participación en aquel negocio a cambio de las sumas que necesitaba tanto para verse liberado de inmediato de los acreedores como para la explotación de su descubrimiento.

—¿Y cómo me demostrarás que puedes hacer con nada un buen papel que cueste poco? —preguntó el antiguo tipógrafo lanzando a su hijo una mirada vinosa, pero astuta, ávida y curiosa.

Se hubiera dicho un relámpago saliendo de una nube cargada de lluvia, pues el viejo oso, fiel a sus costumbres, nunca se iba a la cama sin su gorro de dormir. Este gorro consistía en dos botellas de excelente vino añejo que, según su expresión, se bebía a sorbitos.

—Nada más simple —repuso David—. Ahora no llevo papel conmigo; estoy aquí para escapar de Doublon, y al verme en el camino de Marsac he pensado que bien podía encontrar en usted las mismas facilidades que podría darme un usurero. Sólo llevo lo puesto. Enciérreme en un lugar a cal y canto y donde nadie pueda entrar, donde nadie pueda verme, y...

—¡Cómo! —exclamó el viejo lanzando a su hijo una mirada terrible—. ¿No me dejarás ver tus operaciones?...

—Padre —respondió David—, fue usted quien me enseñó que no hay padre en los negocios...

—¡Ah! Desconfías de quien te ha dado la vida...

—No, desconfío de quien me ha privado de los medios para vivir.

—¡Tienes razón!, cada uno que mire por lo suyo —dijo el anciano—. Muy bien, te encerraré en la bodega.

—Kolb vendrá también conmigo, proporcióname un caldero para hacer la pasta —continuó David sin percatarse de la mirada que le lanzó su padre—; después irá a buscarnos unos tallos de alcachofas, espárragos, ortigas y juncos que cortará en las orillas de su riachuelo. Mañana por la mañana saldré de su bodega con un papel magnífico...

—Si ello es posible... —exclamó el oso dejando escapar un hipido—, te daré, tal vez... Veré si puedo darte..., ¡bah!..., veinticinco mil francos, a condición de que me hagas ganar otro tanto cada año...

—Póngame a prueba, ¡lo acepto! —exclamó David—. Kolb, monta a caballo, acércate a Mansle y compra un gran tamiz de crin en casa de un fabricante de celemines, cola en un tendero y vuelve a toda prisa.

—Toma, bebe... —dijo el padre poniendo ante su hijo una botella de vino, pan y sobras de carne fría—. Recupera fuerzas, que yo voy a recoger tus provisiones de trapos verdes, porque verdes son tus trapos, mucho me temo que sean hasta un poco demasiado verdes.

Dos horas después, hacia las once de la noche, el viejo encerraba a su hijo y a Kolb en un cuartito contiguo a su bodega, y techado con tejas, donde había todos los utensilios necesarios para destilar los caldos de la región de Angulema, que como es sabido proporcionan los aguardientes llamados de Cognac.

—Vaya, ¡pero si esto es una verdadera fábrica! —exclamó David—. Hay incluso madera y recipientes.

—Pues bien, hasta mañana —dijo papá Séchard—; voy a encerraros y soltaré a mis dos perros; estoy seguro de que no va a venir nadie a traeros papel. Si mañana me enseñas tus hojas, me comprometo a ser tu socio; así los negocios estarán claros y bien dirigidos...

Kolb y David se dejaron encerrar y se pasaron alrededor de dos horas macerando y preparando los tallos, sirviéndose para ello de dos tablones. El fuego relumbraba, el agua hervía. Hacia las dos de la noche, Kolb, menos ocupado que David, oyó un suspiro aguardentoso, como un hipido de borracho; cogió una de las dos velas y comenzó a mirar por todas partes; vio entonces la cara violácea del viejo Séchard que asomaba por una pequeña abertura cuadrada practicada encima de la puerta que comunicaba la destilería con la bodega y disimulada con unos viejos toneles. El malicioso anciano había hecho entrar a su hijo y a Kolb en su destilería por la puerta exterior que servía para sacar las barricas que se vendían. Esta otra puerta interior permitía hacerlas rodar de la bodega a la destilería sin tener que pasar por el patio.

—¡Ah, babá! Esdo no es un juego limbio; guiere enretar a su hicho... ¿Sabe lo gue hage guando se bebe una bodella de buen fino? ¡Pues tarle de beber a un bribón!

—¡Padre! —dijo David.

—Venía a ver si necesitabais algo —dijo el viñador a quien casi se le había pasado la curda.

—¿Y es bor esdo bor lo gue se ha subito a esa esgalerilla? —dijo Kolb, que, tras haber despejado el camino, abrió la puerta y descubrió al viejo subido a una escalerilla y en camisón de dormir.

—¡Va a coger algo! —exclamó David.

—Creo que soy sonámbulo —dijo el viejo bajando de la escalera avergonzado—. Tu falta de

confianza en tu padre me ha hecho soñar, imaginaba que hacías un pacto con el diablo para hacer realidad lo imposible.

—El tiablo es su gasión bor las monetas de oro —exclamó Kolb.

—Vuelva a la cama, padre —dijo David—; enciérrenos si quiere, pero ahórrese la molestia de volver: Kolb hará de centinela.

Al día siguiente, a las cuatro, David salió de la destilería después de haber hecho desaparecer todo rastro de sus operaciones y llevó a su padre una treintena de hojas de papel, cuya finura, blancura, gramaje y resistencia no dejaban nada que desear, y que llevaban impresas como filigrana las marcas de los hilos más gruesos del tamiz de crin. El viejo cogió aquellas muestras, se las pasó por la lengua como oso avezado desde la juventud a servirse del paladar para probar el papel, las apreció por el tacto, las arrugó, las dobló, en fin, las sometió a todas las pruebas que realizan los tipógrafos con los papeles para reconocer sus cualidades, y aunque no encontró nada que decir, no quiso dar su brazo a torcer.

—¡Ahora hay que ver cómo se comportan bajo la prensa!... —dijo para no tener que verse obligado a felicitar a su hijo.

—¡Faya hombre! —exclamó Kolb.

El viejo se mostró frío y amagó, bajo su dignidad paterna, una fingida falta de decisión.

—No quiero engañarle, padre; este papel me parece que ha de costar aún un tanto caro, y quiero resolver el problema del encolado en tina... Sólo me queda por lograr esta mejora...

—¡Ah!, ¡querías engañarme!

—Pero ¿cómo he de decírselo? Consigo hacer el encolado en tina, pero por el momento la cola no penetra regularmente en la pasta y le da al papel la aspereza de un cepillo.

—Pues bien, perfecciona tu invento y tendrás mi dinero.

—¡Mi amo no ferá nunga el golor de su tinero!

Era evidente que el viejo quería hacer pagar a David la vergüenza por la que había pasado la noche anterior; por tanto, le trató más que fríamente.

—Padre —dijo David, que despidió a Kolb—, nunca le he reprochado que tasara su imprenta a un precio exorbitante y que me la vendiera según su exclusiva estimación; siempre le he considerado mi padre. Me he dicho a menudo: dejemos tranquilo a un anciano que ha tenido que trabajar tan duramente y que me ha educado mejor de lo que merecía, dejándole disfrutar en paz y a su manera del fruto de su trabajo. Ni siquiera le he pedido la herencia de mi madre, y he soportado sin rechistar la vida llena de deudas a la que me ha obligado. Me he prometido hacer una gran fortuna sin causarle molestias. Pues bien, ahora he descubierto lo que andaba buscando, incluso con el agua al cuello, sin pan en mi casa y angustiado por unas deudas que no he contraído yo... Sí, he luchado pacientemente mientras he tenido fuerzas. Y quizá tendría usted el deber de ayudarme..., pero no piense en mí, ¡piense en una mujer y en un niño pequeño!... —David no pudo en aquel momento contener sus lágrimas—, y présteles su ayuda y protección. ¿Es que va a ser menos que Marion y Kolb, que me han dado sus ahorros? —exclamó el hijo al ver a su padre frío como el mármol de una prensa.

—¿Y no te han bastado? —exclamó el viejo sin sentir la menor vergüenza—. Pero si devorarías Francia entera... ¡Buenas noches! Soy demasiado ignorante para meterme en explotaciones en las que

el único explotado sería yo. El mono no se comerá al oso —dijo haciendo alusión a sus apodos de tipógrafos—. Soy viñador y no banquero... Y, además, ya sabes, los negocios entre padre e hijo no funcionan. Y ahora cenemos, ¡así no podrás decir que no te doy nada!...

David era uno de esos seres de gran corazón que pueden enterrar en él sus penas para ocultarlas a las personas queridas; pero cuando su dolor se desborda significa que hacen un esfuerzo sobrehumano. Ève había comprendido perfectamente aquel carácter generoso. Pero en aquella oleada de dolor que subía del fondo a la superficie el padre vio el llanto indigno de los hijos que quieren engañar a sus padres, y tomó el terrible abatimiento de su hijo por la vergüenza de un fracaso. Padre e hijo se separaron en malos términos. David y Kolb regresaron hacia medianoche a Angulema, donde entraron a pie con tantas precauciones como habrían tomado dos ladrones para perpetrar un robo. Hacia la una de la noche, David pudo entrar, sin ser visto por nadie, en casa de Basine Clerget, en el refugio impenetrable que su mujer había preparado para él. Allí David estaría protegido por la compasión más ingeniosa que pueda existir, la de una modistilla. A la mañana siguiente, Kolb presumió de haber salvado a su amo a caballo y no haberse separado de él hasta haberle hecho subir a una galera que había de llevarle a los alrededores de Limoges. Una gran provisión de materias primas fue almacenada en el sótano de Basine, de manera que Kolb, Marion, madame Séchard y su madre no tuvieran que verse obligadas a estar en contacto con mademoiselle Clerget.

Dos días después de esta escena con su hijo, el viejo Séchard, viendo que disponía de veinte días antes de empezar la vendimia, corrió a casa de su nuera movido por su avaricia. No podía ya dormir y quería saber si el descubrimiento podía ser rentable, y pensaba estar ojo avizor, como decía él. Se instaló encima del piso de su nuera, en una de las dos habitaciones abuhardilladas que se había reservado, y vivió cerrando los ojos a la precaria situación económica en que se encontraba el hogar de su hijo. Se le debían los alquileres retrasados, ¡bien podían darle de comer! Y no encontraba extraño que se le sirviera en cubiertos de peltre.

—Yo empecé así —respondió a su nuera, cuando ésta se excusó de no poder servirle en vajilla de plata.

Marion se vio obligada a partir de entonces a comprar todo al fiado con los tenderos. Kolb trabajaba en una obra por veinte sueldos diarios. Finalmente, pronto no le quedaron a la pobre Ève más que diez francos, y en interés de su hijo y de David sacrificó sus últimos recursos para tratar lo mejor posible al viñador. Esperaba aún que sus zalamerías, su respetuoso cariño y su resignación enternecieran al avaro, pero éste se mostraba siempre insensible. Por último, viendo en él la misma mirada fría que en los Cointet, Petit-Claud y Cérizet, decidió observar su carácter y adivinar sus intenciones, pero fue tiempo perdido. El viejo Séchard, que estaba siempre un poco achispado, conseguía ser impenetrable. La embriaguez es un doble velo. Con la excusa de la embriaguez, unas veces real y otras simulada, el muy tunante trataba de sonsacarle a Ève los secretos de David. Tan pronto halagaba como asustaba a su nuera. Cuando Ève le respondía que ella no sabía nada, él le decía: «Me beberé toda la herencia, la cambiaré por una renta vitalicia». Estas deshonrosas luchas cansaban a la pobre muchacha, que, para no faltarle al respeto a su suegro, había acabado optando por guardar silencio. Un día, no pudiendo más, le dijo:

—Pero, papá, hay una manera muy simple de saberlo todo; pague las deudas de David, así su hijo volverá aquí y se pondrán de acuerdo.

—¡Ah! Eso es lo único que queréis sacar de mí —exclamó—; bueno es saberlo.

Papá Séchard, que no creía en su hijo, creía en los Cointet. Los Cointet, a quienes fue a consultar, le encandilaron diciéndole que los experimentos emprendidos por su hijo suponían muchos millones.

—Si David puede demostrar que ha conseguido descubrir lo que buscaba, no dudaré un momento en asociarme con él, atribuyendo al descubrimiento de su hijo un valor igual al de mi papelera —le dijo Cointet el largo.

El desconfiado viejo recabó tanta información bebiendo con los operarios y tirando de la lengua hábilmente a Petit-Claud, haciéndose pasar por tonto, que acabó por sospechar que los Cointet se escondían detrás de Métivier, y llegó a la conclusión de que querían arruinar la imprenta Séchard y desplumarle poniéndole como cebo el descubrimiento, pues aquel viejo hombre de campo no podía intuir la complicidad de Petit-Claud, ni la trama urdida para hacerse tarde o temprano con aquel excelente secreto industrial. Finalmente, un día, el viejo, exasperado por no poder vencer el silencio de su nuera y no poder saber por ella ni siquiera dónde se había escondido David, decidió forzar la puerta del taller donde se fundían los rodillos, después de haberse enterado de que su hijo hacía en él sus experimentos. Una mañana temprano bajó al patio y trató de forzar la cerradura.

—¡Eh!, ¿qué está haciendo aquí, papá Séchard? —le gritó Marion, que se levantaba al amanecer para ir a la fábrica y que fue corriendo hacia la pila donde se mojaba el papel.

—¿Es que no estoy en mi casa, Marion? —respondió el hombre, avergonzado.

—¡Ah! ¿Se ha vuelto ladrón a sus años? Y eso que está en ayunas... Voy enseguida a contarle esto a la señora.

—Tú estate callada, Marion —le dijo el viejo sacándose del bolsillo dos monedas de seis francos—. Toma...

—Me callaré, pero no vuelva a hacerlo —le dijo Marion amenazándole con el dedo—, o se enterará toda Angulema.

En cuanto el anciano se hubo ido, Marion subió a casa de su ama.

—Tenga, señora, le he sacado doce francos a su suegro; aquí tiene...

—¿Y cómo lo has hecho?

—Quería ver las tinajas y las provisiones del señor para descubrir el secreto. Yo sabía que no quedaba ya nada en la pequeña bodega, pero le he metido miedo como si quisiera robarle a su hijo, y me ha dado dos monedas para tenerme con la boca cerrada...

En aquel momento llegó Basine muy contenta con una carta de David escrita en un papel magnífico y que le entregó a escondidas a Ève.

Mi adorada Ève:

Eres la primera persona a quien le escribo en la primera hoja de papel conseguida según mi procedimiento. ¡He logrado resolver el problema del encolado en tina! Una libra de esta pasta, aun cuando hayan de utilizarse buenos terrenos para cultivar los productos que empleo, costará cinco sueldos. Para una resma de doce libras harán falta, por tanto, tres francos de pasta encolada. Estoy seguro de que podré disminuir el peso de los libros por lo menos a la mitad. El sobre, la carta, las muestras son todos distintos los unos de los otros. Te mando un beso. La riqueza era lo único que faltaba a nuestra felicidad.

—Tenga —dijo Ève a su suegro entregándole las muestras—, dé a su hijo el valor de su cosecha y déjele hacer fortuna; le devolverá diez veces lo que usted le preste, ¡pues lo ha conseguido!

Papá Séchard corrió a ver a los Cointet. Allí cada muestra fue minuciosamente sometida a prueba y examinada; había algunas que tenían cola, las otras no; todas estaban etiquetadas con su precio, que oscilaba entre tres y diez francos la resma; unas eran de una pureza metálica, otras suaves como el papel de China y con toda la gama de matices del blanco. Unos judíos dedicados a examinar diamantes no habrían tenido los ojos más chispeantes de lo que lo estaban los de los Cointet y los del viejo Séchard.

—Su hijo está en el buen camino —dijo Cointet el gordo.

—Muy bien, pues entonces paguen ustedes sus deudas —dijo el viejo prensista.

—Con mucho gusto, si quiere tomarnos como socios —repuso Cointet el largo.

—¡Son ustedes unos bandidos! —gritó el oso retirado—. Persiguen a mi hijo amparándose bajo el nombre de Métivier y quieren que sea yo quien les pague, ésa es la pura verdad. No soy tan tonto, señores.

Los dos hermanos se miraron, pero supieron disimular la sorpresa que les produjo la perspicacia del avaro.

—No somos aún lo bastante millonarios como para permitirnos regalar el dinero a los demás —replicó Cointet el gordo—; nos daríamos por satisfechos si pudiéramos pagar nuestros trapos al contado, pero tenemos aún que librar letras a nuestro proveedor.

—Se ha de intentar una prueba a lo grande —dijo fríamente Cointet el largo—, pues a menudo lo que se logra en un pequeño recipiente fracasa en una fabricación a gran escala. Pague las deudas de su hijo.

—Sí, pero ¿me querrá luego como socio? —preguntó el viejo Séchard.

—Eso no es asunto nuestro —replicó Cointet el gordo—. ¿Es que cree usted, buen hombre, que dándole diez mil francos a su hijo estará todo resuelto? Una patente de inventor cuesta dos mil francos; habrá que hacer algunos viajes a París; y luego, para estar seguros antes de lanzarse de lleno a la empresa, lo prudente sería fabricar, como dice mi hermano, mil resmas, arriesgar tinas enteras para ver cómo funciona. ¿Lo ve?, no se puede confiar absolutamente en los inventores.

—Yo prefiero —dijo Cointet el largo— el pan ya cocido.

El viejo se pasó toda la noche rumiando este dilema: «Si pago las deudas de David, queda libre; y, una vez libre, no necesita tenerme como socio. Sabe muy bien que le enredé la primera vez que le propuse asociarnos y ahora no querrá saber ya nada de mí. Lo que me convendría más es tenerle preso y en la miseria».

Los Cointet conocían bastante bien a papá Séchard como para saber que lo tendrían de compañero de caza. Estos tres hombres, pues, se decían: «Para constituir una sociedad basada en el secreto hay que hacer experimentos, y para hacer esos experimentos es preciso liberar a David Séchard. Pero si le liberamos, se nos escapará de las manos». Todos, además, tenían sus segundas intenciones; Petit-Claud se decía: «Una vez casado, estaré en paz con los Cointet, pero mientras tanto los tengo en un puño». Cointet el largo se decía: «Preferiría tener encerrado a David, así sería yo el amo». El viejo Séchard pensaba: «Si pago las deudas de mi hijo, me despedirá dándome las gracias». Ève, atacada, amenazada

por el viñador con ser echada de la casa, no quería revelarle el refugio de su marido ni tampoco proponerle que aceptara un salvoconducto. No estaba segura de conseguir encontrar otro buen escondite para David, y le respondía a su suegro:

—Pague las deudas de su hijo y lo sabrá todo.

Ninguno de los cuatro interesados, que se encontraban todos como ante una mesa bien abastecida, se atrevía a dar comienzo al festín, hasta tal punto temían verse adelantados: y todos se observaban desconfiando los unos de los otros.

Unos días después de haberse escondido Séchard, Petit-Claud visitó a Cointet el largo en su papelera.

—Lo he hecho lo mejor posible —le dijo—. David se ha encerrado voluntariamente en una prisión que no sabemos dónde está y busca tranquilamente algún perfeccionamiento. Si no ha conseguido lo que deseaba, no es culpa mía. ¿Mantendrá usted su promesa?

—Sí, si conseguimos nuestros propósitos —respondió Cointet el largo—. Papá Séchard anda por aquí desde hace unos días; ha venido a hacernos algunas preguntas sobre la fabricación del papel, pues el viejo avaro se ha oído la invención de su hijo y quiere sacar tajada; hay, pues, esperanzas de llegar a constituir una sociedad. Usted es el abogado del padre y del hijo...

—Que el Espíritu Santo le inspire para entregárnoslos —concluyó Petit-Claud con una sonrisa.

—Sí —dijo Cointet—. Si tiene éxito y consigue meter en la cárcel a David o ponerlo en nuestras manos mediante la escritura de constitución de una sociedad, usted será el marido de mademoiselle de La Haye.

—¿Es éste su ultimátum? —preguntó Petit-Claud.

—Yes! —dijo Cointet—, ya que hablamos lenguas extranjeras.

—Pues bien, éste es el mío en buen francés —respondió secamente Petit-Claud.

—¡Ah!, oigamos —replicó Cointet poniendo cara de curiosidad.

—Presénteme mañana a mademoiselle de Sénonches, deme una prueba positiva de nuestro acuerdo, en una palabra, cumpla con su promesa, o pague la deuda de Séchard y me asocio con él vendiendo mi bufete. No quiero que se me enrede. Me ha hablado usted claro, así que yo empleo el mismo lenguaje. Yo he cumplido con mi parte, cumpla usted con la suya. Usted lo tiene todo, yo no tengo aún nada. Si no me da una prueba de su sinceridad, recurriré a su mismo juego.

Cointet el largo cogió el sombrero y el paraguas, adoptó su aire jesuítico y salió diciéndole a Petit-Claud que le siguiera.

—Ahora verá, mi querido amigo, si no le he allanado el camino... —dijo el hombre de negocios al abogado.

El agudo y astuto papelero se había dado cuenta de inmediato de lo peligroso de su situación, y veía en Petit-Claud a uno de esos hombres con los que conviene jugar a cartas descubiertas. Por otra parte, con el fin de prepararse el terreno y por escrúpulos de conciencia, con la excusa de presentar un balance de la situación económica de mademoiselle de La Haye, había dejado ya caer algunas palabras al oído del ex cónsul general.

—Ya tengo lo que hace falta para resolver el asunto de Françoise, porque hoy día con treinta mil francos de dote —dijo sonriendo— una muchacha no puede permitirse ser muy exigente.

—Ya hablaremos de ello —había respondido Francis du Hautoy—. Desde la marcha de madame de Bargeton, la posición de madame de Sénonches ha cambiado mucho: podremos casar a Françoise con algún viejo hidalgüelo.

—No es conveniente para ella —dijo el papelero adoptando su aire frío—. Cásela con un hombre joven, capaz, ambicioso, a quien usted protegerá y que le dará a su mujer una buena posición.

—Ya veremos —había repetido Francis—. Primero hay que consultar a la madrina.

A la muerte de monsieur de Bargeton, Louise de Nègrepelisse había hecho vender el palacio de la rue du Minage. Madame de Sénonches, que vivía con angosturas, convenció a monsieur de Sénonches para que comprara aquella casa, cuna de las ambiciones de Lucien, y donde dio comienzo esta historia. Zéphirine de Sénonches había concebido el plan de suceder a madame de Bargeton en aquella especie de reinado que había ejercido, tener un salón y poder, por fin, hacer de gran dama. Después del duelo entre monsieur de Bargeton y monsieur de Chandour la alta sociedad de Angulema se había dividido en dos facciones: por una parte, estaban los que defendían la inocencia de Louise de Nègrepelisse y, por otra, los que daban crédito a las calumnias de Stanislas de Chandour. Madame de Sénonches se declaró a favor de los Bargeton y se ganó primeramente a todos los de aquel bando. Luego, cuando se hubo instalado en su palacio, se aprovechó de la costumbre de muchas personas que acudían allí para jugar desde hacía tantos años. Recibía todas las noches y consiguió un claro triunfo sobre Amélie de Chandour, que se erigió en su rival. Francis du Hautoy, que ahora se veía en el centro de la aristocracia de Angulema, esperaba por tanto hacer casar a Françoise con el viejo monsieur de Séverac, a quien madame du Brossard no había podido pescar para su hija. La vuelta de madame de Bargeton, convertida en mujer del prefecto de Angulema, no hizo sino aumentar las pretensiones de Zéphirine para con su muy querida ahijada. Se decía que la condesa Sixte du Châtelet emplearía toda su influencia para ayudar a la que se había convertido en su adalid. El papelero, que se conocía el mundo de Angulema al dedillo, tras sopesar de un vistazo todas aquellas dificultades, resolvió salir de aquel difícil apuro mediante una de esas maniobras audaces que sólo Tartufo se habría permitido. El abogadillo, muy sorprendido por la lealtad de su compinche en enredos, le dejaba sumido en sus meditaciones mientras caminaban desde la fábrica de papel hasta el palacio de la rue du Minage, donde en la puerta de entrada los dos importunos fueron detenidos por estas palabras:

—El señor y la señora están comiendo.

—Anúncienos a pesar de todo —repuso Cointet el largo.

Y, tras anunciar su nombre, apenas el hipócrita comerciante hubo sido introducido, presentó al abogado a la preciosa Zéphirine, que estaba comiendo con monsieur Francis du Hautoy y mademoiselle de La Haye. Monsieur de Sénonches se había ido, como siempre, de caza con monsieur de Pimentel.

—He aquí, señora, el joven abogado-procurador de quien le hablé y que se encargará de la emancipación de su bella pupila.

El antiguo diplomático examinó a Petit-Claud, quien, por su parte, miraba a hurtadillas a la bella pupila. Por lo que se refiere a la sorpresa de Zéphirine, a quien nunca ni Cointet ni Francis le habían dicho una sola palabra al respecto, fue tal que el tenedor se le cayó de las manos. Mademoiselle de La Haye, especie de arpía de cara ceñuda, talle poco agraciado, delgada, cabellos de un rubio sin atractivo,

era, a pesar de ciertos aires aristocráticos, sumamente difícil de casar. Las palabras «padre y madre desconocidos» de su partida de bautismo en realidad le vedaban la esfera en la que querían situarla la solicitud de su madrina y de Francis. Mademoiselle de La Haye, ignorando su posición, se hacía la difícil: habría rechazado al comerciante más rico del Houmeau. La muy significativa mueca inspirada a mademoiselle de La Haye por el aspecto del esmirriado abogado la vio Cointet también en los labios de Petit-Claud. Madame de Sénonches y Francis parecían consultarse para encontrar la manera de despedir a Cointet y a su protegido. Cointet, que se dio cuenta de todo, le rogó a monsieur du Hautoy que le concediera un momento de audiencia y pasó al salón con el diplomático.

—Señor —le dijo sin tapujos—, la paternidad le ciega. Difícilmente casará a su hija, y, en el interés de todos ustedes, le he puesto ante la imposibilidad de echarse atrás, porque también yo quiero a Françoise como si fuera mi ahijada. ¡Petit-Claud lo sabe todo!... Su gran ambición le garantiza a usted la felicidad de su querida pequeña. En primer lugar, Françoise hará de su marido todo cuanto ella quiera, pero usted, ayudado por la mujer del prefecto que nos llega, hará de él un procurador real. Monsieur Milaud va a ser destinado a Nevers, es ya seguro. Petit-Claud venderá su bufete y usted logrará fácilmente para él el puesto de segundo fiscal sustituto; pronto llegará a procurador real, luego a presidente del tribunal, a diputado...

De vuelta al comedor, Francis estuvo encantador con el pretendiente de su hija. Lanzó una mirada de inteligencia a madame de Sénonches y terminó aquella escena de presentación invitando a Petit-Claud a cenar al día siguiente para hablar de negocios. Luego acompañó al comerciante y al abogado hasta el patio, diciéndole a Petit-Claud que, ante la recomendación de Cointet, estaba dispuesto, igual que madame de Sénonches, a confirmar todo cuanto el administrador de la fortuna de mademoiselle de La Haye hubiera dispuesto para la felicidad de aquel pequeño ángel.

—¡Ah, qué fea es! —dijo Petit-Claud—. ¡Estoy atrapado!...

—Tiene un aire distinguido —respondió Cointet—; pero si fuera guapa, ¿cree que se la darían a usted?... ¡Ah!, amigo mío, hay más de un pequeño propietario a quien treinta mil francos, la protección de madame de Sénonches y la de la condesa Du Châtelet le irían de perillas; y tanto más cuanto que monsieur Francis du Hautoy no se casará nunca y esta muchacha será su heredera... ¡Su matrimonio es cosa hecha!...

—¿Y cómo?

—Escuche lo que acabo de argumentar —continuó Cointet el largo contándole al abogado su rasgo de audacia—. Querido amigo, monsieur Milaud, según se dice, va a ser nombrado procurador real en Nevers: venderá usted su bufete y antes de diez años será Guardasellos. Es usted lo bastante audaz como para no retroceder ante ninguno de los servicios que le pida la corte...

—Pues bien, esté mañana a la cuatro y media en la place du Mûrier —respondió el abogado fanatizado ante las posibilidades de aquel porvenir—. Habré visto a papá Séchard y estipularemos una escritura en la que tanto el padre como el hijo pertenezcan al Espíritu Santo de los Cointet.

En el momento en que el anciano cura de Marsac subía las cuestas de Angulema para ir a informar a Ève del estado en que se encontraba su hermano, David se hallaba escondido desde hacía once días dos puertas más allá de aquélla por la que el digno sacerdote acababa de salir.

Cuando el padre Marron desembocó en la place du Mûrier, se encontró en ella a los tres hombres, cada uno notable en su género, que hacían sentir todo su peso sobre el presente y el porvenir del pobre

preso voluntario: papá Séchard, Cointet el largo y el flacucho abogadillo. ¡Tres hombres, tres tipos de codicia!, pero tres tipos de codicia tan diferentes como los mismos hombres. Uno había concebido la idea de lucrarse con su propio hijo, el otro con su cliente y Cointet el largo compraba todas estas infamias, jactándose de no pagar nada. Eran alrededor de las cinco, y la mayor parte de los que volvían a sus casas para cenar se paraban a mirar un momento a aquellos tres hombres.

«¿Qué demonios tendrán que decirse papá Séchard y Cointet el largo?», pensaban los más curiosos.

—Seguramente estarán hablando de ese desgraciado que deja a su mujer, a su suegra y a su hijo sin pan —respondían.

—¡Y luego mandad a vuestros hijos a que aprendan un oficio en París! —decía un incrédulo de provincias.

—¡Eh!, ¿qué viene a hacer por aquí, señor cura? —exclamó el viñador al distinguir al padre Marron tan pronto como desembocó en la plaza.

—Vengo por los suyos —repuso el anciano.

—¡Alguna otra idea de mi hijo!... —exclamó papá Séchard.

—Tan poco que le costaría hacer feliz a todo el mundo —dijo el sacerdote señalando las ventanas, detrás de las cuales madame Séchard dejaba ver, entre las cortinas, su bonito rostro.

En aquel momento, Ève intentaba acallar los gritos de su hijo haciéndole saltar y cantándole una nana.

—¿Me trae noticias de mi hijo, o, lo que sería mejor aún, dinero? —preguntó papá Séchard.

—No —dijo el padre Marron—, le traigo a la hermana noticias del hermano...

—¿De Lucien?... —exclamó Petit-Claud.

—Sí. El pobre muchacho ha venido desde París a pie. Lo he encontrado en casa de Courtois muerto de cansancio y de miseria —repuso el sacerdote—. ¡Es muy desgraciado!

Petit-Claud saludó al sacerdote y cogió a Cointet el largo del brazo, mientras decía en voz alta:

—¡Cenamos en casa de madame de Sénonches, así que es hora ya de que nos vistamos!... —Y tras dar dos pasos le dijo al oído—: Cuando se tiene a la cría, no se tarda en conseguir a la madre. Ya tenemos a David...

—Yo le he encontrado una mujer, encuéntreme usted ahora una a mí —dijo Cointet el largo con una falsa sonrisa.

—Lucien fue compañero mío de colegio, éramos amigos... De aquí a una semana sabré algo sobre él. Apáñeselas para que se publiquen las amonestaciones, y yo le garantizo que meto a David en la cárcel. Mi misión termina con su encarcelamiento.

—¡Ah! —exclamó bajito Cointet el largo—. El gran negocio sería registrar la patente a nuestro nombre.

Al oír esto, el esmirriado abogado se estremeció.

En aquel instante Ève veía entrar a su suegro acompañado del padre Marron, quien, con una sola

palabra, había resuelto el drama judicial.

—Vea, madame Séchard —dijo el viejo oso a su nuera—, aquí tiene a nuestro cura, que sin duda viene a contarle bonitas cosas de su hermano.

—¡Oh! —exclamó la pobre Ève, herida en el alma—. ¿Qué ha podido sucederle ahora?

Esta exclamación dejaba traslucir tantos dolores pasados, tantas aprensiones y tantas inquietudes, que el padre Marron se apresuró a decir:

—Tranquilícese, señora, ¡está vivo!

—¿Tendría la bondad, padre —le pidió Ève al viejo viñador—, de ir a buscar a mi madre? Así oíría lo que tenga que decirnos de Lucien.

El viejo se fue a buscar a madame Chardon, a quien dijo:

—Tienen para un buen rato con el padre Marron, que es buena persona, a pesar de ser cura. Seguramente la comida se retrasará, así que volveré dentro de una hora.

Y el viejo, insensible a todo cuanto no sonaba o relucía como el oro, dejó a la pobre mujer sin ver el efecto del golpe que le acababa de asestar. La desgracia que pesaba sobre sus dos hijos, la frustración de las esperanzas puestas en Lucien, el cambio tan imprevisto de un carácter que durante tanto tiempo se había creído enérgico y honesto; en suma, todos los acontecimientos que venían sucediéndose desde hacía dieciocho meses habían transformado a madame Chardon hasta el punto de volverla irreconocible. No sólo era noble de cuna, sino que tenía también un gran corazón, y adoraba a sus hijos. Por ello había sufrido más en aquellos últimos seis meses que desde que se quedara viuda. Lucien había tenido oportunidad de ser Rubempré por una real orden, de resucitar a aquella familia, de hacer revivir el título y los blasones, ¡de llegar a ser un grande! ¡Y había caído en el fango! Pues, más severa con él que la hermana, le había dado por un caso perdido el día en que se enteró del asunto de las letras. Las madres quisieran a veces equivocarse, pero conocen siempre muy bien a los hijos que han criado y no han abandonado, y, en las discusiones entre David y su mujer sobre las oportunidades que ofrecía París a Lucien, madame Chardon, pese a que aparentemente parecía compartir las ilusiones de Ève sobre su hermano, en realidad temblaba sólo de pensar que David pudiera tener razón, ya que él hablaba como ella oía hablar a su conciencia de madre. Demasiado bien conocía ella la delicada sensibilidad de su hija como para poder expresar sus dolores y se veía, por tanto, forzada a rumiarlos en ese silencio del que sólo son capaces las madres que saben querer a sus hijos. Ève, por su parte, seguía con terror los estragos que los disgustos causaban en su madre y la veía pasar de la vejez a la decrepitud, empeorando a ojos vista. Madre e hija se comunicaban una a otra esas nobles mentiras que nunca engañan. En la vida de esta madre, la frase del feroz viñador fue la gota que colmó el vaso de las aflicciones de madame Chardon, y se sintió herida en el alma.

Por eso cuando Ève le dijo al sacerdote: «¡Le presento a mi madre!», y éste vio aquel rostro, demacrado como el de una vieja religiosa, enmarcado por unos cabellos completamente blancos, pero embellecido por el aire dulce y sereno de las mujeres cristianamente resignadas a la voluntad divina, como suele decirse, comprendió lo que era la vida de aquellas dos criaturas. No sintió ya el sacerdote ninguna compasión por su verdugo, por Lucien; tembló al adivinar todos los suplicios que habían sufrido aquellas víctimas.

—Madre —dijo Ève secándose las lágrimas—, nuestro pobre hermano está muy cerca de nosotros,

se encuentra en Marsac.

—¿Y por qué no está aquí? —preguntó madame Chardon.

El padre Marron contó todo lo que Lucien le había dicho sobre las penalidades de su viaje y las desgracias de sus últimos días en París. Describió las angustias que habían agitado el alma del poeta al tener noticia del efecto que habían causado en el seno de su familia sus imprudencias y cuáles eran sus aprensiones ante el recibimiento que podía esperarle en Angulema.

—Así pues, ¿ha llegado a dudar de nosotros? —preguntó madame Chardon.

—El pobre desgraciado ha venido hasta aquí a pie, sufriendo las privaciones más horribles, y vuelve dispuesto a retornar al más humilde camino de la vida... para enmendar sus errores.

—Señor —dijo la hermana—, pese al daño que nos ha causado, quiero a mi hermano como se quiere al cuerpo de un ser que ha muerto; y quererlo así es quererlo más aún de lo que muchas hermanas quieren a sus hermanos. Nos ha dejado en la más absoluta pobreza, pero que venga, compartirá el mísero trozo de pan que nos queda; mejor dicho, que él nos ha dejado. ¡Ah! Si no nos hubiera abandonado, no habríamos perdido nuestros más preciados tesoros.

—Y ha vuelto precisamente con el coche de la mujer que nos lo arrebató —exclamó madame Chardon—. ¡Se fue sentado al lado de madame de Bargeton en su calesa, y ha vuelto ahora en la trasera!

—¿En qué puedo serles de utilidad dada la situación en que se encuentran? —preguntó el bueno del cura que buscaba una manera de despedirse.

—¡Ah! —respondió madame Chardon—. Aunque dicen que la falta de dinero no es mortal, son heridas que sólo puede curar el propio enfermo.

—Si consiguiera convencer a mi suegro para que ayudara a su hijo, salvaría a toda una familia —manifestó madame Séchard.

—No cree en usted y me ha parecido muy irritado contra su marido —dijo el anciano, a quien las perífrasis del viñador le habían hecho comprender que los negocios de Séchard eran un avispero en el que convenía no meter la nariz.

Terminada su misión, el sacerdote se fue a cenar a casa de su sobrino Postel, quien disipó la poca buena voluntad que le quedaba a su tío dando la razón, como toda Angulema, al padre y no al hijo.

—Con los dilapidadores siempre existe algún remedio —dijo el pequeño Postel a modo de conclusión—, pero con los que hacen experimentos acabaría uno en la ruina.

La curiosidad del cura de Marsac había quedado completamente satisfecha, lo cual en todas las provincias de Francia es el fin principal del extraordinario interés que se siente por los demás. Por la noche, puso al corriente al poeta de todo cuanto sucedía en casa de los Séchard, pintándole su viaje como una misión dictada por la más pura y desinteresada caridad.

—Ha endeudado usted a su hermana y a su cuñado en unos diez mil o doce mil francos —dijo para terminar—, y nadie, mi querido señor, dispone de tal minucia para prestar a su vecino. En Angulema no somos ricos. Yo creía que se trataba de mucho menos cuando me habló usted de sus letras.

Después de haber agradecido al anciano sus bondades, el poeta le dijo:

—Para mí el verdadero tesoro son las palabras de perdón que me trae.

Al día siguiente, salió Lucien muy de mañana de Marsac para ir a Angulema, adonde llegó hacia las nueve, cayado en mano, vestido con una levita corta que había salido bastante malparada del viaje y unos pantalones negros descoloridos. Por otra parte, sus gastadas botas indicaban a las claras que pertenecía a la infortunada categoría de los caminantes. No se engañaba por ello en cuanto al efecto que debía de producir en sus paisanos el contraste entre su vuelta y su partida. Pero con el corazón encogido aún por los remordimientos que había sentido al escuchar el relato del anciano sacerdote, aceptaba por el momento aquel castigo, decidido a afrontar las miradas de sus conocidos. Se decía: «¡Soy heroico!». Estos temperamentos poéticos comienzan todos por engañarse a sí mismos. A medida que andaba por el Houmeau, su alma luchaba entre la vergüenza de aquella vuelta y la poesía de sus recuerdos. Su corazón se puso a latir con fuerza al pasar por delante de la puerta de Postel, donde, para su suerte, Léonie Marron se encontraba sola en la tienda con su niño. Vio con placer (hasta tal punto era grande aún su vanidad) que el nombre de su padre había sido eliminado. Tras su boda, Postel había hecho repintar su tienda y, como en París, puesto encima de la puerta: FARMACIA. Al subir la cuesta de la Porte-Palet, Lucien, bajo la influencia del aire natal, no sintió ya el peso de sus desgracias y se dijo con placer: «¡Voy a volver a verlos!». Llegó hasta la place du Mûrier sin haberse encontrado con nadie: una suerte que apenas esperaba, ¡él que en otro tiempo se paseaba por su ciudad con aire triunfal! Marion y Kolb, de centinelas ante la puerta, corrieron escalera arriba gritando: «¡Ya está aquí!». Lucien vio de nuevo el viejo taller y el viejo patio, se encontró en la escalera con su hermana y su madre y se abrazaron, olvidando por un momento todas las desgracias en aquel abrazo. En familia se acaba por aceptar la desgracia; se resigna uno a ella y la esperanza hace que se acepte su dureza. Aunque Lucien era la viva imagen de la desesperación, también era la de la poesía: el sol de los caminos reales y los espacios abiertos le había tostado la tez, una profunda melancolía, impresa en sus rasgos, ensombrecía su frente de poeta. Este cambio anunciaba tantos sufrimientos, que ante el aspecto de las huellas dejadas por la miseria en su fisonomía, el único sentimiento posible era la compasión. El soñador que había abandonado el seno de la familia se encontraba a su vuelta con una triste realidad. Ève, en su alegría, sonreía como las santas en pleno martirio. La pena vuelve sublime el rostro de una joven muy bella. En lugar de aquella expresión de absoluta inocencia que Lucien recordaba haber visto en el rostro de su hermana en el momento de su partida para París, encontraba ahora una seriedad demasiado elocuente para no impresionarle dolorosamente. Por eso, tras la primera efusión de sentimientos, tan viva y espontánea, hubo por una y otra parte la misma reacción: todos temían hablar. Sin embargo, Lucien no pudo dejar de buscar con la mirada a quien faltaba en aquella reunión. Esta mirada no pasó inadvertida a Ève, que rompió en llanto, y Lucien también se echó a llorar. En cuanto a madame Chardon, estaba pálida y, en apariencia, impasible. Ève se levantó, bajó para ahorrarle a su hermano una dura reprimenda, y fue a decirle a Marion:

—Hija mía, a Lucien le gustan mucho las fresas, ¿tienes que encontrar unas pocas!

—¡Oh!, ya he pensado que querría agasajar al señorito Lucien. Esté tranquila, tendrá una buena comida y también una buena cena.

—Lucien —dijo madame Chardon a su hijo—, tienes muchos errores que enmendar aquí. Te fuiste para convertirte en el orgullo de tu familia y nos has hundido en la miseria. Has echado casi a perder el medio que tu hermano tenía en sus manos para lograr una riqueza que él deseaba sólo para su nueva familia. Y no sólo has echado a perder esto... —dijo la madre. Hubo una pausa terrible, y el silencio de Lucien expresaba la aceptación de esos reproches maternos—. Búscate un trabajo —continuó

dulcemente madame Chardon—. No te censuro por haber intentado hacer revivir la noble familia en cuyo seno nací, pero, para tales empresas, es menester tener una fortuna y nobles sentimientos, y tú no posees ni lo uno ni lo otro. La confianza que teníamos puesta en ti se ha visto sustituida por la desconfianza. Has destruido la paz de esta familia trabajadora y resignada, que había emprendido un difícil camino... Hay que perdonar los primeros errores. Pero no vuelvas a caer en ellos. Pasamos aquí por momentos difíciles, sé prudente, escucha a tu hermana: la desgracia es un maestro cuyas lecciones, aunque muy duras, a ella le han sido de provecho: se ha vuelto seria, es madre y soporta toda la carga de la casa por abnegación hacia nuestro querido David; en resumen, ella es por tu culpa mi único consuelo...

—Podría ser más severa —dijo Lucien besando a su madre—. Acepto su perdón porque será el único que tendré que recibir en toda mi vida.

Volvió Ève y, ante la expresión humilde de su hermano, comprendió que madame Chardon había ya hablado. Su bondad le hizo asomar una sonrisa a los labios, sonrisa a la que Lucien respondió con una mirada en la que brillaron las lágrimas contenidas. La presencia tiene su propia fascinación, consigue aplacar las disposiciones más hostiles tanto entre los enamorados como en el seno de las familias, por muy fuertes que sean las razones del descontento. ¿Será que el afecto traza en el corazón unos caminos por los que gusta volver a pasar? ¿Es un fenómeno explicable por el magnetismo? ¿O es la razón la que dice que no hay que volver a verse nunca más o perdonarse? Tanto si este efecto es debido a un razonamiento, a una causa física o al alma, cualquiera estará de acuerdo en que las miradas, los gestos y el comportamiento del ser amado despiertan en aquellos que más ha ofendido, disgustado o maltratado, vestigios de ternura. Aunque el espíritu difícilmente olvida y el interés se resienta aún, el corazón, a pesar de todos los pesares, reanuda su servidumbre. Por eso, la pobre hermana, que escuchó hasta la hora de la comida las confidencias de su hermano, cuando dejó hablar a su corazón no consiguió contener las lágrimas y dominar su voz. Al comprender los engranajes de la vida literaria de París, Ève comprendió también por qué Lucien había podido sucumbir en la lucha. La alegría del poeta, mientras acariciaba al hijo de su hermana, sus niñerías, la felicidad de volver a ver su tierra y a los suyos, unido al profundo dolor de saber que David estaba escondido, las frases de melancolía que se le escapaban a Lucien, la emoción que sintió al ver que, en medio de su desgracia, su hermana se había acordado de lo que a él le gustaba, cuando Marion sirvió las fresas; todo ello, incluso la obligación de alojar al hermano pródigo y ocuparse de él, hizo de aquella jornada una fiesta. Fue como si la miseria hubiera concedido una tregua. Fue el propio papá Séchard quien contribuyó a hacer cambiar los sentimientos de las dos mujeres al decir:

—¡Le festejáis como si os hubiera traído un dineral!...

—Pero ¿qué ha hecho mi hermano para que no se le festeje?... —exclamó madame Séchard, que quería disimular a toda costa la ignominia cometida por Lucien.

Sin embargo, una vez pasadas las primeras muestras de afecto, la verdad comenzó a aflorar. Lucien no tardó en darse cuenta de que el afecto que le prodigaba Ève no era el de otro tiempo. David era profundamente respetado, mientras que a Lucien se le quería a pesar de todo y como se quiere a una amante no obstante los desastres que provoca. La estima, base necesaria para nuestros sentimientos, es el tejido recio que les da un no sé qué de seguridad y esa firmeza indefinible que los hace importantes en nuestra vida, y que faltaba entre madame Chardon y su hijo, entre el hermano y la hermana. Lucien se sintió privado de esta plena confianza que habrían tenido en él de no haber faltado al honor. El juicio por escrito que D'Arthez había dado sobre él, y que su hermana había hecho suyo, se traslucía en sus

gestos, miradas y acento. Lucien era compadecido; pero todas las bellas esperanzas que se habían hecho respecto a él, la gloria, el orgullo de la familia, el héroe del hogar doméstico, se habían esfumado para siempre. Las dos mujeres temían tanto su ligereza que no querían revelarles siquiera dónde estaba escondido David. Ève, insensible a los halagos que acompañaban la curiosidad de Lucien, que quería ver a su hermano, no era ya la Ève del Houmeau, para quien una sola mirada de Lucien era en otro tiempo una orden irresistible. Lucien habló de reparar sus yerros, jactándose de poder salvar a David. Ève le replicó:

—No te inmiscuyas en esto, pues nuestros adversarios son muy pérfidos y hábiles.

Lucien sacudió la cabeza como queriendo decir: «He luchado con parisienses...». Y su hermana le replicó con una mirada que significaba: «Pero has sido vencido».

«Ya no me quieren —pensó Lucien—. También para la familia, como para el mundo, hay que triunfar.» A partir del segundo día, tratando de explicarse la poca confianza que su madre y su hermana le demostraban, el poeta se sintió dominado por un pensamiento no ya de odio, pero sí de despecho. Consideró con los ojos de un parisiense aquella austera vida de provincias olvidando que la mediocridad de aquella familia, soportada con paciente y sublime resignación, era obra suya. «Son unas burguesas, no pueden entenderme», se dijo, distanciándose así de su hermana, de su madre y de Séchard, a quien ya no podía engañar acerca de su carácter ni de su porvenir.

Ève y madame Chardon, vueltas precavidas por los reveses y las desgracias que habían sufrido, espiaban los más ocultos pensamientos de Lucien y se sentían mal juzgadas viendo al joven encerrarse en sí mismo. «¡París nos lo ha cambiado totalmente!», se dijeron. Finalmente recogían el fruto del egoísmo que ellas mismas habían alimentado. Era una ligera levadura destinada a fermentar en ambas partes, pero principalmente en Lucien, que se consideraba tan digno de reproche. En cuanto a Ève, era una de esas hermanas capaces de decirle a un hermano culpable: «Perdóname tus errores...». Cuando la unión de las almas ha sido perfecta, como lo fue al comienzo de la vida entre Ève y Lucien, cualquier atentado a este bello ideal del sentimiento resulta mortal. Ahí donde los canallas hacen las paces después de haberse asestado unas puñaladas, a los enamorados les basta con una simple mirada o palabra para romper definitivamente. El corazón guarda el recuerdo de una especie de perfección ideal, lo cual explica el motivo secreto de separaciones que a menudo resultan inexplicables. Se puede vivir con una duda en el corazón cuando el pasado no nos ofrece el cuadro de un afecto puro y sin nubes, pero para dos seres que han estado perfectamente unidos en otro tiempo la vida se vuelve insoportable cuando se ven obligados a medir cada mirada o palabra. Por eso los grandes poetas hacen morir a sus Pablos y Virginias al final de la adolescencia. ¿Os imagináis a Pablo y Virginia peleados?... Digamos en honor a Ève y a Lucien que no eran los intereses, tan profundamente afectados, los que avivaban aquellas heridas: tanto en la hermana intachable como en el poeta culpable todo era sentimiento; por eso el más mínimo malentendido, el más pequeño roce, un nuevo desengaño debido a Lucien podía desunirlos o provocar una de esas disputas que separan y enemistan definitivamente a las familias. En cuestiones de dinero todo se arregla, pero los sentimientos son implacables.

Al día siguiente, Lucien recibió un ejemplar del diario de Angulema y palideció de gusto al verse objeto de uno de los primeros artículos de crónica de aquel respetable periódico, que, semejante a las academias de provincias, como una muchacha bien educada, en palabras de Voltaire, nunca daba que hablar.

Que el Franco Condado se enorgullezca de haber sido la cuna de Victor Hugo, Charles Nodier y

Cuvier; Bretaña, de Chateaubriand y de Lamennais; Normandía, de Casimir Delavigne; Turena, del autor de «Eloa»; hoy, la región de Angulema, donde ya bajo el reinado de Luis XIII el ilustre Guez, más conocido como De Balzac, quiso ser conciudadano nuestro, no tiene ya nada que envidiar ni a esas provincias, ni al Limousin, que vio nacer a Dupuytren, ni a Auvernia, patria de Montlosier, ni a Burdeos, que ha tenido la fortuna de contar entre sus hijos a tantos grandes hombres; también nosotros tenemos un poeta: el autor de los bellos sonetos titulados Las margaritas, une a la gloria del poeta la del prosista, porque suya es también la magnífica novela El arquero de Carlos IX. Algún día nuestros nietos se sentirán orgullosos de tener por paisano a Lucien Chardon, ¡¡¡un rival de Petrarca!!!...

En los periódicos de provincias de la época, los signos de admiración venían a ser como los hurrahs con los que se acogen los speeches de los meetings en Inglaterra.

A pesar de sus brillantes éxitos en París, nuestro joven poeta se ha acordado de que el palacio de Bargeton fue la cuna de sus triunfos, que la aristocracia angulemina fue la primera en aplaudir sus poesías; que la esposa del señor conde Du Châtelet, prefecto de nuestro departamento, alentó sus primeros pasos en el camino de las musas, ¡y ha vuelto entre nosotros!... Todo el Houmeau se conmovió, ayer, cuando nuestro Lucien de Rubempré hizo su aparición. La noticia de su regreso ha despertado en todas partes la más viva sensación. Y seguro que la ciudad de Angulema no se dejará aventajar por el Houmeau en cuanto a los honores que se habla ya de tributar a quien, tanto en la prensa como en la literatura, ha representado tan gloriosamente a nuestra ciudad en París. Lucien, poeta de credo religioso y monárquico, ha desafiado las luchas furibundas entre los partidos y ahora, se dice, ha venido a descansar de las fatigas de una lucha que sería extenuante incluso para unos atletas más fuertes aún que los poetas y los soñadores.

Aplaudamos, por consiguiente, la idea eminentemente política, y de la que parece que ha sido inspiradora la señora condesa Du Châtelet, de devolver a nuestro gran poeta el título y el apellido ilustre de la familia de los Rubempré, cuya única heredera es su madre, madame Chardon. Reverdecen con talento y gloria nuevos las viejas familias a punto de extinguirse es, en la patria del inmortal autor de la Carta, una nueva prueba de su constante deseo, que se resume en estas palabras: «unión y olvido».

Nuestro poeta se ha alojado en casa de su hermana, madame Séchard.

En la página de la crónica de Angulema, podían leerse las siguientes noticias:

Nuestro prefecto, el señor conde Du Châtelet, ya nombrado gentilhombre ordinario de cámara de S. M., acaba de ser promovido a consejero de Estado en servicio extraordinario.

Ayer, todas las autoridades se presentaron en casa del señor prefecto.

La señora condesa Sixte du Châtelet recibirá todos los jueves.

El alcalde del Escarbas, monsieur de Nègrepelisse, representante de la rama menor de los Espard, padre de madame du Châtelet, nombrado recientemente conde, par de Francia y comendador de la Real Orden de San Luis, ha sido, según se rumorea, designado para presidir el gran colegio electoral de Angulema en las próximas elecciones.

—Mira —dijo Lucien a su hermana llevándole el periódico.

Después de haber leído atentamente el artículo, Ève devolvió la hoja a su hermano con aire pensativo.

—¿Qué me dices?... —le preguntó Lucien, asombrado de una prudencia que parecía frialdad.

—Querido —respondió ella—, este periódico pertenece a los Cointet, que son muy dueños de insertar en él los artículos que quieran, y sólo la Prefectura o el Obispado puede forzarles la mano. ¿Supones que tu antiguo rival, hoy prefecto, es tan generoso como para cantar así tus alabanzas? ¿Acaso olvidas que los Cointet nos persiguen detrás del nombre de Métivier y quieren, sin duda alguna, obligar a David a que les deje sacar partido de sus descubrimientos?... De cualquier parte que venga este artículo, a mí me parece inquietante. Aquí tú no despertabas más que odios y envidias, y se te calumniaba en virtud del refrán que reza «Nadie es profeta en su tierra», y he aquí que todo cambia en un abrir y cerrar de ojos...

—No conoces el amor propio de las ciudades provincianas —replicó Lucien—. ¡En una pequeña ciudad del Sur salieron a sus puertas a recibir en triunfo a un joven que había ganado el premio de honor en el Grand Concours, al considerarle como un gran hombre en ciernes!

—Escúchame, querido Lucien, no es mi deseo echarte un sermón, te lo diré todo en una sola frase: desconfía aquí hasta de las cosas más nimias.

—Tienes razón —repuso Lucien, sorprendido de encontrar a su hermana tan poco entusiasta.

El poeta se sentía en el colmo de la gloria al ver transformada en un triunfo su miserable y vergonzante vuelta a Angulema.

—¡Vosotros no creéis en ese poco de gloria que tan caro nos cuesta! —exclamó Lucien al cabo de una hora de silencio, durante la cual se formó una especie de tormenta en su corazón.

Por toda respuesta, Ève le dirigió una mirada a Lucien, mirada que le hizo avergonzarse de su acusación.

Unos instantes antes de la comida, un empleado de la Prefectura trajo una carta dirigida a monsieur Lucien Chardon y que pareció dar la razón a la vanidad del poeta, que la buena sociedad disputaba a la familia.

Esta carta era la siguiente invitación:

El señor conde Sixte du Châtelet y la señora condesa Du Châtelet ruegan a monsieur Lucien Chardon les haga el honor de comer con ellos el próximo 15 de septiembre.

S. R. C.

A la carta iba unida esta tarjeta de visita:

EL CONDE SIXTE DU CHÂTELET

Gentilhombre ordinario de cámara del rey,

Prefecto del Charente,

Consejero de Estado.

—Goza usted de favor —dijo papá Séchard—; y en la ciudad hablan de usted como de un gran personaje... Angulema y el Houmeau se disputan quién será el que más coronas le trencen...

—Mi querida Ève —dijo Lucien al oído de su hermana—, estoy en las mismas que en el Houmeau el día que tuve que ir a casa de madame de Bargeton: no tengo nada que ponerme para ir a la comida del prefecto.

—Entonces, ¿piensas aceptar esa invitación? —exclamó madame Séchard, espantada.

Estalló entre hermano y hermana una discusión sobre la oportunidad de acudir o no a la Prefectura. El buen sentido de la mujer de provincias le decía a Ève que nadie puede mostrarse en público si no es con semblante risueño, un traje impecable y un aspecto irreprochable; pero se callaba lo que de verdad pensaba: «¿Qué sucederá si Lucien va a la comida del prefecto? ¿Qué puede hacer por él la alta sociedad de Angulema? ¿No se estará maquinando algo en su contra?».

Lucien acabó por decir a su hermana antes de ir a acostarse:

—Tú no sabes cuál es mi influencia: la mujer del prefecto teme al periodista; ¡y además la condesa Du Châtelet sigue siendo Louise de Nègrepelisse! Una mujer que acaba de obtener tantos favores puede salvar a David. Le hablaré del descubrimiento que mi hermano acaba de hacer y a ella no le costará nada obtener del Ministerio una subvención de diez mil francos.

A las once de la noche, Lucien, su hermana, su madre, papá Séchard, Marion y Kolb fueron despertados por los acordes de la banda municipal, a la que se había unido la de la guarnición, y se encontraron con la place du Mûrier llena de gente. Se dio una serenata a Lucien Chardon de Rubempré, a cargo de los jóvenes de Angulema. Lucien se asomó a la ventana del cuarto de su hermana y dijo en medio del más profundo silencio, después del último acorde:

—Agradezco a mis paisanos el honor que me dispensan, trataré de ser digno de él; ruego me perdonen si no digo nada más: mi emoción es tan viva que no podría continuar.

—¡Viva el autor de El arquero de Carlos IX!... ¡Viva el autor de Las margaritas! ¡Viva Lucien de Rubempré!

Tras estas tres ovaciones, proferidas por algunas voces, tres coronas y unos ramilletes de flores fueron lanzados diestramente, a través de la ventana, dentro del piso. Diez minutos después, la plaza estaba completamente vacía y el silencio reinaba en ella.

—Habría preferido diez mil francos —dijo papá Séchard, que miró y remiró las coronas y los ramilletes con aire profundamente sarcástico—. Pero usted les ha dado margaritas y ellos le devuelven unos ramilletes: todo queda en flores.

—¡Este es el aprecio en que tiene los honores que me dispensan mis paisanos! —exclamó Lucien, cuya fisonomía ofreció una expresión enteramente desprovista de melancolía y que verdaderamente resplandeció de satisfacción—. Si conociera a los hombres, papá Séchard, sabría que no se encuentran en la vida dos momentos parecidos a éste. ¡Sólo un verdadero entusiasmo puede tributar semejantes triunfos!... Esto, mi querida madre y hermana, consuela de muchas penas.

Lucien abrazó a su madre y a su hermana tal como lo hacemos en esos momentos en que tenemos necesidad del corazón de un amigo para derramar en él la alegría que desborda en oleadas. (A falta de un amigo, decía en cierta ocasión Bixiou, un autor embriagado por su éxito abraza a su portero.)

—Pues bien, querida niña —dijo a su hermana—, ¿por qué lloras ahora? ¡Oh!, es de alegría...

—¡Ah! —dijo Ève cuando estuvo a solas con su madre, antes de volver a la cama—. Creo que dentro de cada poeta se esconde una bella mujer de la peor especie.

—Tienes razón —respondió la madre sacudiendo la cabeza—. Lucien lo ha olvidado ya todo, no sólo sus miserias, sino también las nuestras.

Madre e hija se separaron sin atreverse a decirse todo lo que pensaban.

En los países devorados por ese sentimiento de insubordinación social que se esconde detrás de la palabra «igualdad», cualquier triunfo supone un milagro que requiere precisamente, como ciertos milagros, el concurso de unos expertos tramoyistas. De diez ovaciones que la patria tributa a personas vivas y consideradas, nueve no tienen nada que ver con los méritos del glorioso homenajado. La apoteosis de Voltaire en el escenario del Théâtre-Français, ¿no era acaso el triunfo de la filosofía de su siglo? En Francia sólo se puede triunfar cuando toda la nación es glorificada junto con el triunfador. He aquí por qué los presentimientos de las dos mujeres estaban más que justificados. El éxito del gran hombre de provincias contrastaba demasiado con las incommovibles costumbres de Angulema como para que no hubiese sido puesto en escena por ciertos intereses o por un hábil intrigante, dos fuerzas igualmente pérfidas. Ève, como la mayoría de las mujeres, por otra parte, desconfiaba por naturaleza y sin poder explicarse los motivos de dicha desconfianza. Al dormirse se dijo: «¿Quién puede querer tanto aquí a mi hermano como para haber movilizad a la región?... Las margaritas no se han publicado aún; ¿cómo pueden, entonces, felicitarle por un éxito que todavía no se ha producido?...».

Este triunfo, efectivamente, era obra de Petit-Claud. El día en que el cura de Marsac le había anunciado la vuelta de Lucien, el abogado comía por primera vez en casa de madame de Sénonches, que tenía que recibir oficialmente la petición de mano de su pupila. Fue una de esas comidas de familia cuya solemnidad se revela más por los atavíos que por el número de invitados. Aunque se está en familia, se deja sentir el carácter oficial y las intenciones se traslucen en todos los semblantes. Françoise estaba expuesta como en un escaparate. Madame de Sénonches había enarbolado el pabellón de uno de sus trajes más rebuscados. Monsieur du Hautoy vestía de negro. Monsieur de Sénonches, a quien le había escrito su mujer sobre la llegada de madame du Châtelet, que había de hacer su aparición por primera vez en su casa, y sobre la presentación oficial de un pretendiente para Françoise, había regresado de casa de monsieur de Pimentel. Cointet, vestido con su mejor traje marrón de corte eclesiástico, exhibía un diamante de seis mil francos en su chorrera, la venganza del rico comerciante sobre la aristocracia empobrecida. Petit-Claud, afeitado, peinado y engominado, no había podido desprenderse de su aire seco. Era imposible no comparar a aquel abogado esmirriado, enfundado en su traje, con una víbora congelada; pero la esperanza daba tal vivacidad a sus ojos de urraca, su rostro tenía una expresión tan glacial, estuvo tan envarado, que justo alcanzó la dignidad de un ambicioso pequeño procurador real. Madame de Sénonches había rogado a sus íntimos que no dijeran ni una palabra de la primera entrevista de su pupila con un pretendiente, ni de la aparición de la mujer del prefecto, y por tanto esperaba ver sus salones llenos. Efectivamente, el prefecto y su mujer habían hecho su presentación oficial por carta, reservándose el honor de las visitas personales para otros fines. Por ello, entre la aristocracia de Angulema la curiosidad era tan grande que muchas personas del bando de Chandour se propusieron acudir al palacio Bargeton, porque todos se obstinaban en no llamarlo el palacio de los Sénonches. Las demostraciones del favor de que gozaba la condesa Du Châtelet habían despertado muchas ambiciones; y además se decía que había cambiado tanto a mejor que todos querían juzgar por sus propios ojos. Por el camino, cuando Petit-Claud se enteró por Cointet de la gran noticia de que Zéphirine había obtenido de la mujer del prefecto el honor de poderle presentar al futuro esposo de la querida Françoise, Petit-Claud se jactó de poder sacar partido de la falsa posición en que la vuelta de Lucien ponía a Louise de Nègrepelisse.

Cuando monsieur y madame de Sénonches habían comprado aquella casa asumieron unos compromisos tan gravosos que, como buenos provincianos, no se habían atrevido a hacer el más mínimo cambio en ella. Así, cuando le fue anunciada Louise, Zéphirine, saliendo a su encuentro, le dijo:

—Mi querida Louise, mire, está aún todo como usted lo dejó... —mientras le señalaba la pequeña araña con almendras, las boiserías y el mobiliario que en otro tiempo tanto fascinara a Lucien.

—Querida mía, es en lo último en que quisiera pensar —le respondió amablemente la mujer del prefecto echando un vistazo a su alrededor para examinar a los presentes.

Todos reconocieron que Louise de Nègrelisse no parecía ya la misma. El gran mundo parisiense en el que había pasado dieciocho meses, la primera felicidad de su matrimonio, capaz de transformar a la mujer como París había transformado a la provinciana, esa especie de dignidad que confiere el poder, todo contribuía a transformar a la condesa Du Châtelet en una mujer que se parecía a madame de Bargeton como una muchacha de veinte años se parece a su madre. La condesa lucía una encantadora toca de encaje y flores prendida al descuido con un alfiler de cabeza de diamante. Sus cabellos peinados a la inglesa le favorecían y la rejuvenecían al ocultar los contornos del rostro. Llevaba un vestido de fulard, con la blusa en punta, adornado con deliciosos flecos y cuya hechura, obra de la célebre Victorine, realzaba su talle. Sus hombros, cubiertos con una pañoleta de blonda, apenas si resultaban visibles bajo un chal de gasa, envuelto ingeniosamente en torno a su cuello demasiado largo. Finalmente, jugaba con aquellas graciosas bagatelas cuyo manejo constituye siempre un problema para la mujer de provincias; un bonito perfumador colgaba de su pulsera con una cadenita; tenía en una mano su abanico y su pañuelo enrollado, sin sentirse incómoda. El exquisito gusto en los más mínimos detalles, la pose y las actitudes imitadas de madame d'Espard, revelaban en Louise un sabio estudio del faubourg Saint-Germain. En cuanto al antiguo lechuguino del Imperio, el matrimonio le había madurado como a esos melones que, verdes aún la víspera, se vuelven amarillos en una sola noche. Al encontrar en el rostro de su mujer la lozanía que Sixte había perdido, las bromas de provincias corrían de boca en boca, tanto más cuanto que todas las mujeres estaban rabiosas por la nueva supremacía de la antigua reina de Angulema; y el tenaz intruso tuvo que pagar por su mujer. A excepción de monsieur de Chandour y de su mujer, el difunto Bargeton, monsieur de Pimentel y los Rastignac, se encontraron en el salón más o menos la misma concurrencia que el día en que Lucien hizo su lectura, porque monseñor obispo llegó seguido de sus vicarios. Petit-Claud, impresionado por el espectáculo de la aristocracia angulemina, entre la cual desesperaba encontrarse nunca sólo cuatro meses antes, sintió cómo se aplacaba su odio hacia las clases altas. Encontró encantadora a la condesa Du Châtelet diciéndose: «¡Esta es, pues, la mujer que puede hacerme nombrar fiscal sustituto!».

A mitad de la velada, después de haber charlado el mismo tiempo con cada una de las mujeres, variando siempre el tono de su conversación según la importancia de la persona y la conducta que había seguido a raíz de su fuga con Lucien, Louise se retiró al boudoir con monseñor. Zéphirine tomó entonces el brazo de Petit-Claud, a quien le palpitó el corazón, y le condujo hacia aquel boudoir donde habían comenzado las desgracias de Lucien y donde ahora iban a consumarse.

—Aquí tiene a monsieur Petit-Claud, querida; te lo recomiendo con tanto más interés cuanto que todo lo que por él puedas hacer será, sin duda, en provecho de mi pupila.

—¿Es usted abogado, señor? —preguntó la augusta hija de los Nègrelisse mientras examinaba a Petit-Claud.

—Lamentablemente sí, señora condesa.

Ni una sola vez en toda su vida el hijo del sastre del Houmeau había tenido ocasión de emplear estas dos palabras, así que se llenó la boca con ellas.

—Pero depende de la señora condesa —añadió— hacerme entrar en la magistratura. Según dicen, monsieur Milaud ha sido destinado a Nevers...

—Pero —interrumpió la condesa—, ¿no hay que ser primero segundo fiscal sustituto para llegar a ser primer fiscal sustituto? Me gustaría verle inmediatamente como primer fiscal sustituto... Para ocuparme de usted y conseguirle este favor quiero estar segura de su adhesión a la Legitimidad, a la Religión y, sobre todo, a monsieur de Villèle.

—¡Ah!, señora —dijo Petit-Claud acercándose a su oído—, estoy dispuesto a servir fielmente al rey.

—Es de hombres como usted de los que nosotros tenemos necesidad en este momento —repuso ella echándose hacia atrás para demostrarle que no quería que se le dijera nada al oído—. Si usted sigue siendo del agrado de madame de Sénonches, cuente conmigo —añadió haciendo un gesto regio con su abanico.

—Señora —dijo Petit-Claud mientras Cointet se asomaba a la puerta del boudoir—, Lucien está aquí.

—¿Y bien, señor?... —respondió la condesa en un tono que habría hecho enmudecer a cualquier otro hombre.

—La señora condesa no me ha entendido —continuó Petit-Claud con la más respetuosa fórmula—; quiero darle una prueba de mi adhesión a su persona. ¿Cómo quiere la señora condesa que el gran hombre que ella creó sea recibido en Angulema? No puede haber término medio: ha de ser objeto de desprecio o de gloria.

Louise de Nègrelisse no había pensado en aquel dilema, por el que, evidentemente, estaba interesada, más por el pasado que por el presente. Pero de los sentimientos que albergaba actualmente la condesa por Lucien dependía el triunfo del plan concebido por el abogado para conseguir detener a Séchard.

—Monsieur Petit-Claud —dijo ella adoptando una actitud digna y altiva—, quiere usted formar parte del Gobierno; pues bien, sepa entonces que su principio supremo es no errar nunca, y que las mujeres tienen más aún que el Gobierno el instinto del poder y el sentimiento de su propia dignidad.

—Es precisamente lo que pensaba también yo, señora —respondió vivamente el abogado observando a la condesa con una atención tan profunda como disimulada—. Lucien llega aquí en la más negra miseria. Pero si ha de recibir una ovación, puedo también obligarle, por la misma ovación, a abandonar Angulema, donde su hermana y su cuñado David Séchard sufren una encarnizada persecución judicial...

Louise de Nègrelisse dejó entrever en su altivo rostro una leve expresión producida por la misma represión del placer que sentía. Sorprendida por haber sido comprendida tan bien, miró a Petit-Claud, desplegando su abanico, pues en aquel momento hacía su entrada Françoise de La Haye, lo que le dio tiempo a encontrar una respuesta.

—Señor —le dijo con una sonrisa significativa—, no tardará en ser procurador real.

¿No era decirlo todo sin comprometerse?

—¡Oh, señora! —exclamó Françoise yendo a dar las gracias a la mujer del prefecto—. Le deberé, pues, la felicidad de mi vida. —Y acercándose al oído de su protectora con un gesto de muchacha,

agregó—: Mi vida sería una muerte lenta si tuviese que ser la mujer de un abogado de provincias...

Zéphirine se había abalanzado así sobre Louise empujada por Francis, que no carecía de cierto conocimiento del mundo burocrático.

—En los primeros días de cualquier advenimiento, ya sea el de un prefecto, de una dinastía o de una empresa —dijo el antiguo cónsul general a su amiga—, todo el mundo se muestra muy dispuesto a hacer favores, pero no tardan en darse cuenta de que la protección tiene muchos inconvenientes y pronto se vuelven de hielo. Lo que hoy Louise hará por Petit-Claud, dentro de tres meses no querrá hacerlo ni siquiera por el marido de usted.

—¿Ha pensado la señora condesa —dijo Petit-Claud— en todo lo que se requiere para el triunfo de nuestro poeta? Deberá recibir a Lucien en algún momento durante los diez días que dure nuestro entusiasmo.

La mujer del prefecto hizo un signo con la cabeza para despedir a Petit-Claud y se levantó para ir a hablar con madame de Pimentel, que asomó su cabeza por la puerta del boudoir. Impresionada por la noticia de la promoción del bueno de Nègrelisse a la dignidad de par, la marquesa había juzgado necesario ir a agasajar a una mujer lo bastante hábil como para haber acrecentado su influencia a partir de un medio error.

—Dígame, querida, ¿por qué se ha tomado la molestia de promover a su padre a la Cámara Alta? —preguntó la marquesa en medio de una conversación confidencial en la que doblaba su rodilla ante la superioridad de su querida Louise.

—Querida, se me ha concedido de tanto mejor grado el favor cuanto que mi padre no tiene hijos y votará siempre por la Corona; pero si yo tuviera hijos varones, ya me encargaré de que mi primogénito herede el título, las armas y la dignidad de par de su abuelo...

Madame de Pimentel comprendió con pesar que, para ver cumplido su deseo de elevar a monsieur de Pimentel a la dignidad de par, no podría servirse de una madre cuya ambición se proyectaba en sus hijos futuros.

—Ya tengo en un puño a la mujer del prefecto —iba diciendo Petit-Claud a Cointet mientras salían—, y le prometo su escritura... Dentro de un mes seré primer fiscal sustituto y usted tendrá a Séchard en sus manos. Ahora trate de encontrarme un sucesor para mi bufete, en cinco meses lo he convertido en el primero de Angulema...

—Sólo hacía falta que ensillara —dijo Cointet casi celoso de su labor.

Todo el mundo puede comprender ahora el motivo del triunfo de Lucien en su región. Al igual que aquel rey de Francia que no vengaba al duque de Orleans, Louise no quería acordarse de las ofensas recibidas en París por madame de Bargeton. Quería ser la valedora de Lucien, aplastarlo con su protección y librarse de él honestamente. Puesto al corriente de toda la intriga de París por los comadreo, Petit-Claud había adivinado perfectamente el vivo odio que las mujeres guardan hacia el hombre que ha sido incapaz de amarlas en el momento en que ellas han sentido el deseo de ser amadas.

Al día siguiente de la ovación que justificaba el pasado de Louise de Nègrelisse, Petit-Claud, para acabar de embriagar a Lucien y tenerle en sus manos, se presentó en casa de madame Séchard al frente de seis jóvenes de la ciudad, todos ellos antiguos compañeros de Lucien en el instituto de Angulema. Esta delegación era enviada al autor de Las margaritas y de El arquero del Carlos IX por sus

condiscípulos, para rogarle su asistencia al banquete que querían dar al gran hombre salido de sus filas.

—¡Vaya! ¡Eres tú, Petit-Claud! —exclamó Lucien.

—Tu vuelta aquí —le dijo Petit-Claud— ha estimulado nuestro amor propio, ha despertado nuestro sentido del honor, nos hemos rascado el bolsillo y te preparamos una magnífica comida. Asistirán nuestro director del instituto y nuestros profesores, y tal como van las cosas tendremos sin duda hasta a las autoridades.

—¿Y para qué día es? —preguntó Lucien.

—Para el próximo domingo.

—Imposible —respondió el poeta—; no puedo aceptar hasta dentro de diez días..., pero entonces asistiré con mucho gusto...

—Pues bien, como tú digas —dijo Petit-Claud—; así que para dentro de diez días.

Lucien estuvo encantador con sus antiguos condiscípulos, quienes le dieron muestras de una admiración casi respetuosa. Habló durante casi media hora y estuvo muy brillante, pues se veía sobre un pedestal y quería justificar la opinión de su tierra natal: se metió las manos en los bolsillos del chaleco y habló exactamente igual que un hombre que ve las cosas desde la altura en que le han puesto sus conciudadanos. Se mostró modesto y buen chico, como un genio de trapillo. Fueron las quejas de un atleta cansado de las luchas de París, sobre todo desencantado; felicitó a sus compañeros por no haber abandonado su buena provincia, etcétera. Todos quedaron encantados con él. Luego, hizo un aparte con Petit-Claud y le rogó que le dijera toda la verdad acerca de los negocios de David, reprochándole la situación de secuestro en que se encontraba su cuñado. Lucien quería mostrarse astuto con Petit-Claud. Éste se esforzó ante su antiguo compañero, él, Petit-Claud, por dar la impresión de ser un pobre abogado de provincias, carente de malas artes. La actual constitución de la sociedad, infinitamente más compleja en sus engranajes que las sociedades antiguas, ha tenido como efecto una subdivisión de las facultades en el hombre. En otro tiempo, las personas eminentes, al verse obligadas a ser universales, eran pocas y resplandecían como lumbreras en medio de las naciones antiguas. Más tarde, las facultades comenzaron a especializarse, pero siguieron aún orientadas hacia una cierta unidad. Así, un hombre lleno de «astuta prudencia», como se ha dicho de Luis XI, podía aplicar su astucia a todo; pero hoy día, la facultad misma es la que se ha subdividido. Por ejemplo, hay tantas formas distintas de astucia como diferentes profesiones existen. En una provincia, un astuto diplomático puede verse perfectamente enredado por un mediocre abogado o por un campesino. Hasta el más astuto periodista puede ser tomado por un perfecto ignorante en materia de intereses comerciales, y Lucien no podía dejar de ser y fue un juguete en manos de Petit-Claud. El malicioso abogado había escrito él mismo, naturalmente, el artículo en el que la ciudad de Angulema, comprometida con su barrio del Houmeau, se veía obligada a agasajar a Lucien. Los conciudadanos de Lucien que habían acudido a la place du Mûrier eran los operarios de la imprenta y de la papelería de los Cointet, acompañados por los pasantes de Petit-Claud, por Cachan y por algunos compañeros de colegio. Convertido de nuevo el poeta en el compañero de colegio, el abogado pensaba con razón que su amigo dejaría escapar, en un momento dado, el secreto del escondite de David. Y si David sucumbía por culpa del poeta, Angulema dejaría de ser un lugar para Lucien. Así, para ganarse mejor su confianza, adoptó una actitud de inferior respecto a Lucien.

—¿Cómo no iba a hacer todo lo posible? —dijo Petit-Claud a Lucien—. Se trataba de la hermana de mi compañero; pero, en la Audiencia, existen situaciones en las que no hay nada que hacer. David me

pidió, a primeros de junio, que le garantizara tres meses de tranquilidad; no ha estado en peligro hasta septiembre, y, además, he podido sustraer todos sus haberes a sus acreedores, ya que ganaré el proceso en el Tribunal Real; allí haré que reconozcan que el privilegio de la mujer no admite ninguna excepción, que, en este caso, no encubre ningún fraude... En cuanto a ti, has vuelto en la miseria, pero eres un genio... —Lucien hizo un gesto como si el incienso le llegara demasiado cerca de la nariz—. Sí, querido amigo —continuó Petit-Claud—, he leído El arquero de Carlos IX, y es algo más que una simple obra, es un libro de verdad. ¡El prefacio sólo puede haber sido escrito por dos hombres, Chateaubriand o tú!

Lucien aceptó este elogio sin confesar que el prefacio era de D'Arthez. De cien autores franceses, noventa y nueve habrían reaccionado como él.

—Pues bien, aquí nadie parecía conocerte —continuó Petit-Claud fingiendo indignación—. En cuanto vi la indiferencia general, me puse manos a la obra para revolucionar a toda esa gente. Escribí el artículo que has leído...

—¡Cómo! —exclamó Lucien—. ¿Tú eres el que...?

—¡Yo precisamente!... Angulema y el Houmeau se han convertido en rivales; reuní a algunos jóvenes, tus antiguos discípulos, y organicé la serenata de ayer; luego, una vez llevados por el entusiasmo, hemos comenzado la suscripción para la comida. «¡Si David se esconde, Lucien al menos será coronado!», me dije. Y aún he hecho más, he visto a la condesa Du Châtelet y le he hecho entender que era su deber sacar a David de su situación; puede y debe hacerlo. Si de veras David ha encontrado el secreto del que me habló, el Gobierno no se arruinará sosteniéndole, y ¡vaya gloria para un prefecto parecer que ha contribuido en algo a un descubrimiento tan grande, gracias a la feliz protección que brinda al inventor! Se hablaría de él como de un administrador ilustrado... ¡Tu hermana se ha aterrado por el fuego de nuestra mosquetería judicial!, se ha espantado del humo... La guerra en la Audiencia cuesta tan cara como en los campos de batalla, pero David ha mantenido su posición, y está en posesión de su secreto: ¡no se le puede detener y no se le detendrá!

—Te lo agradezco, amigo mío, y veo que puedo confiarte mi plan, me ayudarás a ponerlo en práctica. —Petit-Claud miró a Lucien dando a su nariz retorcida la forma de un signo de interrogación—. Quiero salvar a Séchard —dijo Lucien con ciertos aires de importancia—, puesto que soy la causa de su desgracia, y quiero repararla... Yo tengo más poder sobre Louise...

—¿Qué Louise?...

—¡La condesa Du Châtelet!... —Petit-Claud esbozó un gesto de sorpresa—. Tengo más poder sobre ella del que ella misma se imagina —continuó Lucien—. Sólo que, querido amigo, si bien tengo poder sobre vuestro Gobierno, no tengo trajes en absoluto...

Petit-Claud hizo otro gesto como para ofrecer su bolsa.

—Gracias —dijo Lucien estrechando la mano de Petit-Claud—. Dentro de diez días iré a hacerle una visita a la mujer del prefecto y te devolveré la tuya.

Y se separaron dándose unos apretones de manos como verdaderos compañeros.

«Debe de ser poeta —se dijo Petit-Claud para sus adentros—, porque está loco.»

«Por más que se diga —pensaba Lucien mientras volvía a casa de su hermana—, no hay nada como los amigos del colegio.»

—Lucien —dijo Ève—, ¿qué te ha prometido Petit-Claud para que le demuestres tanta amistad? ¡Ten cuidado con él!

—¿Con él? —exclamó Lucien—. Escucha, Ève —prosiguió pareciendo obedecer a una reflexión—, tú ya no crees en mí, desconfías de mí y puedes desconfiar de Petit-Claud, pero dentro de doce o quince días cambiarás sin duda de parecer —añadió con unos aires un tanto fatuos...

Lucien subió de nuevo a su habitación y le escribió a Lousteau la siguiente carta.

Querido amigo:

Sólo yo, entre nosotros dos, puedo acordarme del billete de mil francos que te presté; pero por desgracia conozco demasiado bien la situación en que te encontrarás cuando abras mi carta para pretender que me los devuelvas en monedas de oro o de plata; no, te los pido a crédito, del mismo modo que se los pediría uno a Florine en placeres. Tenemos el mismo sastre; por tanto, podrías hacerme confeccionar en el espacio de tiempo más breve posible un traje completo. Sin que me encuentre exactamente in púribus, lo cierto es que no puedo mostrarme en público. Aquí, para mi gran asombro, me esperaban los honores provincianos debidos a las celebridades parisienses. Soy el héroe de un banquete, ni más ni menos que un diputado de izquierdas: ¿comprendes ahora por qué necesito un frac negro? Promete que se pagará, encárgate tú de ello, haz una buena propaganda; en fin, invéntate una escena inédita de don Juan con monsieur Dimanche, porque he de endomingarme al precio que sea. No tengo encima más que unos harapos: ¡imagínate! Estamos en septiembre y hace un tiempo magnífico; ergo, procura que reciba, a finales de esta semana, un elegante traje de mañana: una levita corta de color verde bronce oscuro, tres chalecos, uno de color azufre, el otro de fantasía, de género escocés, y el tercero completamente blanco; además, tres pantalones que conquisten a las mujeres, uno blanco, de tela inglesa, el otro de nanquín y el tercero de un casimir negro ligero; por último, un traje negro de noche y un chaleco negro de raso. Si has encontrado a alguna Florine cualquiera, me encomiendo a ella para que elija dos corbatas de fantasía. Esto no es nada, confío en ti y en tu habilidad: el sastre me preocupa poco. Mi querido amigo, es algo que hemos deplorado muchas veces: la inteligencia de la miseria, que, sin duda, es el veneno más activo que corroe al hombre por excelencia, al parisiense, esa inteligencia cuya actividad sorprendería al mismísimo Satanás, ¡no ha encontrado todavía la manera de poder tener un sombrero al fiado! Cuando hayamos conseguido poner de moda los sombreros que valgan mil francos, entonces podremos tenerlos al fiado, pero mientras tanto tendremos que llevar siempre en nuestros bolsillos dinero bastante para pagarnos un sombrero. ¡Ah!, qué daño nos hace la Comédie-Française con lo de «Lafleur, llenarás mis bolsillos de oro». Sé, pues, perfectamente lo difícil que es conseguir lo que te pido: añade al paquete del sastre unas botas, unos escaarpines, un sombrero y seis pares de guantes. Es pedir la luna, lo sé. Pero ¿qué es la vida literaria sino el intento de sacar partido sistemáticamente de lo imposible?... Sólo te digo una cosa: haz este prodigio con un gran artículo o cualquier pequeña infamia, y te condono y libero de tu deuda. Y es una deuda de honor, querido amigo, que dura ya doce meses y te ruborizarías si fueras capaz de hacerlo. Mi querido Lousteau, bromas aparte, estoy en una situación espantosa. Juzga tú mismo por esta sola frase: la Sepia ha engordado y se ha convertido en la esposa de la Garza, y la Garza es el prefecto de Angulema. Esta terrible pareja puede hacer mucho por mi cuñado, a quien he metido en una situación espantosa; ¡es perseguido, está escondido, a causa de unas letras de cambio!... Se trata de reaparecer ante los ojos de la mujer del prefecto y volver a adquirir sobre ella al precio que sea cierto ascendiente. ¿No es espantoso pensar que la suerte de David Séchard depende de unas bonitas botas, de unas medias de seda gris caladas (no las vayas a olvidar) y de un sombrero nuevo?... Me voy a hacer el enfermo y guardar

camas, como hizo Duvicquet, para verme libre de tener que responder al interés de mis conciudadanos. Éstos, mi querido amigo, me han dado una serenata preciosa. Comienzo a preguntarme cuántos necios hacen falta para componer estas dos palabras: «mis conciudadanos», después de haber sabido que el entusiasmo de la capital de Angulema tenía como animadores a algunos de mis antiguos compañeros de colegio.

Si pudieras incluir en la crónica de sucesos algunas líneas sobre el recibimiento que me ha sido dispensado, elevarías mi estatura en varios tacones de bota. Y, además, haré que la Sepia se dé cuenta de que, si no amigos, al menos tengo cierto crédito en la prensa parisiense. Como no renuncio a ninguna de mis esperanzas, quedaré en deuda contigo por todo esto. Si necesitaras algún bonito artículo de fondo para cualquier sección, tengo todo el tiempo del mundo para pensar en alguno. Sólo me resta decirte una cosa, querido amigo: cuento contigo, como tú puedes contar con quien se declara todo tuyo,

Lucien de R.

P. S.: Envíamelo todo por la diligencia, a la lista de correos.

Esta carta, en la que Lucien retomaba el tono de superioridad que le daba la conciencia de su éxito, le hizo acordarse de París. Engolfado desde hacía seis días en la calma chicha de la provincia, rememoró las gratas miserias pasadas y sintió una vaga nostalgia, estuvo durante una semana preocupado por la condesa Du Châtelet y concedió tanta importancia a su reaparición que, cuando bajó al caer la noche al Houmeau a buscar en la oficina de la diligencia los paquetes que esperaba de París, sentía toda la angustia de la incertidumbre lo mismo que una mujer que ha puesto sus últimas esperanzas en un vestido y desespera de tenerlo.

«¡Ah, Lousteau, te perdono tus traiciones!», se dijo al ver por la forma de los paquetes que el envío debía de contener todo cuanto había pedido.

En la sombrerera encontró la carta siguiente:

En el salón de Florine

Mi querido muchacho:

El sastre se ha portado muy bien, pero como te hacía presentir tu profunda mirada retrospectiva, las corbatas, el sombrero, las medias de seda han creado un trastorno en nuestros corazones, porque en nuestra bolsa no había nada que trastornar. Comentábamos con Blondet que se podría amasar una fortuna abriendo un establecimiento en el que los jóvenes pudieran encontrar todo aquello que cuesta poco. Pues acabamos por pagar muy caro lo que no podemos pagar en absoluto. Ya el gran Napoleón, detenido en su camino hacia las Indias por falta de un par de botas, lo dijo: «¡Los asuntos fáciles son interminables!». Así pues, todo marchaba bien, salvo el calzado... ¡Te veía vestido, pero sin sombrero! Con chaleco pero sin zapatos, y pensaba mandarte un par de mocasines que un americano le regaló a Florine como cosa curiosa. Florine nos dio un total de cuarenta francos para que nos los jugáramos por ti. Nathan, Blondet y yo nos hemos sentido tan afortunados no jugando ya por nuestra cuenta, que hemos ganado bastante como para invitar a la Torpille, ex rat de Des Lupeaulx, a cenar. Frascati nos lo debía con creces. Florine se ha encargado de las compras; además ha adjuntado tres camisas preciosas. Nathan te regala un bastón. Blondet, que ganó trescientos francos, una cadena de oro. La bailarina añade un reloj de oro, grande como una moneda de cuarenta francos, que un imbécil le dio y que no funciona. «Eso es pacotilla, ¡como lo es lo que él recibió a cambio!», nos ha dicho ella. Bixiou, que vino a vernos al Rocher de Cancale, ha querido incluir un frasco de agua de Portugal dentro del envío

que te hace París. Nuestro primer autor cómico ha dicho: «Si esto puede hacerle feliz, que lo sea...», con ese acento de barítono y esa suficiencia burguesa que tan bien imita. Todo esto, mi querido muchacho, te demuestra cuánto se quiere a los amigos caídos en desgracia. Florine, a quien tuve la debilidad de perdonar, te ruega que nos envíes un artículo sobre la última obra de Nathan. ¡Adiós, hijo mío! Sólo me resta compadecerte por haber vuelto al perdido rincón de donde acababas de salir cuando encontraste a un viejo amigo en tu colega

Étienne L.

«¡Pobres chicos, han jugado por mí!», se dijo conmovido.

De los países malsanos o de aquéllos en los que más se ha sufrido, llegan bocanadas que se parecen a los olores del paraíso. Para quien lleva una vida apacible, el recuerdo de los sufrimientos es como un placer indefinible. Ève se quedó estupefacta cuando vio bajar a su hermano con su ropa nueva; no le reconocía.

—Ahora sí puedo irme a pasear por Beaulieu —exclamó—. Ya no dirán de mí: ¡ha vuelto cubierto de harapos! Mira, aquí tienes un reloj que te regalaré porque es mío; y, además, me parece que no funciona.

—¡Qué niño eres!... —dijo Ève—. Es imposible guardarte rencor.

—¿No creerás, mi querida niña, que he pedido todo esto con la estúpida idea de brillar ante los ojos de Angulema, que tan poco me importa? —dijo azotando el aire con su bastón de puño de oro labrado—. Quiero reparar el mal que he hecho, y por eso me he puesto el uniforme de combate.

El éxito de Lucien como elegante fue el único verdadero triunfo que obtuvo, pero fue inmenso. La envidia desata tanto las lenguas como las hiela la admiración. Las mujeres enloquecieron por él, los hombres le denigraron y él pudo exclamar como el chansonnier: «¡Oh, traje mío, cuánto te doy las gracias!». Fue a dejar dos tarjetas de visita en la Prefectura e hizo igualmente una visita a Petit-Claud, a quien no encontró. Al día siguiente, fecha señalada para el banquete, los periódicos de París traían, en la crónica de Angulema, las siguientes líneas:

ANGULEMA. La vuelta de un joven poeta, cuyos comienzos fueron tan brillantes, del autor de El arquero de Carlos IX, la única novela histórica escrita en Francia sin imitar el estilo de Walter Scott, y cuyo prólogo constituye un verdadero acontecimiento literario, ha sido recibida con un entusiasmo halagador tanto para la ciudad como para monsieur Lucien de Rubempré. La ciudad se ha apresurado a ofrecerle un banquete patriótico. El nuevo prefecto, que acaba de asumir sus funciones, se ha sumado a la manifestación pública, festejando al autor de Las margaritas, cuyo talento tanto alentó en sus comienzos la señora condesa Du Châtelet.

En Francia, cuando algo cobra impulso, nadie puede ya pararlo. El coronel del regimiento de la guarnición ofreció su banda de música. El maître del hotel de la Cloche, cuyas expediciones de pavos trufados llegan incluso a la China, adonde se mandan en las más magníficas porcelanas, el famoso hotelero del Houmeau, encargado de la comida, había engalanado su gran comedor con paños sobre los que unas coronas de laurel, combinadas con ramilletes de flores, hacían un efecto magnífico. A las cinco, cuarenta personas se habían reunido allí, todas en traje de etiqueta. Una muchedumbre de ciento y pico de personas, atraídas sobre todo por la presencia de los músicos en el patio, representaba a la ciudadanía.

—Toda Angulema está aquí —dijo Petit-Claud asomándose a la ventana.

—No entiendo nada —decía Postel a su mujer, que había salido para escuchar a la banda—. ¡Cómo! ¡El prefecto, el recaudador general, el coronel, el director del polvorín, nuestro diputado, el alcalde, el director del instituto, el director de la fundición de Ruelle, el presidente, el procurador real, monsieur Milaud, todas las autoridades acaban de llegar!...

Cuando se sentaron a la mesa, la banda militar atacó unas variaciones sobre el motivo de «¡Viva el rey, viva Francia!», que no ha conseguido hacerse popular. Eran las cinco de la tarde. A las ocho, un postre de sesenta y cinco platos, digno de nota por un Olimpo de azúcar rematado por una Francia de chocolate, dio la señal para los brindis.

—Señores —dijo el prefecto levantándose—, ¡por el rey!... ¡Por la Legitimidad! ¿Acaso no debemos a la paz que nos han traído los Borbones la generación de poetas y de pensadores que mantienen en las manos de Francia el cetro de la literatura?...

—¡Viva el rey! —gritaron los comensales, entre los que predominaban los funcionarios estatales.

El venerable director del instituto se levantó.

—Por el joven poeta —dijo—, por el héroe del día, que ha sabido aunar la gracia y la poesía de Petrarca, en un género que Boileau declaraba tan difícil, al talento del prosista.

—¡Bravo, bravo!

El coronel se puso en pie.

—Señores, ¡por el monárquico!, ya que el héroe de esta fiesta ha tenido el valor de defender los buenos principios.

—¡Bravo! —exclamó el prefecto, quien desencadenó una salva de aplausos.

Petit-Claud se levantó.

—Compañeros de Lucien, a la gloria del instituto de Angulema, y a nuestro venerable director, que nos es tan querido y a quien debemos todos nuestros éxitos...

El viejo director del instituto, que no se esperaba este brindis, se enjugó los ojos. Cuando se levantó Lucien, se hizo el silencio más profundo y el poeta palideció. En aquel momento, el viejo director del instituto, que se encontraba a su izquierda, le puso en la cabeza una corona de laurel. Hubo aplausos. Lucien sintió asomar las lágrimas a sus ojos y le tembló la voz.

—Está ebrio —dijo a Petit-Claud el futuro procurador real de Nevers.

—No es el vino lo que le ha embriagado —repuso el abogado.

—Mis queridos paisanos, mis queridos compañeros —comenzó diciendo al fin Lucien—, quisiera que toda Francia fuera testigo de esta escena. Así es como se educa a los hombres y se logran en nuestro país las grandes obras y acciones. Pero, al ver lo poco que yo he hecho y el gran honor que me tributáis, no puedo dejar de sentirme confuso y remitirme al porvenir para que él se encargue de justificar la acogida que hoy me dispensáis. El recuerdo de estos momentos me dará fuerzas para nuevas luchas. Permitidme que os pida un brindis por quien fue mi primera musa y protectora, y beber a la salud de mi ciudad natal; brindemos por tanto a la salud de la bella condesa Sixte du Châtelet y por la noble ciudad de Angulema.

—No ha salido mal del paso —dijo el procurador real, que meneó la cabeza en señal de aprobación—, ya que nuestros brindis estaban preparados y el suyo ha sido improvisado.

A las diez, los invitados se fueron en grupos, y David Séchard, al oír aquella música extraordinaria, le dijo a Basine:

—¿Qué sucede en el Houmeau?

—Dan un homenaje en honor a su cuñado Lucien... —respondió ella.

—¡Estoy seguro —contestó él— de que debe de haber sentido mucho el no haberme visto allí!

A medianoche, Petit-Claud acompañó a Lucien hasta la place du Mûrier. Allí, Lucien le dijo al abogado:

—Amigo mío, nuestra amistad será hasta la muerte.

—Mañana —dijo el abogado— se firma mi contrato de matrimonio en casa de madame de Sénonches con mademoiselle Françoise de La Haye, su pupila; hazme el favor de venir; madame de Sénonches me ha rogado que te invite, y allí verás a la mujer del prefecto, que se sentirá muy halagada por tu brindis del que, sin duda, le hablarán.

—¡Es justo lo que quería!

—¡Oh! Tú salvarás a David.

—Estoy seguro de ello —respondió el poeta.

En aquel momento, apareció David como por ensalmo. He aquí por qué. Se encontraba en una situación bastante difícil: su mujer le prohibía absolutamente que recibiera a Lucien y que le hiciera saber el lugar de su escondite, mientras que, por su parte, Lucien le escribía las cartas más afectuosas, en las que le decía que en pocos días habría reparado el mal causado. Y mademoiselle Clerget había entregado a David las dos cartas siguientes, diciéndole el motivo de la fiesta cuya música llegaba a sus oídos.

Querido mío:

Haz como si Lucien no estuviera aquí; no te preocupes por nada, y métete bien esto en la cabeza: nuestra seguridad depende totalmente de que tus enemigos no sepan dónde te encuentras. Mi desgracia radica en que tengo más confianza en Kolb, Marion y Basine que en mi hermano. ¡Ay!, mi pobre Lucien ya no es el cándido y tierno poeta que conocimos. Precisamente es porque quiere mezclarse en tus asuntos y tiene la presunción de poder pagar nuestras deudas (¡por orgullo, David mío!), por lo que le temo. Ha recibido de París buena ropa y una bonita bolsa con cinco monedas de oro. Las ha puesto a mi disposición y vivimos de este dinero. Al fin tenemos un enemigo menos: tu padre nos ha dejado y debemos su marcha a Petit-Claud, quien ha descubierto las intenciones de papá Séchard e inmediatamente las ha desbaratado diciéndole que tú ya no harías nada sin contar con él; que él, Petit-Claud, no te dejaría ceder nada de tu descubrimiento sin previa compensación de treinta mil francos; primero quince mil, para liquidar tus deudas, y quince mil que cobrarías en cualquier caso, tanto si tienes éxito como si fracasas. Petit-Claud sigue siendo un misterio para mí. Te mando un abrazo como una mujer abraza a su marido en la desventura. Nuestro pequeño Lucien está bien. ¡Qué espectáculo ver a esta flor que toma color y crece en medio de nuestras tempestades domésticas! Mi madre, como siempre, reza a Dios y te manda un abrazo tan cariñoso como el que te manda

Petit-Claud y los Cointet, espantados por la astucia campesina del viejo Séchard, se habían liberado de él tanto más fácilmente cuanto que la vendimia le reclamaba en sus viñas de Marsac.

La carta de Lucien, adjuntada a la de Ève, estaba concebida en los siguientes términos:

Mi querido David:

Todo va bien. Estoy armado hasta los dientes. Comienzo hoy mi campaña, y en dos días habré hecho mucho camino. ¡Qué feliz me hará el abrazarte cuando estés libre y exonerado de mis deudas! Pero me siento herido en el alma y para toda la vida por la desconfianza que me siguen demostrando mi madre y mi hermana. ¿Acaso no sé ya que te escondes en casa de Basine? Siempre que Basine viene a casa tengo noticias tuyas y respuesta a mis cartas. Además, es evidente que mi hermana no podía contar más que con su vieja amiga del taller. Hoy me sentiré muy cerca de ti y profundamente contrariado porque no puedas asistir al homenaje que me dedican. El amor propio de Angulema me ha valido un pequeño triunfo, que dentro de unos días será totalmente olvidado, pero en el que tu alegría habría sido la única sincera. En fin, unos días más y se lo perdonarás todo a aquél para quien, más que todas las glorias del mundo, cuenta el ser tu hermano,

Lucien

David se sintió dividido entre aquellas dos fuerzas contrarias, aunque desiguales, ya que adoraba a su mujer y había disminuido un poco la estima que sentía por Lucien. Pero en la soledad, la fuerza de los sentimientos cambia por completo. El hombre solitario, dominado por unas preocupaciones como las que atormentaban a David, cede ante pensamientos contra los que encontraría puntos de apoyo en medio de la vida normal. Por eso, al leer la carta de Lucien en medio de las fanfarrias de aquel inesperado triunfo, se sintió profundamente conmovido al ver expresado en ella un pesar con el que ya contaba. Las almas tiernas son incapaces de resistirse a esos pequeños efectos del sentimiento que creen tan poderosos en los demás como en sí mismos. ¿Acaso no es la gota que colma la copa ya llena?... Por eso, hacia medianoche, ninguna de las súplicas de Basine pudieron impedir que David se lanzara a la calle para ir a ver a Lucien.

—Nadie —le dijo él— se pasea a esta hora por las calles de Angulema, no van a verme y no pueden detenerme por la noche, y, caso de que me encontrara con alguien, siempre puedo recurrir de nuevo a la treta ideada por Kolb para volver a mi escondite. Además, hace demasiado tiempo que no he abrazado a mi mujer y a mi hijo.

Basine cedió ante todas esas razones bastante plausibles, y dejó salir a David, que gritó «Lucien» en el momento en que éste y Petit-Claud se despedían. Y los dos hermanos se arrojaron el uno en brazos del otro, llorando. No hay muchos momentos parecidos en la vida. Lucien sentía todo el afecto de una de esas amistades a toda prueba, en las que no cabe el interés de ningún tipo y que nos reprochamos haber traicionado. David sentía la necesidad de perdonar. Este generoso y noble inventor quería, sobre todo, echarle un sermón a Lucien y disipar las nubes que empañaban el afecto de hermano y hermana. Ante estas consideraciones de carácter sentimental, todos los peligros originados por la falta de dinero desaparecieron.

Petit-Claud le dijo a su cliente:

—¡Ve a casa, aprovecha al menos tu imprudencia para abrazar a tu mujer y a tu hijo, y que no te

vean!

«¡Qué pena! —se dijo Petit-Claud, que se quedó solo en la place du Mûrier—. Si tuviese aquí a Cérizet...»

Justo en el momento en que el abogado hablaba entre sí a lo largo de la empalizada que rodea la plaza en el lugar donde hoy se levanta orgullosamente el Palacio de Justicia, oyó golpear detrás de él en una de las tablas, como cuando alguien llama a la puerta con los nudillos.

—Estoy aquí —dijo Cérizet susurrando a través de la rendija de dos tablas mal ajustadas—. He visto que David salía del Houmeau. Empezaba a sospechar el lugar de su escondite, y ahora estoy ya seguro de él, sé dónde pillarle; pero para tenderle una trampa he de conocer los planes de Lucien, y ahora veo que los ha hecho usted entrar en casa. Quédese al menos aquí con cualquier excusa. Cuando David y Lucien salgan, tráigalos cerca de mí: se creerán solos y así podré oír lo que se digan antes de despedirse.

—¡Eres un verdadero demonio! —dijo en voz baja Petit-Claud.

—¡Por supuesto! —exclamó Cérizet—. ¿Qué no haría yo por conseguir todo lo que me han prometido?

Petit-Claud se alejó de la empalizada y se puso a pasear por la place du Mûrier, mirando hacia las ventanas de la habitación donde estaba reunida la familia, y para cobrar valor pensó en su porvenir, porque la astucia de Cérizet le permitía asestar el último golpe. Petit-Claud era uno de esos hombres profundamente retorcidos y de una doblez traicionera, que, después de haber observado las mudanzas del corazón humano y la estrategia de los intereses, no se dejan deslumbrar nunca por los atractivos del presente ni caen en el señuelo de la lealtad por nadie. Por eso había contado poco al principio con Cointet. En caso de que el arreglo de su matrimonio no hubiera dado fruto, sin poder acusar a Cointet el largo de traición, tenía preparado un plan de venganza; pero tras el éxito obtenido en el palacio Bargeton, Petit-Claud jugaba limpio. Su doble juego se había revelado inútil y resultaba peligroso para la posición política a la que aspiraba. He aquí las bases sobre las cuales deseaba asentar su importancia futura. Gannerac y algunos grandes comerciantes comenzaban a formar en el Houmeau un comité liberal que mantenía contactos por cuestiones comerciales con los líderes de la oposición. La formación del Gobierno Villèle, aceptado por un Luis XVIII ya moribundo, era la señal de un cambio de actitud en la oposición, que, desde la muerte de Napoleón, renunciaba al peligroso recurso de las conspiraciones. El partido liberal organizaba en lo profundo de las provincias su sistema de resistencia legal: quería ganarse a la mayor parte de los electores para conseguir sus fines convenciendo a las masas. Liberal furibundo e hijo del Houmeau, Petit-Claud fue el promotor, el alma y el consejero secreto de la oposición de la ciudad baja, oprimida por la aristocracia de la ciudad alta. Fue el primero en poner de manifiesto el peligro que existía en dejar que los Cointet dispusieran para sí solos de la prensa en el departamento del Charente, donde la oposición tenía que contar con un órgano, a fin de no quedar atrás con respecto a las otras ciudades.

—Que cada uno de nosotros dé un billete de quinientos francos a Gannerac, y así tendrá unos cuantos miles de francos para comprar la imprenta Séchard, de la que entonces seremos los dueños al tener atrapado como tenemos al propietario con un préstamo —dijo Petit-Claud.

El abogado hizo adoptar esta idea con la intención de reforzar su doble posición frente a Cointet y Séchard, y naturalmente pensó en un bribón de la calaña de Cérizet para hacer de él el hombre de confianza del partido.

—Si consigues descubrir el paradero de tu antiguo patrón y ponerlo en mis manos —dijo al antiguo regente de Séchard—, te prestarán veinte mil francos para que puedas comprar su imprenta, y probablemente estarás al frente de un periódico. Así que adelante.

Petit-Claud, que confiaba más en la destreza de un hombre como Cérizet que en la de todos los Doublon del mundo, había prometido en consecuencia a Cointet el largo la detención de Séchard. Pero desde que Petit-Claud acariciaba la esperanza de entrar en la magistratura, previó la necesidad de dar la espalda a los liberales; y había inflamado a tal punto los espíritus en el Houmeau, que los fondos necesarios para la adquisición de la imprenta habían sido reunidos. Petit-Claud, entonces, decidió dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

«¡Bah! —se dijo—. Cérizet acabará cometiendo algún delito de prensa y lo aprovecharé para demostrar mi talento...»

Se dirigió hacia la puerta de la imprenta y le dijo a Kolb, que hacía de centinela:

—Sube y avisa a David de que aproveche el momento para irse, y tomad muchas precauciones; yo me voy, es ya la una...

Cuando Kolb abandonó su puesto de centinela en la puerta, le sustituyó Marion. Lucien y David bajaron, Kolb les precedió unos cien pasos y Marion caminó a cien pasos detrás de ellos. Cuando los dos hermanos pasaron cerca de la empalizada, Lucien hablaba animadamente con David.

—Amigo mío —le decía—, mi plan es muy simple; pero ¿cómo hablar de él delante de Ève, que no comprendería nunca el modo de proceder? Estoy seguro de que Louise guarda en el fondo de su corazón un deseo que sabré despertar, y yo la necesito sólo para vengarme de ese imbécil de prefecto. Si nos amásemos, aunque sólo fuese una semana, le haría pedir al Ministerio un fondo de ayuda de veinte mil francos para ti. Mañana volveré a ver a esa mujer en el pequeño boudoir donde dieron comienzo nuestros amores y donde, según Petit-Claud, nada ha cambiado: haré allí mi comedia. Así que, pasado mañana por la mañana, te haré llegar por medio de Basine unas líneas para hacerte saber si he sido silbado... ¿Quién sabe?, tal vez ya estés libre... ¿Comprendes ahora para qué quería ropas de París? No es con unos harapos con los que se puede interpretar el papel de galán joven.

A las seis de la mañana, Cérizet fue a ver a Petit-Claud.

—Mañana a mediodía, Doublon puede preparar su golpe; apresará a nuestro hombre, respondo de ello —le dijo el parisiense—. Tengo amistad con una de las operarias de mademoiselle Clerget, ¿comprende?...

Tras haber escuchado el plan de Cérizet, Petit-Claud corrió a casa de los Cointet.

—Apáñeselas para que esta tarde monsieur du Hautoy se decida a dar a Françoise la nuda propiedad de sus bienes, y dentro de dos días firmarán una escritura con Séchard. No me casaré hasta ocho días después de su firma; así respetaremos exactamente los términos de nuestros pequeños acuerdos: do ut des. Pero estemos atentos a lo que suceda esta noche en casa de madame de Sénonches entre Lucien y la señora condesa Du Châtelet, pues todo depende de ello... Si Lucien espera triunfar, gracias a la mujer del prefecto, yo tengo a David.

—Yo creo que será usted un día Guardasellos —dijo Cointet.

—¿Y por qué no? Monsieur de Peyronnet bien que lo es —respondió Petit-Claud, que no había cambiado aún por completo su piel de liberal.

La posición incierta de mademoiselle de La Haye hizo que estuvieran presentes la mayoría de los nobles de Angulema en la firma de su contrato. La pobreza de aquella futura pareja, que se casaba sin canastilla de boda, avivaba el interés que la sociedad gusta de testimoniar, porque con la beneficencia ocurre como con los triunfos: nos gusta una caridad que satisface el amor propio. Por tanto, la marquesa de Pimentel, la condesa Du Châtelet, monsieur de Sénonches y dos o tres amigos de la casa hicieron a Françoise algunos regalos que eran la comidilla de la ciudad. Estas bonitas bagatelas, unidas al ajuar preparado desde hacía un año por Zéphirine, a las joyas del padrino y a los regalos de costumbre del novio, consolaron a Françoise y despertaron la curiosidad de algunas madres, que llevaron a sus hijas. Petit-Claud y Cointet habían notado ya que los nobles de Angulema les toleraban tanto al uno como al otro, en su Olimpo, como un mal necesario: el uno era el administrador de la fortuna, el tutor subrogado de Françoise; el otro era indispensable para la firma del contrato, como el ahorcado en una ejecución; pero a la mañana siguiente de su boda, si bien madame Petit-Claud seguiría teniendo derecho a acudir a casa de su madrina, el marido difícilmente se vería admitido en ella por lo que se prometía imponerse por completo a aquella orgullosa sociedad. Avergonzado por sus oscuros padres, el abogado hizo quedarse a su madre en Mansle, adonde se había retirado, rogándole que se hiciera la enferma y diera su consentimiento por escrito. Aunque muy humillado por no verse acompañado por su familia, sin protectores ni testigos por su parte, Petit-Claud se sentía muy feliz de poder presentar en el hombre célebre a un amigo aceptable, y a quien la condesa estaba deseosa de ver. Pasó, pues, a recoger a Lucien en coche. Para esta velada memorable, el poeta se había vestido con tal esmero que iba a asegurarle sin duda una superioridad sobre todos los hombres. Madame de Sénonches, además, había anunciado al héroe del día, y la entrevista de los dos amantes peleados era una de esas escenas que son especialmente sabrosas para la provincia. Lucien había pasado a la condición de lion: se decía de él que estaba tan guapo, tan cambiado, tan maravilloso, que todas las mujeres de la Angulema noble se morían de ganas de volver a verle. Siguiendo la moda de aquel tiempo, a la que debemos el paso del antiguo calzón de baile a los plebeyos pantalones de hoy, se había puesto unos pantalones negros ajustados. Para desgracia de los delgados y las personas mal hechas, los hombres llevaban aún trajes ajustados que destacaban sus formas, pero las de Lucien eran apolíneas. Las medias de seda gris caladas, los escaupines, el chaleco de raso negro, la corbata, todo le sentaba de maravilla, le iba, por así decir, como un guante. Su rubia y abundante cabellera rizada realzaba su blanca frente, en torno a la cual los bucles estaban peinados con rebuscada gracia. Sus ojos relucían llenos de orgullo. Sus pequeñas manos femeninas, bellamente enguantadas, no habían de dejarse ver desnudas. Imitó la compostura de De Marsay, el famoso elegante parisiense, llevando en una mano su bastón y su sombrero, que no abandonó, y sirviéndose de la otra para una gesticulación mesurada con la que acompañaba sus palabras. Lucien habría querido entrar en el salón sin llamar la atención, como esos célebres personajes que por falsa modestia se inclinarían al pasar por la Porte-Saint-Denis. Pero Petit-Claud, que no tenía otros amigos, se aprovechó de él. A mitad de la velada acompañó a Lucien casi pomposamente hasta donde estaba madame de Sénonches. A su paso, el poeta oyó murmullos que antes le habrían hecho perder la cabeza y que ahora le dejaron indiferente: estaba seguro de valer, por sí solo, tanto como todo el Olimpo de Angulema.

—Señora —dijo a madame de Sénonches—, he felicitado ya a mi amigo Petit-Claud, que tiene madera de Guardasellos, por la fortuna de entrar a formar parte de su familia, por muy débiles que puedan ser los lazos entre una madrina y su ahijada. —Y estas últimas palabras fueron dichas en un tono sardónico que no escapó a ninguna de las damas que escuchaban sin aparentarlo—. Pero en cuanto a mí, no puedo dejar de bendecir una circunstancia que me permite presentarle mis respetos.

Esto fue dicho sin embarazo y con una actitud de gran señor de visita en casa de personas de bajo

rango. Lucien escuchó la respuesta embrollada de Zéphirine mientras miraba en torno al salón para ir preparando el efecto siguiente. De este modo pudo saludar afablemente, y dando a su sonrisa un matiz distinto, a Francis du Hautoy y al prefecto, quienes respondieron a su saludo; finalmente, se acercó a madame du Châtelet, fingiendo percatarse de su presencia en aquel momento. A tal punto era aquel encuentro el acontecimiento de la noche, que a partir de entonces nadie pensó ya en el contrato de matrimonio en el que personas destacadas iban a estampar su firma, acompañadas hasta la alcoba por el notario o por Françoise. Lucien dio unos pasos hacia Louise de Nègrepelisse; y con esa gracia parisiense que para ella era ya nada más que un recuerdo desde su llegada, le dijo en voz lo bastante alta:

—¿Es a usted, señora, a quien debo la invitación que me procura el placer de cenar pasado mañana en la Prefectura?...

—No la debe, señor, sino a su gloria —replicó secamente Louise un tanto chocada por el tono agresivo de la frase que Lucien se había preparado para herir el orgullo de su antigua protectora.

—¡Ah!, señora condesa —respondió Lucien con aire a la vez astuto y fatuo—, será imposible que el hombre que no goza ya de su favor pueda aceptar la invitación.

Y sin esperar respuesta, se dio media vuelta al distinguir al obispo, a quien saludó muy noblemente.

—Su Ilustrísima fue casi un profeta —dijo en un tono de voz encantador—, y trataré de que lo sea por completo. Me considero muy dichoso por haber podido venir aquí esta noche, pues tengo así ocasión de poder presentarle mis respetos.

Lucien entabló con monseñor una conversación que duró diez minutos. Todas las mujeres miraban a Lucien como a un fenómeno. Su inesperada impertinencia había dejado a madame du Châtelet sin habla ni respuesta. Viendo que Lucien era objeto de la admiración de todas las mujeres, y captando mientras pasaba de un grupo a otro los comentarios que se bisbiseaban al oído sobre las frases intercambiadas mediante las cuales Lucien la había casi aplastado al aparentar despreciarla, sintió su corazón encogido por su amor propio herido.

«Si mañana no viniera, después de lo que me ha dicho, ¡qué escándalo! —pensó—. ¿De dónde saca este orgullo? ¿Se habrá encaprichado de él mademoiselle des Touches?... ¡Es tan guapo! ¡Dicen que en París ella corrió a su casa a la mañana siguiente de la muerte de la actriz!... Tal vez ha venido a salvar a su cuñado y acabó en la trasera de nuestra calesa en Mansle por un accidente del viaje. Esa mañana nos miró a Sixte y a mí de arriba abajo.»

Rondaban su mente mil pensamientos, y, por desgracia para Louise, se abandonó a ellos mientras observaba a Lucien, que hablaba con el obispo como si fuera el rey del salón: no saludaba a nadie, y esperaba a que se acercasen a él, mirando a su alrededor con una variedad de expresiones y una desenvoltura digna de De Marsay, su modelo. No se separó del prelado ni tan siquiera para ir a saludar a monsieur de Sénonches, que se había parado a escasa distancia.

Al cabo de diez minutos, Louise no pudo más. Se levantó, se acercó al obispo y le dijo:

—¿Qué le están diciendo, monseñor, para hacerle sonreír tanto?

Lucien retrocedió unos pasos para dejar discretamente a madame du Châtelet con el prelado.

—¡Ah!, señora condesa, ¡este muchacho tiene mucho ingenio!... Me estaba explicando que le debe a usted todos sus éxitos...

—Yo, señora, no soy ingrato... —dijo Lucien lanzando una mirada de reproche que encantó a la condesa.

—Expliquémonos —dijo ella con un gesto del abanico para hacer acercarse a Lucien—. Venga aquí con monseñor... Su Ilustrísima será nuestro juez. —Y señaló el boudoir, donde hizo entrar también al obispo.

—Qué bonito oficio le hace hacer a monseñor... —dijo una mujer del bando Chandour lo bastante alto como para que la oyeran.

—¡Nuestro juez!... —dijo Lucien mirando alternativamente al prelado y a la mujer del prefecto—. ¿Hay acaso un culpable?

Louise de Nègrepelisse tomó asiento en el canapé de su antiguo boudoir. Después de haber hecho sentarse a Lucien a un lado y a monseñor al otro, comenzó a hablar. Lucien dispensó a su antigua amiga el honor, la sorpresa y la cortesía de no escuchar. Adoptó la actitud y los gestos de la Pasta en Tancredi cuando se dispone a decir: «¡Oh, patria!...». Viéndolo se habría dicho que estaba cantando la famosa cavatina «del Rizzo». Finalmente, el alumno de Coralie consiguió también que le asomaran unas lágrimas a los ojos.

—¡Ah, Louise, cómo te amaba! —le dijo al oído sin preocuparse del prelado ni de la conversación, en el momento en que se dio cuenta de que la condesa había notado sus lágrimas.

—Séquese los ojos o me perderá otra vez —dijo ella volviéndose hacia él en un aparte que chocó al prelado.

—Es suficiente con una —repuso vivamente Lucien—. Esta frase de la prima de madame d'Espard secaría todas las lágrimas de una Magdalena. ¡Dios mío!... Por un momento he recuperado los recuerdos, las ilusiones de mis veinte años, y usted me los...

Monseñor regresó bruscamente al salón, comprendiendo que su dignidad podía verse comprometida por aquellos dos antiguos amantes. Todos fingieron dejar solos a la mujer del prefecto y a Lucien en el boudoir. Pero un cuarto de hora después, Sixte, disgustado por los comentarios, las risitas y los paseos por delante de la puerta del boudoir, se acercó con aire más que preocupado, y se encontró a Lucien y a Louise en animado coloquio.

—Señora —dijo Sixte al oído de su mujer—, usted que conoce mejor que yo Angulema, ¿no debería recordar que es la mujer del prefecto y que representa al Gobierno?

—Querido —dijo mirando a su títere con un aire altivo que le hizo temblar—, estoy hablando con monsieur de Rubempré de cosas importantes que le afectan a usted. Se trata de salvar a un inventor a punto de ser víctima de los manejos más ruines, y usted nos va a ayudar a ello... En cuanto a lo que esas señoras puedan pensar de mí, ahora verá lo que voy a hacer para helar el veneno en sus lenguas.

Louise salió del boudoir, del brazo de Lucien, y lo llevó a firmar el contrato haciendo alarde de la audacia de una gran señora.

—¿Firmamos juntos?... —dijo ella alargando la pluma a Lucien.

Lucien se hizo indicar por Louise dónde había firmado, para que sus firmas figuraran la una al lado de la otra.

—Monsieur de Sénonches, ¿ha reconocido a monsieur de Rubempré? —dijo la condesa forzando al

impertinente cazador a saludar al poeta.

Luego llevó de nuevo a Lucien al salón y le hizo sentarse entre ella y Zéphirine en el temible canapé que estaba en el centro. Acto seguido, como una reina en su trono, comenzó, primero en voz baja, una conversación más bien mordaz, a la que se unieron algunos de sus viejos amigos y muchas mujeres que le hacían la corte. Muy pronto Lucien, convertido en el héroe del círculo, fue instado por la condesa a hablar de la vida parisiense, cuya sátira fue improvisada con una inspiración increíble y trufada de anécdotas sobre personas célebres, verdadera golosina de la conversación de la que tan ávidos son los provincianos. Todos admiraron su ingenio como antes habían admirado al hombre. La señora condesa Sixte parecía tan complacida por el éxito de Lucien, hacía tan bien el papel de mujer encantada con su criatura, le respondía tan a tono, invitaba a los demás a darle su aprobación con miradas tan comprometedoras, que varias mujeres comenzaron a ver en la coincidencia de la vuelta de Louise y Lucien un profundo amor víctima de algún doble malentendido. Quizá detrás del desafortunado matrimonio con Du Châtelet había un desquite, y ahora aquélla era la reacción.

—Pues bien, hasta pasado mañana —dijo Louise en voz baja a Lucien a la una de la noche y antes de levantarse—, y hágame el favor de ser puntual...

La mujer del prefecto se despidió de Lucien con un leve cabeceo un tanto demasiado amistoso; y se fue a decir unas palabras al conde Sixte, que estaba buscando su sombrero.

—Si lo que madame du Châtelet me acaba de decir es verdad, mi querido Lucien, cuente conmigo —dijo el prefecto siguiendo a su mujer, que se iba sin él, como en París—. A partir de esta noche su cuñado puede considerarse persona fuera de peligro.

—El señor conde me lo debe —repuso Lucien sonriendo.

—Bueno, estamos fritos... —dijo Cointet al oído de Petit-Claud, testigo de esta despedida.

Petit-Claud, deslumbrado por el éxito de Lucien, estupefacto por su ingenio brillante y por su gracia fascinadora, miraba a Françoise de La Haye, cuya fisonomía, llena de admiración por Lucien, parecía decirle a su prometido: «Sea como su amigo».

Un relámpago de alegría iluminó el rostro de Petit-Claud.

—La cena del prefecto no es hasta pasado mañana, tenemos aún un día por delante —dijo—; respondo de todo.

—Bueno, amigo mío —dijo Lucien a Petit-Claud a las dos de la mañana, mientras regresaban a pie—; llegué, vi y vencí. Dentro de unas horas Séchard será completamente feliz.

«Esto es todo cuanto quería yo saber. No te creía más que poeta y eres también un Lauzun; esto es como ser doblemente poeta», pensó Petit-Claud dándole un apretón de manos que había de ser el último.

—Mi querida Ève —dijo Lucien despertando a su hermana—; ¡una buena noticia! ¡Dentro de un mes David no tendrá más deudas!...

—¿Y cómo es eso?

—Pues bien, madame du Châtelet escondía bajo sus faldas a mi antigua Louise; ¡me quiere más que nunca y le hará hacer a su marido un informe para el Ministerio del Interior favorable a nuestro descubrimiento!... Por eso, sólo nos queda un mes que sufrir, el tiempo de vengarme del prefecto y

hacerle el más dichoso de los esposos. —Ève creyó seguir soñando al oír hablar a su hermano—. Cuando he visto de nuevo el boudoir gris donde temblaba como un niño dos años atrás, mirando aquellos muebles, los cuadros y las figuras, ¡ha sido como si me cayera una venda de los ojos! ¡Cómo le cambia a uno París la forma de pensar!

—¿Es una suerte?... —preguntó Ève que por fin comprendía lo que decía su hermano.

—Vamos, ahora duerme; volveremos a hablar mañana después de la comida —le respondió Lucien.

El plan de Cérizet era muy simple. Aunque se trataba de una de las acostumbradas tretas utilizadas por los alguaciles en provincias para detener a los deudores y que no tienen ninguna garantía de éxito, debía tenerlo, porque se basaba tanto en el conocimiento de los caracteres de Lucien y David como de sus esperanzas. Entre las jóvenes trabajadoras con las que se hacía el don Juan y a las que tenía dominadas, enfrentando a unas contra otras, el regente de los Cointet, por el momento en misión especial, había puesto los ojos en una de las planchadoras de Basine Clerget, una muchacha casi tan guapa como madame Séchard, llamada Henriette Signol, hija de unos humildes viñadores que vivían en su propiedad a dos leguas de Angulema, en el camino de Saintes. Los Signol, como toda la gente de campo, no eran lo bastante ricos como para mantener a su única hija con ellos y la habían destinado a entrar en el servicio doméstico, es decir, a que fuera doncella. En provincias, una doncella tiene que saber lavar y planchar la ropa blanca fina. Era tal la reputación de madame Prieur, a quien sucedía Basine, que los Signol colocaron allí a su hija como aprendiz, pagando una pensión por el alojamiento y la manutención. Madame Prieur pertenecía a esa raza de viejas amas que, en provincias, creen sustituir a los padres. Vivía con sus aprendizas como en familia, las llevaba a la iglesia y las vigilaba concienzudamente. Henriette Signol, una guapa morena bien plantada, de mirar descarado, espeso pelo largo, era blanca como lo son las hijas del Sur, con la blancura de una magnolia. Por eso, Henriette fue una de las primeras modistillas a las que Cérizet echó el ojo; pero como ella pertenecía a una familia de honrados labradores, no cedió más que cuando se sintió vencida por los celos, el mal ejemplo y esta seductora promesa: «¡Me casaré contigo!», que le había hecho Cérizet una vez convertido en regente en casa de los Cointet. Al enterarse de que los Signol poseían unos diez o doce mil francos en viñedos y una pequeña casa bastante confortable, el parisiense se apresuró a poner a Henriette ante la imposibilidad de ser la mujer de algún otro. Los amores de la bella Henriette y del pequeño Cérizet estaban en aquel punto cuando Petit-Claud le habló de hacerle propietario de la imprenta Séchard, enseñándole una especie de comandita de veinte mil francos que había de servir de cebo. Este porvenir deslumbró al regente y se le subió a la cabeza, mademoiselle Signol le pareció un obstáculo para sus ambiciones y se desentendió de la pobre muchacha. Desesperada, Henriette se apegó tanto más al pequeño regente cuanto que éste parecía querer dejarla. Al descubrir que David se ocultaba en casa de mademoiselle Clerget, el parisiense cambió de idea respecto a Henriette, pero no así de conducta, porque se proponía servirse para sus propios fines de la especie de locura que trastorna a una muchacha cuando, para esconder su deshonra, tiene que casarse con su seductor. Durante la mañana del día en que Lucien había de reconquistar a su Louise, Cérizet confió a Henriette el secreto de Basine, diciéndole que su futuro y su matrimonio dependían del descubrimiento del lugar donde se escondía David. Una vez informada, a Henriette no le costó comprender que el impresor sólo se podía esconder en el gabinete de mademoiselle Clerget, y no creyó haber hecho nada malo dedicándose a ese espionaje; pero Cérizet la había comprometido ya de este modo en su traición.

Dormía aún Lucien cuando Cérizet, que vino a informarse del resultado de la velada, estaba escuchando en el bufete de Petit-Claud el relato de los acontecimientos que sacudirían Angulema.

—¿Le ha escrito alguna carta Lucien desde su vuelta? —preguntó el parisiense después de haber inclinado la cabeza en señal de satisfacción cuando el abogado hubo terminado.

—Ésta es la única que tengo —dijo Petit-Claud alargándole una nota en la que Lucien había trazado unas líneas en el papel de carta que utilizaba su hermano.

—Bien —dijo Cérizet—, que diez minutos antes de la puesta del sol, Doublon se aposte en la Porte-Palet con sus gendarmes escondidos y disponga a su gente. Tendrá a su hombre.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó Petit-Claud observando a Cérizet.

—Confío en el azar —dijo el ex pilluelo de París—, pero es un gran bribón y no le gusta la gente honrada.

—Hay que tener éxito —repuso el abogado en tono seco.

—Lo tendré —dijo Cérizet—. Es usted quien me ha arrastrado a este lodazal; y podría darme algunos billetes de banco para limpiarme... Pero, señor —añadió el parisiense al sorprender en el rostro del abogado una expresión que no le gustó—, si me ha enredado y dentro de ocho días no me compra la imprenta... Bien, dejará usted una joven viuda —dijo en voz baja el pilluelo de París lanzando una mirada mortífera.

—Si a las seis detenemos a David, estate a las nueve en casa de monsieur Gannerac y lo pondremos todo por escrito —respondió perentoriamente el abogado.

—De acuerdo, ¡será servido, patrón! —dijo Cérizet.

Cérizet conocía ya el procedimiento de lavar el papel, que amenaza hoy seriamente los intereses del fisco. Lavó las cuatro líneas escritas por Lucien y las reemplazó por las siguientes, imitando la letra con una perfección que dejaba poco margen a la esperanza en cuanto al porvenir social del regente.

Mi querido David:

Puedes venir sin temor a casa del prefecto; tu asunto está resuelto; y puedes ir ya a esta hora, yo me adelantaré a tu encuentro para explicarte cómo debes comportarte con el prefecto.

Tu hermano,

Lucien

A mediodía, Lucien le escribió a David para contarle el éxito de la velada y asegurarle la protección del prefecto, quien, según dijo, ese mismo día mandaría un informe al ministro sobre el descubrimiento que le había entusiasmado. En el momento en que Marion llevó esa carta a mademoiselle Basine, con la excusa de llevarle las camisas de Lucien para lavar, Cérizet, avisado por Petit-Claud de la posibilidad de aquella carta, se llevó a mademoiselle Signol de paseo por las orillas del Charente. Hubo sin duda una lucha en la que la honestidad de Henriette presentó larga resistencia, porque el paseo duró dos horas. No sólo estaba en juego el interés de un niño, sino también todo un porvenir de felicidad y de fortuna; y lo que Cérizet le pedía era una nimiedad, de la que, por lo demás, se guardó mucho de revelarle las consecuencias. Henriette estaba espantada por el precio exorbitante de aquellas nimiedades. Sin embargo, Cérizet la convenció para que se prestara a su estratagema. A las cinco, Henriette salió y volvió a entrar, diciendo a mademoiselle Clerget que a madame Séchard le urgía verla. Luego, un cuarto de hora después de que Basine hubiera salido, subiría, llamaría a la puerta del gabinete y entregaría a David la falsa carta de Lucien. Para el resto, Cérizet confiaba en el azar.

Por primera vez en más de un año, Ève sintió que se aflojaba la férrea mordaza con que la oprimía la necesidad. Por fin tuvo esperanzas. ¡También ella quiso disfrutar de su hermano, mostrarse del brazo del hombre festejado en su tierra natal, adorado por las mujeres, amado por la orgullosa condesa Du Châtelet! Se arregló y se propuso pasearse del brazo de su hermano por Baulieu. A aquella hora, en el mes de septiembre, toda Angulema se da cita allí para tomar el fresco.

—¡Oh!, es la guapa madame Séchard —exclamaron algunas voces al ver a Ève.

—Nunca lo hubiera creído de ella —dijo una mujer.

—El marido se esconde y la mujer se muestra en público —manifestó madame Postel lo bastante alto como para que la pobre mujer lo oyera.

—¡Oh!, volvamos a casa —dijo Ève a su hermano—, he hecho mal en salir.

Minutos antes de la puesta del sol, desde la cuesta que baja al Houmeau se oyó el ruido que produce una aglomeración de gente. Llenos de curiosidad, Lucien y su hermana se dirigieron hacia allí, pues habían oído a algunas personas que venían del Houmeau hablar entre sí como si se hubiera cometido algún crimen.

—Probablemente se trata de algún ladrón al que acaban de coger... Está pálido como un muerto —dijo un paseante al hermano y a la hermana, al verles correr hacia el gentío que iba en aumento.

Ni Lucien ni su hermana tenían el menor presentimiento. Miraron a la treintena de personas, entre chiquillos, viejas, obreros de vuelta del trabajo que precedían a los gendarmes, cuyos sombreros galonados relucían en medio del grupo principal. Este grupo, seguido de una muchedumbre de unas cien personas, caminaba como una nube cargada de tormenta.

—¡Ah! —dijo Ève—. ¡Pero si es mi marido!

—¡David! —gritó Lucien.

—¡Es su mujer! —dijo la multitud apartándose.

—¿Quién te ha hecho salir? —preguntó Lucien.

—Tu carta —respondió David, pálido y deshecho.

—Lo presentía —dijo Ève, que sufrió un desvanecimiento.

Lucien levantó a su hermana, a la que dos personas ayudaron a trasladar hasta su casa, donde Marion la metió en la cama. Kolb salió a buscar un médico. Cuando llegó el doctor, Ève no había recobrado aún el conocimiento. Lucien se vio entonces obligado a confesarle a su madre que él era la causa de la detención de David, porque no podía explicarse la confusión a que había dado pie la falsa carta. Lucien, fulminado por la maldición que leyó en la mirada de su madre, subió a su cuarto y se encerró dentro.

Al leer la siguiente carta, escrita en medio de la noche e interrumpida en varias ocasiones, cualquiera podrá comprender por las frases como escritas a borbotones toda la agitación que sentía Lucien.

Mi querida hermana:

Nos hemos visto todos hace un momento por última vez. Mi decisión es irrevocable. Te explicaré el porqué: hay en muchas familias un ser fatal que es, para dicha familia, como una plaga. Para vosotros,

ese ser soy yo. Esta observación no es mía, sino de un hombre que ha conocido mucho mundo. Estábamos cenando una noche con un grupo de amigos en el Rocher de Cancale. Entre las mil ocurrencias que se intercambian en tales momentos, este diplomático nos dijo que una chica, a la que a todos nos extrañaba ver aún soltera, «estaba enferma de su padre». Y entonces nos expuso su teoría sobre las enfermedades de familia. Nos explicó que, sin una determinada madre, una casa habría prosperado, que un hijo había arruinado a su padre, cómo un padre había arruinado el porvenir y la reputación de sus hijos. Aunque lo decía medio entre risas, esta tesis social, apoyada en diez minutos por muchos ejemplos, me impresionó. Esta verdad bien valía por todas las paradojas insensatas, pero expuestas ingeniosamente, con que los periodistas se divierten entre ellos cuando no tienen a quien tomar el pelo. Pues bien, yo soy el ser fatal de nuestra familia. Aunque con el corazón lleno de amor, actúo como el peor de los enemigos. He respondido a todos vuestros sacrificios causándoos daño. Y aunque involuntario, el último golpe es el más cruel de todos. Mientras en París llevaba una vida sin dignidad, llena de placeres y de miserias, confundiendo la camaradería con la amistad, y abandonando a los verdaderos amigos por personas que querían y habían de explotarme, olvidándoos y no acordándome de vosotros más que para causaros daño, vosotros seguíais la humilde senda del trabajo, buscando con esfuerzo pero con pie firme esa fortuna que yo trataba tan locamente de coger al vuelo. Mientras vosotros os volvíais mejores, yo introducía en mi vida un elemento funesto. Sí, tengo unas ambiciones desmedidas que me impiden aceptar una vida humilde. Tengo gustos e inclinaciones cuyo recuerdo envenena el placer que está a mi alcance y que en otro tiempo me habría satisfecho. ¡Oh, mi querida Ève!, me juzgo más severamente de lo que podría hacer cualquiera, pues me condeno sin apelación y sin la menor compasión para conmigo mismo. La lucha en París exige una gran constancia, pero mi voluntad y mi inteligencia son intermitentes. Me asusta tanto el futuro que no quiero saber nada de él, y el presente me es insoportable. He querido volver a veros, pero habría sido mejor permanecer desterrado para siempre. Pero el destierro sin medios de subsistencia sería la enésima locura y no voy a añadir ésta a todas las demás. Prefiero la muerte a una vida incompleta; y, cualquier cosa que hiciese, mi gran vanidad me haría cometer alguna tontería. Determinados seres son como ceros a la izquierda, necesitan que les preceda una cifra para que su nada adquiera un valor diez veces mayor. Yo, para adquirir algún valor, he de casarme con una voluntad tenaz e implacable. Madame de Bargeton habría sido la mujer ideal para mí, pero equivoqué mi vida al no dejar a Coralie por ella. David y tú podríais ser excelentes guías para mí, pero no sois lo bastante fuertes como para domeñar mi debilidad que de algún modo se sustrae a la dominación. Me gusta la vida fácil, sin problemas; y, para librarme de una contrariedad, soy de una cobardía que puede llevarme muy lejos. Nací príncipe. Poseo más rapidez mental de la que hace falta para triunfar, pero me dura sólo un momento, y el precio que ha de pagar un ambicioso que quiere hacer carrera es no hacer uso de ella más de lo necesario, si quiere que le quede suficiente al final del día. Haría daño, como acabo de hacerlo yo aquí, con la mejor intención del mundo. Hay hombres fuertes como robles, y yo no lo soy, quizá sólo puedo ser un elegante arbusto y tengo la pretensión de ser un cedro. He aquí el balance de mi vida. Este desacuerdo entre los medios y los deseos, esta falta de equilibrio anulará para siempre mis esfuerzos. Tipos así abundan entre los escritores debido a la continua desproporción entre la inteligencia y el carácter, entre la voluntad y el deseo. ¿Cuál sería mi destino? Puedo preverlo si pienso en algunas viejas glorias parisienses que he visto caer en el olvido. En el umbral de la vejez seré un viejo prematuro, sin fortuna ni consideración. Todo mi ser actual rechaza una vejez semejante: no quiero convertirme en un despojo social. Querida hermana, adorada tanto por tus últimos rigores como por tus primeras ternuras, si hemos pagado caro el placer que sentí al volver a veros tanto a ti como a David, ¡tal vez más adelante penséis que ningún precio era demasiado alto para las últimas alegrías de un pobre ser que os amaba!... No tratéis de saber

más sobre mí ni mi destino: al menos mi inteligencia me habrá servido para ejecutar mi voluntad. La resignación, ángel mío, es un suicidio diario; yo sólo tengo resignación para un día, así que la aprovecharé hoy...

Las 2

Sí, lo he decidido. Adiós, pues, para siempre, mi querida Ève. Me consuela un poco pensar que viviré sólo en vuestros corazones. Esa será mi tumba..., no quiero otra. ¡Adiós una vez más!... Es el último de tu hermano

Lucien

Después de haber escrito esta carta, Lucien bajó sin hacer ruido, la dejó sobre la cuna de su sobrino, le dio un último beso húmedo de lágrimas en la frente a su hermana dormida y salió. Era el amanecer, apagó la vela y, después de haber contemplado aquella vieja casa por última vez, abrió suavemente la puerta del pasillo, pero a pesar de sus precauciones despertó a Kolb, que dormía sobre un colchón en el suelo del taller.

—¿Guién va?... —exclamó.

—Soy yo —repuso Lucien—. Me voy, Kolb.

—Habría hego mejor no finiendo nunga —se dijo Kolb a sí mismo, pero lo suficientemente alto como para que lo oyera Lucien.

—Mejor habría sido que no hubiera nacido nunca —repuso Lucien—. Adiós, Kolb, no te guardo rencor por algo que también pienso yo. Dile a David que mi último pensamiento será lamentar no haberle podido dar un abrazo.

Cuando el alsaciano se hubo levantado y vestido, Lucien había cerrado ya la puerta de casa y bajaba hacia el Charente por el paseo de Beaulieu, pero como si se dirigiera a una fiesta, pues había hecho un sudario de su ropa parisiense y de su elegante conjunto de dandy. Sorprendido por el tono y las últimas palabras de Lucien, Kolb quiso saber si su ama estaba al tanto de la marcha de su hermano y si se había despedido de ella; pero cuando vio la casa sumida en un profundo silencio, pensó que sin duda aquella marcha debía de ser conocida y volvió a acostarse.

Teniendo en cuenta lo serio del asunto, existen muy pocas obras sobre el suicidio, que ha sido escasamente estudiado. Tal vez esta enfermedad sea imposible de observar. El suicidio es el efecto de un sentimiento al que llamaremos, si os parece, la «estima de sí», para no confundirlo con la palabra honor. El día que el hombre se desprecia, o que se ve despreciado, cuando la realidad de la vida está en desacuerdo con sus esperanzas, se da muerte y rinde homenaje así a la sociedad ante la cual no quiere aparecer desprovisto de sus virtudes o de su esplendor. Se diga lo que se diga, entre los ateos (hay que exceptuar al cristiano del suicidio) sólo los cobardes aceptan una vida deshonrosa. Hay tres tipos de suicidio: en primer lugar está el suicidio que no es más que el último ataque de una larga enfermedad y que, sin duda, entra dentro de la patología; luego está el suicidio por desesperación, y, finalmente, el suicidio por razonamiento. Lucien quería quitarse la vida por desesperación y por razonamiento, los dos suicidios sobre los cuales se puede cambiar de idea, porque el patológico es el único irrevocable, aunque a menudo se unen las tres causas, como en el caso de Jean-Jacques Rousseau. Una vez tomada su decisión, Lucien examinó los medios para ponerla en práctica, y el poeta quiso tener un final digno de un poeta. Primero había pensado simplemente en ir a arrojarse al Charente; pero, al bajar las cuestras

de Beaulieu por última vez, le parecía oír ya el ruido que armaría su suicidio, veía el terrible espectáculo de su cuerpo flotando sobre las aguas, deformado, siendo objeto de una investigación judicial, y como algunos suicidas tuvo un ataque de amor propio póstumo. Durante el día pasado en el molino de Courtois había paseado por la orilla del río y se había fijado en que, no lejos del molino, había una de esas balsas de agua circulares, como las que suelen encontrarse en las pequeñas corrientes de agua cuya tranquila superficie delata una gran profundidad. El agua no es ya ni verde, ni azul, ni clara, ni amarilla; es como un espejo de acero pulimentado. En las márgenes de esta laguna no crecían ni gladiolos ni flores azules, ni se veían tampoco las anchas hojas del nenúfar, la hierba de la orilla era corta y tupida, los sauces llorones que la rodeaban hacían un efecto muy pintoresco. Era fácil adivinar una poza. Quien tuviera el valor de llenarse los bolsillos de piedras encontraría allí una muerte segura y no sería encontrado jamás.

«He aquí —se había dicho el poeta mientras contemplaba aquel delicioso paisaje— un lugar que invita a ahogarse.»

Este recuerdo acudió a su mente en el momento en que llegaba al Houmeau. Echó a andar, pues, hacia Marsac, presa de sus últimos y fúnebres pensamientos, y con el firme propósito de ocultar así el secreto de su muerte, de no ser objeto de una investigación, ni ser enterrado y visto en el horrendo estado en que se encuentra a los ahogados cuando vuelven a salir a flor de agua. No tardó en llegar a pie hasta una de esas cuestas que se encuentran tan frecuentemente en los caminos de Francia, y sobre todo entre Angulema y Poitiers. La diligencia de Burdeos a París avanzaba con rapidez y sin duda los viajeros iban a bajar para subir aquella empinada cuesta a pie. Lucien, que no quería que le vieran, tomó por un sendero encajonado y se puso a coger flores en una viña. Cuando regresó de nuevo al camino real, llevaba en la mano un gran ramo de telefios, una flor amarilla que crece entre las piedras de los viñedos, y fue a topar con un viajero vestido enteramente de negro, de cabellos empolvados y calzado con unos zapatos de piel de Orleáns con hebillas de plata, de tez morena y llena de cicatrices, como si se hubiera caído de niño al fuego. Aquel viajero, de aspecto inequívocamente eclesiástico, caminaba a paso lento y fumaba un cigarro. Al oír a Lucien que saltaba de la viña al camino, el desconocido se volvió y pareció sorprendido por la belleza profundamente melancólica del poeta, de su ramo simbólico y de su elegante atuendo. Aquel viajero parecía un cazador que se encuentra con una presa larga e inútilmente esperada. Dejó que Lucien arribase, como se dice en lenguaje mariner, y demoró el paso fingiendo mirar abajo de la cuesta. Lucien, que hizo lo propio, divisó allí una pequeña calesa con dos caballos enganchados y un postillón a pie.

—Ha dejado escapar la diligencia, señor; perderá su plaza, a menos que quiera subir a mi calesa para alcanzarla, pues la silla de posta va más rápida que el transporte público —dijo el viajero a Lucien pronunciando estas palabras con un acento español muy marcado y poniendo en su ofrecimiento una exquisita cortesía.

Sin esperar la respuesta de Lucien, el español sacó de su bolsillo una pitillera y se la presentó abierta al poeta para que cogiera un cigarro.

—No soy un viajero —respondió Lucien—, y estoy demasiado cerca del final de mi viaje para darme el gusto de fumar...

—Es usted muy severo consigo mismo —prosiguió el español—. Aunque soy canónigo honorario de la catedral de Toledo, me permito de vez en cuando un buen cigarro. Dios nos ha dado el tabaco para aplacar nuestras pasiones y nuestros dolores... Parece usted aquejado de tristeza, o al menos lleva el

símbolo en la mano, como el triste dios del himeneo. Tome..., todas esas penas desaparecerán con el humo del cigarro.

Y el sacerdote acercó de nuevo su pitillera de mimbre con actitud insinuante y dirigiendo a Lucien una mirada caritativa.

—Perdón, padre —replicó secamente Lucien—, no hay cigarros que puedan disipar mis penas...

Y al decir esto, los ojos de Lucien se inundaron de lágrimas.

—¡Oh!, jovenzuelo, entonces, ¿es la Providencia Divina la que me ha despertado las ganas de estirar un poco las piernas para disipar así el sueño que les entra por la mañana a todos los viajeros, a fin de que, consolándole, pueda cumplir mi misión en este mundo?... ¿Y qué grandes penas puede tener a su edad?

—Padre, sus palabras de consuelo serían vanas; es usted español y yo francés; cree usted en los mandamientos de la Iglesia, mientras que yo soy ateo...

—¡Santa Virgen del Pilar!... ¡Es ateo! —exclamó el sacerdote cogiendo del brazo a Lucien con solicitud casi maternal—. Esta es una de las cosas curiosas que me prometí observar en París. En España no creemos en los ateos... Sólo en Francia pueden tenerse opiniones semejantes a los diecinueve años.

—¡Oh! Yo soy totalmente ateo; no creo en Dios, ni en la sociedad, ni en la felicidad. Míreme, pues, bien, padre, porque dentro de unas horas dejaré de existir... ¡Este es mi último sol!... —dijo Lucien con cierto énfasis señalando al cielo.

—Pero ¿qué ha hecho para morir? ¿Quién le ha condenado a muerte?

—Un tribunal supremo, ¡yo mismo!

—¡Pero hijo! —exclamó el sacerdote—. ¿Ha matado usted a alguien?, ¿le espera el cadalso? Razonemos un poco. Si quiere usted retornar, según dice, al seno de la nada, todo en este mundo le es indiferente. —Lucien inclinó la cabeza en señal de asentimiento—. Pues bien, puede contarme sus penas... ¿Se trata acaso de penas de amor?... —Lucien hizo un elocuente encogimiento de hombros—. ¿Quiere quitarse la vida para evitar la deshonra o porque no espera ya nada de la vida? Pues bien, entonces no existe ninguna diferencia entre matarse en Poitiers o en Angulema, en Tours o en Poitiers. Las arenas movedizas del Loira no devuelven su presa...

—No, padre —replicó Lucien—, ya lo tengo decidido. Hará unos veinte días vi la ensenada más encantadora para que un hombre, asqueado de este mundo, pueda recalar en el otro...

—¿Otro mundo? Entonces, usted no es ateo.

—¡Oh! Lo que yo entiendo por el otro mundo es mi transformación en animal o en planta...

—¿Tiene alguna enfermedad incurable?

—Sí, padre...

—Bueno, ¡pues entonces ya está! —dijo el sacerdote—. ¿Cuál es?

—La pobreza.

El sacerdote miró a Lucien sonriendo, y le dijo con gracia infinita y una sonrisa casi irónica:

—El diamante ignora su valor.

—¡Sólo un sacerdote puede adular a un hombre pobre que va a morir! —gritó Lucien.

—Usted no morirá —repuso el español en tono autoritario.

—Había oído decir —prosiguió Lucien— que en los caminos reales se desvalijaba a la gente, pero nunca me dijeron que se les pudiera también enriquecer.

—Se lo explicaré —dijo el sacerdote tras haber examinado si la distancia a la que se encontraba el coche les permitía dar aún algunos pasos a solas—. Escúcheme —dijo mascando su cigarro—, su pobreza no puede ser una razón para morir. Yo necesito un secretario. El mío acaba de morir en Barcelona. Me encuentro en la misma situación en que estaba el barón de Goërtz, el famoso ministro de Carlos XII, quien llegó sin secretario a una pequeña ciudad camino de Suecia, como yo voy a París. El barón tropezó con el hijo de un platero, notable por su apostura, que, sin embargo, no iguala a la de usted... El barón de Goërtz le encuentra inteligente como yo encuentro que tiene usted una frente de poeta; le hace montar a su coche, como yo le voy a hacer montar al mío, y de este muchacho, condenado a bruñir cubiertos y a fabricar joyas en una pequeña ciudad de provincias como Angulema, hace de él su favorito, como usted será el mío. Llegado a Estocolmo, el barón instala a su secretario y le cubre de trabajo. El joven secretario se pasa las noches escribiendo y, como todos los grandes trabajadores, adquiere una costumbre, se pone a mascar papel. El difunto monsieur de Malesherbes solía hacer desaires, y uno de ellos se lo hizo a no sé qué personaje cuyo proceso dependía de un informe suyo. Nuestro joven y apuesto amigo empieza con papel blanco, pero se acostumbra a él y se pasa al papel escrito, que encuentra más sabroso. Entonces no se fumaba como hoy. Hasta que finalmente el secretario, de sabor en sabor, llega a masticar pergaminos y a comérselos. Por aquel entonces Rusia y Suecia estaban negociando un tratado de paz que el Parlamento exigía a Carlos XII, como en mil ochocientos catorce se quería forzar a Napoleón a negociar la paz. La base de las negociaciones era el tratado estipulado entre las dos potencias respecto a Finlandia; Goërtz confió el original a su secretario; pero cuando llega el momento de someter el proyecto al Parlamento, se encuentran con el pequeño problema de que el tratado no aparece. El Parlamento se imagina que al ministro, con objeto de favorecer los intereses del rey, se le ha ocurrido hacer desaparecer este documento; el barón de Goërtz es acusado y entonces su secretario confiesa haberse comido el tratado... Se instruye un proceso, el hecho es probado y el secretario condenado a muerte. Pero como usted no está en tal situación, acepte un cigarro y fúmeselo mientras esperamos a nuestra calesa.

Lucien tomó un cigarro y se lo encendió, como se hace en España, con el cigarro del sacerdote, diciéndose: «Tiene razón, siempre estoy a tiempo de matarme».

—Sucede a menudo —prosiguió el español— que, justo en el momento en que los jóvenes pierden toda esperanza acerca de su futuro, comienza su fortuna. Esto es lo que quería decirle, y he preferido demostrárselo con un ejemplo. Este apuesto secretario condenado a muerte se encontraba en una situación tanto más desesperada cuanto que el rey de Suecia no podía amnistiarle, toda vez que la sentencia había sido dictada por el Parlamento de Suecia; pero hizo la vista gorda a su evasión. El apuesto secretario escapa en una barca con algunos escudos en el bolsillo y llega a la corte de Curlandia, provisto de una carta de recomendación de Goërtz para el duque, en la que el ministro sueco explicaba la manía de su protegido y toda la aventura. El duque coloca al apuesto muchacho como secretario de su intendente. Ahora bien, el duque era un derrochador, tenía una bella esposa y un intendente, tres causas de ruina. Pero si piensa que aquel guapo muchacho, condenado a muerte por haberse comido el tratado

relativo a Finlandia, se corrigió de su depravada inclinación, es que no conoce la influencia del vicio sobre el hombre; ¡no le detiene ni la pena capital cuando se trata de un placer que se ha creado él mismo! ¿De dónde nace este poder del vicio? ¿Es una fuerza inherente al mismo, o nace de la debilidad humana? ¿Existen gustos que rayan en la locura? ¡No puedo dejar de reírme de los moralistas que quieren combatir semejantes enfermedades con bellas frases!... Un buen día el duque, asustado por la negativa de su intendente a propósito de una petición de dinero, quiso revisar las cuentas, ¡una tontería! Nada más fácil que falsear una cuenta; no es esto lo difícil. El intendente confió todos los documentos a su secretario para que hiciera un balance de la lista civil de Curlandia. En plena noche, cuando estaba a punto de terminar su trabajo, nuestro comedor de papel se da cuenta de que está mascando un recibo del duque por una suma considerable: presa del terror, se para a medio firmar y corre a arrojarse a los pies de la duquesa, explicándole su manía, implorando la protección de su soberana y suplicándole en medio de la noche. La mujer se quedó tan prendada de la postura del joven secretario, que se casó con él al enviudar. Así, en pleno siglo dieciocho, en un país en el que reinaban los blasones, el hijo de un platero se convirtió en príncipe soberano... ¡Y ha llegado incluso más alto!... Ha sido regente a la muerte de Catalina I, ha dominado a la emperatriz Ana y ha querido ser el Richelieu de Rusia. Pues bien, hijo mío, sepa que si bien es usted más apuesto que Byron, yo valgo mucho más, a pesar de ser un simple canónigo, que el barón de Goërtz. Por tanto, ¡suba!, le encontraremos un ducado de Curlandia en París y, a falta de ducado, siempre nos quedará la duquesa.

El español cogió del brazo a Lucien y le obligó literalmente a montar al coche, y el postillón cerró la portezuela.

—Ahora hable, soy todo oídos —dijo el canónigo de Toledo a Lucien, estupefacto—. Soy un viejo sacerdote a quien puede contárselo todo sin ningún temor. Habrá dilapidado a lo sumo su patrimonio o el dinero de su mamá. Se habrá ido sin pagar unas deudas, y estamos tan llenos de honor que nos sale por las orejas... ¡Vamos!, tenga la valentía de confesarse como si hablara consigo mismo.

Lucien se encontraba en la misma situación que aquel pescador de no sé qué cuento árabe, el cual, queriendo ahogarse en pleno océano, va a parar a un país submarino y le hacen rey. El sacerdote español parecía tan realmente afectuoso, que el poeta no dudó en abrirle su corazón, y de Angulema a Ruffec le contó toda su vida, sin omitir ninguno de sus errores y concluyendo con la última desgracia que acababa de provocar. En el momento en que terminaba este relato, narrado tanto más poéticamente cuanto que era la tercera vez que Lucien lo repetía en los últimos quince días, llegaba al punto en que, en el camino, cerca de Ruffec, se extienden los dominios de la familia Rastignac, cuyo nombre, la primera vez que Lucien lo pronunció, hizo dar un respingo al español.

—Es de aquí —dijo— de donde salió el joven Rastignac, que vale sin duda menos que yo, pero que ha tenido más suerte.

—¡Ah!

—Sí, esta extraña casa solariega es la casa de su padre. Se ha convertido, como le decía, en el amante de madame de Nucingen, la mujer del famoso banquero. Yo me he consagrado a la poesía; él, en cambio, más listo, se ha decantado por lo positivo...

El sacerdote hizo detener la calesa y quiso, por curiosidad, recorrer la pequeña alameda de acceso a la casa, mirándolo todo con más interés del que Lucien podía esperar de un sacerdote español.

—¿Así que conoce usted a los Rastignac?... —le preguntó Lucien.

—Conozco a todo París —dijo el español montando de nuevo al coche—. De modo que, por carecer de diez o doce mil francos, iba a suicidarse. Es usted un niño y no conoce ni a los hombres ni el mundo. Nuestro destino vale aquello en lo que nosotros lo estimamos, y usted sólo ha puesto a su futuro un precio de doce mil francos; pues bien, yo, ahora mismo, voy a comprárselo por más. En cuanto al encarcelamiento de su cuñado, es una fruslería. Si ese querido monsieur Séchard ha hecho un descubrimiento, será rico. Los ricos nunca han ido a la cárcel por deudas. No me parece usted muy versado en Historia. Existen dos clases de Historia: una Historia oficial, llena de mentiras, y que es la que se enseña, la Historia ad usum delphini; y luego está la Historia secreta, en la que se escriben las verdaderas causas de los acontecimientos, una historia ignominiosa. Permítame que le cuente, en cuatro palabras, otra anécdota que no conoce. Un joven sacerdote, ambicioso, quiere entrar en los negocios públicos y se convierte en el perro faldero del favorito, el favorito de una reina; el favorito se interesa por el sacerdote y le otorga el rango de ministro, concediéndole un puesto en el Consejo. Una noche, uno de esos hombres que creen hacer un favor (¡nunca haga un favor que no le hayan pedido!), le escribe al joven ambicioso que la vida de su benefactor corre peligro. El rey está cansado de tener quien le domine, y al día siguiente el favorito será asesinado si acude a Palacio. Bien, joven, dígame: ¿qué habría hecho usted de haber recibido esa carta?

—Habría ido al instante a avisar a mi benefactor —respondió vivamente Lucien.

—Sigue siendo el niño que revela el relato de su vida —dijo el sacerdote—. Nuestro hombre se dijo: «Si el rey no retrocede ante el crimen, mi benefactor está perdido; ¡fingiré haber recibido esta carta demasiado tarde!». Y durmió hasta la hora en que dieron muerte al favorito...

—¡Es un monstruo! —exclamó Lucien, quien sospechó que el sacerdote quería ponerle a prueba.

—Todos los grandes hombres son unos monstruos. Éste se llama cardenal de Richelieu —repuso el canónigo—, y su benefactor era el mariscal de Ancre. Ya ve que no conoce la Historia de Francia. ¿No tenía razón al decirle que la HISTORIA que se enseña en los colegios es una colección de fechas y de hechos, extremadamente sospechosa por otra parte, pero carente de todo valor? ¿Para qué le sirve saber que Juana de Arco ha existido? ¿No ha pensado nunca que si Francia hubiera aceptado entonces la dinastía angevina de los Plantagenet, hoy los dos pueblos unidos gobernarían los destinos del mundo y que las dos islas donde se incuban los desórdenes políticos del continente serían dos provincias francesas?... ¿No ha estudiado los medios por los que los Médicis, de simples comerciantes que eran, llegaron a ser grandes duques de Toscana?

—Un poeta de Francia no está obligado a ser un benedictino —repuso Lucien.

—Pues bien, jovenzuelo, llegaron a convertirse en grandes duques como Richelieu se convirtió en ministro. Si hubiera indagado en la Historia las causas de los acontecimientos, en vez de aprenderse de memoria simples datos sin utilidad alguna, habría aprendido unas normas útiles para su conducta. De este puñado de hechos que acabo de elegir al azar se deduce esta ley: no vea en los hombres, y sobre todo en las mujeres, algo más que simples medios; pero no deje que se den cuenta de ello. Adore, como si fuera Dios en persona, a quien está situado por encima de usted, pues puede serle útil, y no lo abandone hasta que haya pagado un alto precio por su servilismo. En el trato con el mundo sea ávido y rastrero como el judío; haga por el poder todo cuanto él hace por el dinero. Pero con el hombre caído en desgracia haga como si nunca hubiera existido. ¿Sabe por qué tiene que comportarse así?... Quiere dominar el mundo, ¿no? Pues es menester comenzar por obedecer al mundo y estudiarlo bien. Los sabios estudian los libros, los políticos estudian a los hombres, sus intereses y las causas que determinan

sus acciones. Pero el mundo, la sociedad, los hombres considerados en su conjunto, son fatalistas; adoran el éxito. ¿Sabe por qué le doy este pequeño curso de Historia? Porque le creo de una ambición desmedida...

—¡Sí, padre!

—Bien que lo he visto —prosiguió el canónigo—. Pero en este momento se estará diciendo: «Este canónigo español inventa anécdotas y exprime la Historia para demostrarme que he tenido demasiados escrúpulos...». —Lucien no pudo dejar de sonreír al ver que el sacerdote había adivinado tan bien sus pensamientos—. Pues bien, jovenzuelo, consideremos lo ocurrido como simples hechos triviales —dijo el sacerdote—. Un día Francia es casi conquistada por los ingleses, al rey no le queda más que una provincia. Se alzan dos hijos del pueblo: una pobre muchacha, esa misma Juana de Arco de la que hablábamos, y luego un burgués llamado Jacques Coeur. La primera ofrece su brazo y el prestigio de su virginidad, el otro su oro: el reino es salvado; ¡pero la muchacha es hecha prisionera!... El rey, en vez de rescatarla, deja que la quemem viva. En cuanto al heroico burgués, el rey deja que sea acusado de crímenes capitales por sus cortesanos, los cuales se apropian y reparten todos sus bienes. Los despojos del inocente, perseguido, cercado y condenado por la justicia, enriquecen a cinco casas nobles... Y el padre del arzobispo de Bourges abandona para siempre el reino, sin llevarse un céntimo de sus bienes de Francia, sin otro dinero que el que había confiado a los árabes, a los sarracenos de Egipto. Me dirá: todos estos ejemplos son muy antiguos, todas estas historias de ingratitud las cuentan en la escuela desde hace trescientos años y los esqueletos de esa edad se han vuelto míticos. Entonces, jovenzuelo, quizá cree en el último semidiós que ha tenido Francia, en Napoleón. Nunca vio con buenos ojos a uno de sus generales, le nombró mariscal sólo de mala gana, y nunca se sirvió de él más que a regañadientes. Ese mariscal se llama Kellermann. ¿Sabe por qué?... Kellermann salvó a Francia y al Primer Cónsul en Marengo mediante una carga audaz que fue aplaudida en medio de la sangre y del fuego. Esta carga heroica ni siquiera fue mencionada en la orden del día. El motivo de la frialdad de Napoleón para con Kellermann es el mismo que el de la caída en desgracia de Fouché, del príncipe de Talleyrand: es la ingratitud del rey Carlos VII, de Richelieu, la ingratitud...

—Pero, padre, suponiendo que me salvara la vida e hiciera mi fortuna —dijo Lucien—, de este modo me enseña a despreciar la gratitud.

—Bribonzuelo —dijo el clérigo sonriendo y cogiendo de la oreja a Lucien para retorcérsela con una familiaridad casi regia—, si usted fuese ingrato conmigo sería porque es un hombre fuerte y me doblegaría ante usted; pero aún no ha llegado a serlo, pues, de simple escolar, ha querido pasar a maestro demasiado pronto. Es el defecto de los franceses de su generación. Todos han sido echados a perder por el ejemplo de Napoleón. Y ahora presenta su dimisión porque no ha podido conseguir la charretera que ambicionaba... Pero ¿ha puesto toda su voluntad y toda su energía al servicio de una idea?...

—¡Ah, no! —exclamó Lucien.

—Usted ha sido lo que los ingleses llaman un inconsistent —prosiguió el canónigo sonriendo.

—¡Qué importa lo que yo haya sido, si ya no puedo ser nada! —exclamó Lucien.

—Detrás de sus bellas cualidades hay una fuerza semper virens —dijo el sacerdote para demostrar que sabía un poco de latín—, y nada se le resistirá en el mundo. Ya le aprecio un poco... —Lucien sonrió con aire incrédulo—. Sí —continuó el desconocido respondiendo a la sonrisa de Lucien—, me

interesa como si fuera hijo mío, y soy lo bastante poderoso como para hablarle con el corazón en la mano, como usted acaba de hacer. ¿Sabe lo que me gusta de usted?... Que ha hecho tabla rasa en su interior y es capaz de escuchar un curso de moral que no puede oírse en ninguna parte, porque los hombres, cuando se hallan juntos, son aún más hipócritas de lo que acostumbran a serlo cuando su interés les obliga a representar una comedia. Por eso se pasan una buena parte de su vida intentando extirpar lo que han dejado crecer durante su adolescencia. Y a esta operación la llaman adquirir experiencia.

Mientras escuchaba al padre, Lucien se decía: «Es algún viejo político encantado de divertirse por el camino. Se complace en hacer cambiar de opinión a un pobre muchacho al borde del suicidio y me dejará cuando se haya cansado de la broma... Pero es bueno con la paradoja, tanto como Blondet o Lousteau». A pesar de esta prudente reflexión, la corrupción intentada por este diplomático sobre Lucien penetraba hasta el fondo de aquella alma dispuesta a acogerla, y hacía tanto más daño cuanto que se apoyaba en ejemplos célebres. Cautivado por el encanto de esta cínica conversación, Lucien se aferraba más aún a la vida cuanto que se sentía reconducido del fondo de su suicidio a la superficie por un brazo poderoso. En esto el éxito del sacerdote era evidente. Por ello, de vez en cuando, había acompañado sus sarcasmos históricos con una sonrisa maliciosa.

—Si su forma de tratar la moral se parece a su manera de ver la Historia —dijo Lucien—, me gustaría saber cuál es en este momento el motivo de su aparente caridad.

—Este, jovenzuelo, es el último punto de mi plática, y me permitirá que me lo guarde, porque así no nos separaremos hoy —replicó con la astucia de un sacerdote que ve triunfar su maniobra.

—Pues bien, hábleme de moral —dijo Lucien, que se dijo para sí: «Voy a hacer que tome postura».

—La moral, jovenzuelo, comienza con la ley —dijo el sacerdote—. Si sólo se tratara de la religión, las leyes serían inútiles: los pueblos religiosos tienen pocas leyes. Por encima de la ley civil está la ley política. Pues bien, ¿quiere saber lo que ve escrito un político en la frente de su siglo diecinueve? Los franceses inventaron en mil setecientos noventa y tres una soberanía popular que ha acabado con un emperador absoluto. Esto en lo que se refiere a su historia nacional. En cuanto a las costumbres: madame Tallien y madame de Beauharnais se han comportado del mismo modo, Napoleón se casa con una, la convierte en emperatriz, y nunca quiso recibir a la otra, por más que fuera una princesa. Sans-culotte en mil setecientos noventa y tres Napoleón se ciñe la corona de hierro en mil ochocientos cuatro. Los feroces defensores de la «Igualdad o Muerte» de mil setecientos noventa y dos, se convierten, a partir de mil ochocientos seis, en cómplices de una aristocracia legitimada por Luis XVIII. En el extranjero, la aristocracia que hoy domina en el faubourg Saint-Germain se ha comportado incluso peor: ha sido usurera, comerciante, charcutera, cocinera, granjera, guardiana de ganado. Por tanto, en Francia, tanto la ley política como la ley moral han desmentido lo que eran en un principio sus opiniones con su conducta, o la conducta con sus opiniones. No ha habido ninguna lógica ni por parte del Gobierno ni de los particulares. Por ello no tienen ustedes ya moral. Hoy día, en su patria, el éxito es la razón suprema de todo, sea lo que sea. El hecho en sí no cuenta para nada, lo que cuenta es la idea que los demás se hacen de él. De ahí, jovenzuelo, se deriva un segundo precepto: ¡tenga una buena apariencia!, esconda el revés de su vida y presente un derecho muy brillante. La discreción, esa divisa de los ambiciosos, es la de nuestra Orden, hágala suya. Los grandes cometen casi tantas bajezas como los miserables, pero las cometen en la sombra y hacen gala de sus virtudes: siguen siendo grandes. Los humildes despliegan sus virtudes en la sombra y exponen sus miserias a la luz pública: son despreciados. Usted ha escondido sus grandezas y ha mostrado sus flaquezas. Ha tenido públicamente por amante a una actriz, ha vivido con

ella, en su casa; no era nada reprehensible, pues uno y otro eran totalmente libres, pero infringieron las convenciones sociales y no se ganaron la consideración que la sociedad concede a quienes acatan sus leyes. Si hubiera dejado a Coralie a ese monsieur Camusot, si hubiera ocultado sus relaciones con ella, se habría casado con madame de Bargeton, sería prefecto de Angulema y marqués de Rubempré. Cambie de conducta, exhiba su belleza, sus encantos, su ingenio y su poesía. Si se permite pequeñas infamias, hágalo entre cuatro paredes: nadie podrá así acusarle de ensuciar el decorado de este gran teatro llamado mundo. Napoleón llamó a esto lavar «la ropa sucia en casa». Del segundo precepto se infiere este corolario: sólo cuenta la forma. Y preste atención a lo que yo entiendo por Forma. Hay gente sin instrucción que, obligada por la necesidad, sustrae con violencia una suma determinada a alguien; se les llama criminales y tienen que vérselas con la Justicia. Un pobre hombre con talento hace un descubrimiento cuya explotación equivale a un tesoro, uno le presta tres mil francos (como han hecho esos Cointet que se han encontrado con sus tres mil francos en la mano y que ahora despojarán a su cuñado), le atormenta hasta que le cede el secreto en todo o en parte, uno solo tiene que rendir cuentas con su conciencia, y nuestra conciencia no nos lleva ante un tribunal. Los enemigos del orden social aprovechan este abuso para despotricar contra la Justicia y protestar en nombre del pueblo porque un ladrón que roba de noche unas gallinas en un recinto cerrado es mandado a galeras, mientras que un hombre que arruina a varias familias provocando una quiebra fraudulenta apenas si pasa unos meses en la cárcel; pero esos hipócritas saben muy bien que, condenando al ladrón, los jueces mantienen la barrera entre pobres y ricos, que si fuera derribada conduciría al fin del orden social; mientras que el que se declara en quiebra, el astuto cazadotes, el banquero que arruina un negocio en beneficio propio, sólo provocan que la fortuna cambie de manos. De este modo la sociedad, hijo mío, está obligada a distinguir, en beneficio propio, lo que yo le hago distinguir en beneficio suyo. El quid de la cuestión no es otro que amoldarse a la sociedad. Napoleón, Richelieu, los Médicis se amoldaron a su siglo. Y usted, ¿usted se valora en doce mil francos!... Su sociedad ya no adora al verdadero Dios, sino al Becerro de Oro. Esta es la religión de su Carta, que, en política, tiene en cuenta sólo la propiedad. ¿Y no es esto como decirles a todos los súbditos: tratad de enriqueceros?... Cuando haya logrado amasar legalmente una fortuna, sea rico y marqués de Rubempré, podrá permitirse el lujo del honor. Entonces hará ostentación de tanta delicadeza, que nadie se atreverá nunca a acusarle de no haberla tenido, si alguna vez llega a hacer fortuna sin demasiados escrúpulos, cosa que no le aconsejaría nunca —dijo el sacerdote tomando la mano de Lucien y dándole unas palmaditas—. ¿Qué tiene entonces que meterse en esa bella cabecita?... Solamente esto: tener un objetivo brillante y esconder los medios para alcanzarlo, tanto como el camino que seguirá. Se ha comportado como un niño, sea ahora hombre, sea cazador, póngase al acecho, embósquese en el mundo parisiense, espere una presa y un golpe de suerte; no escatime ni su persona ni lo que se llama la dignidad, pues todos obedecemos a algo, a un vicio, a una necesidad, pero observe siempre la ley suprema: ¡el secreto!

—¡Me asusta usted, padre! —exclamó Lucien—. Esto me parece una teoría de salteadores de caminos.

—Tiene razón —le contestó el canónigo—, pero no la he inventado yo. Es así como han razonado los advenedizos, tanto la Casa de Austria como la de Francia. No tiene usted nada, se encuentra en la situación de los Médicis, de Richelieu, de Napoleón en los comienzos de su ambición. Todos esos personajes, hijo mío, pensaron que su futuro bien valía el precio de la ingratitud, de la traición y de las contradicciones más violentas. Para conseguirlo todo hay que atreverse a todo. ¿Razonamos? Cuando se sienta a una mesa de bouillotte, ¿discute usted las condiciones? Las reglas ya existen y usted las acepta.

«Bueno —pensó Lucien—, al menos conoce la bouillotte.»

—¿Qué hace cuando juega a la bouillotte?... —preguntó el sacerdote—. ¿Practica la más hermosa de las virtudes, la franqueza? No sólo oculta su juego, sino que además trata de hacer creer, cuando está seguro de ganar, que lo va a perder todo. En una palabra, disimula, ¿no es así?... ¡Miente para ganar cinco luses!... ¿Qué diría de un jugador que fuera tan generoso como para advertir a los demás de que tiene un trío de ases? Pues bien, el ambicioso que quiere luchar armado con los preceptos de la virtud en una pugna en la que sus adversarios juegan sin escrúpulos, es un niño al que los viejos políticos dirían lo que los jugadores le dicen a quien no saca partido de sus propias cartas: «Señor, no juegue nunca a la bouillotte...». ¿Es usted quien dicta las reglas en el juego de la ambición? ¿Por qué le he dicho que se amolde a la Sociedad?... Porque hoy día, jovenzuelo, la Sociedad se ha arrogado insensiblemente tantos derechos sobre los individuos, que el individuo se ve obligado a luchar contra ella. Ya no hay leyes, sólo costumbres, es decir, maneras, siempre la forma. —Lucien hizo un gesto de extrañeza—. ¡Ah!, hijo mío —prosiguió el sacerdote temiendo haber escandalizado el candor de Lucien—, ¿esperaba acaso encontrar al ángel Gabriel en un sacerdote cargado con todas las iniquidades de la contradiplomacia de dos reyes? Soy el mediador entre Fernando VII y Luis XVIII, dos grandes... reyes que deben ambos su corona a complicadas... componendas. Creo en Dios, pero más aún creo en nuestra Orden, y nuestra Orden sólo cree en el poder temporal. Para hacer el poder temporal muy poderoso, nuestra Orden defiende a la Iglesia católica, apostólica y romana, es decir, el conjunto de sentimientos que mantienen al pueblo en la obediencia. Somos los templarios modernos, tenemos una doctrina. Al igual que el Temple, nuestra Orden fue destruida por las mismas razones: se había adaptado al mundo. Si quiere ser soldado, yo seré su capitán. Obedézcame como una mujer obedece a su marido, como un niño obedece a su madre, y le garantizo que en menos de tres años será marqués de Rubempré, se casará con una de las más nobles muchachas del faubourg Saint-Germain y un día llegará a sentarse en los bancos de los pares. En este momento, de no haberle yo distraído con mi conversación, ¿qué habría sido de usted? Un cadáver imposible de encontrar al fondo de una poza; pues bien, ¡haga un esfuerzo de imaginación! —En este momento Lucien miró a su protector con curiosidad—. El joven que se encuentra sentado aquí, en esta calesa, al lado del sacerdote Carlos Herrera, canónigo honorario del Capítulo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII a Su Majestad el Rey de Francia, para llevarle un despacho en el que tal vez le dice: «Cuando me hayáis liberado, haced colgar a todos aquéllos a quienes en estos momentos halago, y a mi enviado, para que sea verdaderamente secreto»; este joven —dijo el desconocido— ya no tiene nada en común con el poeta que acaba de morir. Le he pescado, le he devuelto a la vida y me pertenece como la criatura pertenece a su creador, como, en los cuentos de hadas, el alifitre pertenece al genio y como el icoglan pertenece al sultán, como el cuerpo pertenece al alma. Yo le mantendré con mano poderosa en el camino del poder, prometiéndole, no obstante, una vida de placeres, de honores, de continuas fiestas... Nunca le faltará el dinero... Brillará, lucirá, mientras yo, curvado dentro del barro de los cimientos, aseguraré el brillante edificio de su fortuna. ¡Yo amo el poder por el poder! Me sentiré siempre feliz de verle disfrutar de unos placeres que a mí me están vedados. En una palabra, ¡viviré a través de usted!... Y el día en que este pacto entre un hombre y un demonio, entre un muchacho y un diplomático, ya no le convenga, siempre podrá ir en busca de un recóndito paraje, como ese del que hablaba, para ahogarse: será más o menos lo que es hoy, desgraciado o deshonorado...

—¡No es precisamente esto una homilía del arzobispo de Granada! —exclamó Lucien al ver la calesa detenida en una casa de posta.

—Llame como quiera a esta somera instrucción, hijo mío, porque le adopto y haré de usted mi heredero, pero es el código de la ambición. Son pocos los elegidos de Dios. No hay alternativa posible: o se refugia uno en un convento (¡y a menudo encontrará allí el mundo en miniatura!), o se acepta este

código.

—Tal vez sería preferible no ser tan sabio —dijo Lucien tratando de sondear el alma de aquel terrible sacerdote.

—¡Cómo! —continuó el canónigo—. Después de haber jugado sin conocer las reglas del juego, abandona la partida en el momento en que comienza a jugarse fuerte, justo cuando ha encontrado a un sólido padrino... ¡y sin tan siquiera el deseo de tomarse el desquite! ¡Cómo! ¿No siente ni ganas de subirse a la espalda de quienes le expulsaron de París?

Lucien se estremeció como si un instrumento de bronce, un gong chino, hubiera dejado oír aquellos terribles sonos que atacan los nervios.

—No soy más que un humilde sacerdote —prosiguió este hombre dejando asomar una horrible expresión en su rostro, atezado por el sol de España—, pero si a mí unos hombres me hubieran humillado, vejado, torturado, traicionado y vendido, como hicieron con usted los bribones de que me ha hablado, sería como el árabe del desierto... Sí, me entregaría en cuerpo y alma a la venganza. No me importaría acabar mi vida colgado de una horca, sentado en el garrote vil, empalado o guillotinado, como en su país; pero no me dejaría cortar la cabeza antes de haber aplastado a mis enemigos bajo mis pies.

Lucien guardaba silencio, no sentía ya ningunas ganas de hacer tomar postura a aquel sacerdote.

—Unos descienden de Abel y otros de Caín —dijo el canónigo a modo de conclusión—; yo tengo la sangre mezclada: Caín para mis enemigos, Abel para mis amigos, y pobre de aquel que despierte a Caín... ¡Después de todo, es usted francés, yo soy español y, además, canónigo!...

«¡Qué temperamento de árabe!», se dijo Lucien examinando al protector que el cielo acababa de enviarle.

No había nada en el aspecto del padre Carlos Herrera que hiciera pensar en un jesuita, ni siquiera en un religioso. Grueso y bajo, manos grandes, tórax ancho, fuerza hercúlea, una mirada terrible, pero atenuada por una estudiada mansedumbre, tez de bronce que no dejaba traslucir nada de su interior, inspiraba mucha más repulsión que atracción. Unos largos y bonitos cabellos blancos empolvados, al estilo del príncipe de Talleyrand, daban a este singular diplomático el aire de un obispo, y la cinta azul, bordada de blanco, de la que colgaba una cruz de oro, indicaba además que era un dignatario eclesiástico. Sus medias de seda negra moldeaban unas piernas de atleta. La exquisita pulcritud de su indumentaria revelaba ese esmero de la propia persona que es raro normalmente en los sacerdotes, y más aún en España. En la testera del coche decorado con las armas de España había un bonete. Pero, no obstante la repugnancia que inspiraba aquella fisonomía, los ademanes a la vez agresivos y melosos atenuaban el efecto que producía. Era evidente que el sacerdote se había querido mostrar con Lucien coqueto, halagador, casi gatuno. Lucien examinó hasta los menores detalles con aire preocupado. Sintió que se trataba en aquel momento de vivir o morir, pues se encontraban en la segunda parada una vez pasado Ruffec. Las últimas frases del sacerdote español habían tocado muchas fibras sensibles de su corazón, y, digámoslo para vergüenza de Lucien y del sacerdote, quien con mirada perspicaz estudiaba el bello rostro del poeta, estas cuerdas eran las peores, las que vibran ante el ataque de los sentimientos depravados. Lucien volvía a ver París, volvía a coger las riendas del poder, que sus inexpertas manos habían dejado escapar, ¡se vengaba! La comparación entre la vida de provincias y la de París que acababa de hacer constituía la causa más poderosa de su propósito de suicidarse, y ahora desaparecía:

volvería a su ambiente, pero protegido por un político profundo que podía llegar hasta la perversidad de un Cromwell.

«Estaba solo, y ahora seremos dos», se decía. Cuantos más errores había confesado de su conducta anterior, mayor había sido el interés mostrado por el eclesiástico. La caridad de aquel hombre había aumentado en proporción a la desgracia, y no se extrañaba de nada. Sin embargo, Lucien se preguntó cuál podía ser el fin perseguido por este urdidor de intrigas reales. En primer lugar, se le ocurrió una razón banal: ¡los españoles son generosos! El español es generoso igual que el italiano es envenenador y celoso, como el francés es ligero, como es sincero el alemán, despreciable el judío y noble el inglés. Invertid estas afirmaciones y tendréis la verdad. Los judíos han acaparado el oro, escriben Robert le Diable, interpretan Fedra, cantan Guillermo Tell, encargan cuadros, construyen palacios, escriben los Reisebilder y poesías admirables, son más poderosos que nunca, su religión es aceptada y, por añadidura, conceden préstamos al Papa. En Alemania, por la cosa más simple, preguntan al extranjero: «¿Tiene un contrato?», hasta tal punto se cometen estafas. En Francia, desde hace cincuenta años, se aplauden en escena las estupideces nacionales, se siguen llevando sombreros inexplicables, y ¡sólo cambia el gobierno a condición de seguir siendo siempre el mismo!... Inglaterra despliega ante la faz del mundo unas perfidias cuyo horror sólo es comparable a su codicia. El español, después de haber tenido el oro de las Indias, se ha quedado sin nada. No hay país en el mundo en que existan menos envenenamientos que en Italia y donde las costumbres sean más fáciles y corteses. Los españoles han vivido mucho de la reputación de los moros.

Cuando el español montó de nuevo a la calesa, dijo al oído del postillón:

—Necesito alcanzar al coche correo; hay tres francos de propina.

Lucien dudaba en subir, y el sacerdote le dijo:

—¡Vamos ya!

Y Lucien subió con la excusa de soltarle un argumento ad hominem.

—Padre —le dijo—, un hombre que acaba de exponer con la mayor sangre fría del mundo las máximas que muchos burgueses tacharían de profundamente inmorales...

—Y que lo son —interrumpió el sacerdote—; por eso quería Jesucristo el escándalo, hijo mío. Y ésta es la razón de que el mundo tema tanto el escándalo.

—Un hombre de su temple no se sorprenderá por la pregunta que voy a hacerle.

—Adelante, hijo mío... —dijo Carlos Herrera—, no me conoce usted. ¿Acaso cree que tomaría un secretario sin antes saber si posee unos sólidos principios que le impidan despojarme de nada? Estoy contento de usted. Tiene aún toda la inocencia del hombre que se quita la vida a los veinte años. ¿Cuál es su pregunta?...

—¿Por qué este interés por mí? ¿Qué quiere a cambio?

El español miró a Lucien y sonrió:

—Esperemos a que haya un repecho, lo subiremos a pie y hablaremos al aire libre. El interior de una calesa no es un lugar discreto.

Se hizo el silencio durante un rato entre los dos compañeros, y la rapidez de la carrera ayudó, por así decirlo, a la embriaguez moral de Lucien.

—Padre, ya estamos en la cuesta —dijo Lucien como despertándose de un sueño.

—Pues bien, andemos —dijo el sacerdote gritando con fuerte voz al postillón para que se detuviera.

Y los dos echaron a andar camino adelante.

—Hijo —le dijo el español cogiendo a Lucien por el brazo—, ¿has reflexionado sobre la Venecia salvada de Otway? ¿Has llegado a comprender esa amistad profunda de un hombre con otro, que une a Peter con Jaffier, que hace que las mujeres sean indiferentes para ellos, y que les permite superar todas las diferencias sociales?... Pues bien, aquí tienes un tema para el poeta.

«El canónigo conoce también el teatro», se dijo Lucien.

—¿Ha leído a Voltaire? —le preguntó.

—Hago algo mejor —repuso el canónigo—; lo pongo en práctica.

—¿No cree en Dios?...

—Vamos, ahora resultará que el ateo soy yo —respondió el sacerdote sonriendo—. Vayamos al grano, hijo mío —prosiguió cogiéndole por la cintura—. Tengo cuarenta y seis años, soy hijo natural de un gran señor, por tanto sin familia, y tengo corazón... Pero presta atención a lo que voy a decirte y grábatelo en el cerebro, aún tan blando: el hombre le tiene horror a la soledad. Y entre todas, la soledad moral es la que más le espanta. Los primeros anacoretas vivían con Dios, habitaban el mundo más poblado, el del espíritu. Los avaros viven en el mundo de la fantasía y de los placeres. El avaro lo tiene todo, hasta el sexo, en su cerebro. El primer pensamiento de todo hombre, ya sea un leproso o un forzado, un infame o un enfermo, es tener un cómplice de su destino. Y para hacer realidad este deseo, que es la vida misma, hace uso de todas sus fuerzas, de todo su poder, de toda su inspiración. Sin este deseo soberano, ¿habría podido encontrar Satanás compañeros?... Hay en esto el tema para un poema que está por hacer, y que podría servir de prólogo al Paraíso perdido, que no es sino una apología de la rebelión.

—Éste sería la Ilíada de la corrupción —dijo Lucien.

—Pues bien, estoy solo y vivo solo. Y aunque llevo hábito, en mi caso no hace al monje. Me gusta ser abnegado, tengo este vicio. Vivo para la abnegación, por eso soy sacerdote. No le temo a la ingratitud, y soy agradecido. La Iglesia no cuenta para mí, es sólo una idea. Me he consagrado al rey de España, pero no se puede querer al rey de España; él me protege desde lo alto. Yo quiero amar a mi criatura, formarla, modelarla a mi manera, a fin de quererla como un padre quiere a su hijo. Montaré contigo en tu tálburi, muchacho, disfrutaré con tu éxito con las mujeres, y me diré: «¡Este apuesto joven soy yo! Yo he creado a este marqués de Rubempré y lo he introducido en el mundo aristocrático; su grandeza es obra mía, calla o habla a mi dictado, me lo consulta todo». El abate de Vermont era esto para María Antonieta.

—¡La llevó al cadalso!

—No quería a la reina... —respondió el sacerdote—; sólo se quería a sí mismo.

—¿He de dejar atrás la desolación? —dijo Lucien.

—Mis tesoros están a tu disposición.

—En este momento no sé qué daría por salvar a Séchard —repuso Lucien con una voz que no era ya

la de un suicida.

—Una palabra tuya, hijo mío, y mañana recibirá el dinero necesario para ponerle en libertad.

—¡Cómo! ¿Me daría usted doce mil francos?

—¡Eh, muchacho!, ¿es que no ves que hacemos cuatro leguas por hora? Cenaremos en Poitiers. Y allí, si quieres firmar el pacto y darme una sola prueba de obediencia, ¡pero quiero que sea grande!, pues bien, la diligencia de Burdeos le llevará quince mil francos a tu hermana...

—¿Dónde están?

El sacerdote español no respondió y Lucien se dijo: «Ya le he cogido, se burlaba de mí». Un instante después, el español y el poeta subieron de nuevo al coche. Y en silencio el sacerdote metió la mano dentro de la saca del carruaje y sacó esa talega de cuero en forma de alforja dividida en tres compartimientos, tan conocida por los viajeros, y extrajo de ella cien portuguesas introduciendo por tres veces su ancha mano, que salía siempre llena de oro.

—Padre, suyo soy —dijo Lucien deslumbrado por aquel río de oro.

—Hijo —repuso el sacerdote besando con ternura en la frente a Lucien—, esto no es más que la tercera parte del oro que hay en esta bolsa, treinta mil francos, sin contar el dinero para el viaje.

—¿Y viaja solo?... —exclamó Lucien.

—Pero ¡si esto no es nada! —dijo el español—. Tengo más de cien mil escudos en letras pagaderas a la vista en París. Un diplomático sin dinero es lo que tú eras hace un momento: un poeta sin voluntad.

En el instante en que Lucien subía al coche con el supuesto diplomático español, Ève se levantaba para dar de beber a su hijo. Encontró la carta fatal y la leyó. Un frío sudor heló el trasudor que produce el sueño matinal, sufrió un vahído y llamó a Marion y a Kolb.

A las palabras:

—¿Ha salido mi hermano?

Kolb repuso:

—Sí, señora, andes tel amaneger.

—Guardad el mayor secreto sobre lo que os voy a decir —recomendó Ève a los dos criados—. Mi hermano ha salido sin duda para poner fin a su vida. Id corriendo los dos, tratad de informaros con discreción y vigilad el curso del río.

Ève se quedó sola, sumida en un estupor horrible. En medio de su turbación, hacia las siete de la mañana, llegó Petit-Claud para hablarle de negocios. En tales momentos, se escucha a cualquiera.

—Señora —dijo el abogado—, nuestro pobre David está en prisión y se encuentra en la situación que yo preví desde el comienzo de este asunto. Entonces le aconsejé que se asociara para la explotación de su descubrimiento con sus competidores, los Cointet, que cuentan con los medios para poner en práctica lo que su marido por ahora sólo tiene en fase de concepción. Por tanto, ayer por la noche, en cuanto me enteré de su detención, ¿qué hice?, pues me fui a ver a los señores Cointet con el propósito de obtener de ellos unas concesiones que puedan satisfacerles a ustedes. De querer defender este descubrimiento, la vida de ustedes seguirá siendo lo que es ahora: un calvario de pleitos en el que

sucumbirán, y acabarán haciendo, agotados y moribundos, tal vez en detrimento suyo, con alguna persona de dinero lo que yo quiero que ahora hagan ustedes por su bien con los hermanos Cointet. Se ahorrarán así las privaciones, las angustias de la lucha del inventor contra la codicia del capitalista y la indiferencia de la sociedad. ¡Veamos!, si los señores Cointet pagan sus deudas..., si una vez pagadas éstas les ofrecen además una suma que les satisfaga independientemente del valor, del futuro y de la posibilidad de ganancias del descubrimiento, concediéndoles, desde luego, una participación en los beneficios de la explotación, ¿no estarían contentos?... Usted, señora, será la propietaria de la imprenta y de todo el material, y sin duda la venderá; sólo esto ya valdrá veinte mil francos, y yo le garantizo un comprador por este precio. Con los quince mil francos que podría obtener firmando una escritura con los señores Cointet, tendría una fortuna de treinta y cinco mil francos, que, al interés de la renta, le proporcionaría dos mil francos... Con dos mil francos de renta se puede vivir en provincias. Y tenga en cuenta, señora, que también tendría las eventuales ganancias de su asociación con los señores Cointet. Digo eventuales porque no podemos tener una certeza absoluta del éxito. Por tanto, esto es lo que puedo conseguir para ustedes: en primer lugar, la libertad completa de David, luego quince mil francos a título de compensación por sus investigaciones y que los señores Cointet no podrán reclamar nunca bajo ningún concepto, aunque el descubrimiento fuera improductivo; y, por último, una sociedad formada entre David y los señores Cointet para la explotación de una patente de invención, después de un experimento hecho en común y en secreto, del proceso de fabricación, sobre las siguientes bases: los señores Cointet correrán con todos los gastos. A David se le reconocerá como contribución financiera la aportación de la patente y tendrá derecho a la cuarta parte de los beneficios. Es usted una mujer juiciosa y muy razonable, lo que no es frecuente entre las mujeres muy guapas; reflexione sobre esta propuesta, y la encontrará muy aceptable...

—¡Ah, señor! —exclamó la pobre mujer desesperada y rompiendo a llorar—. ¿Por qué no vino ayer noche a proponerme esta transacción? Habríamos evitado la deshonra y... algo mucho peor...

—Mi discusión con los Cointet, que como seguramente habrá comprendido se esconden detrás de Métivier, no terminó hasta medianoche. Pero ¿qué ha pasado desde ayer noche que sea peor que la detención de nuestro pobre David? —preguntó Petit-Claud.

—Esta es la espantosa noticia que me he encontrado al despertar —contestó ella alargándole a Petit-Claud la carta de Lucien—. En este momento me demuestra que se interesa por nosotros, que es usted amigo de David y de Lucien, no necesito pedirle que guarde el secreto...

—Puede estar tranquila —dijo Petit-Claud devolviéndole la carta después de haberla leído—. Lucien no se matará. Después de haber sido la causa de la detención de su hermano, necesitaba una razón para dejarles, y yo veo en ello una especie de salida, como entre bastidores.

Los Cointet habían conseguido sus fines. Después de haber torturado al inventor y a su familia, elegían el momento de esa tortura en que el cansancio hace desear cierto descanso. Todos los buscadores de secretos no tienen la resistencia del bulldog, que muere con la presa entre sus dientes, y los Cointet habían estudiado atentamente el carácter de sus víctimas. Para Cointet el largo, la detención de David era la última escena del primer acto de aquel drama. El segundo acto comenzaba con la propuesta que Petit-Claud acababa de hacer. Como gran maestro que era, el abogado vio en la cabezonada de Lucien uno de esos golpes de suerte inesperados que deciden el final de una partida. Vio a Ève tan completamente abatida por aquel acontecimiento, que decidió aprovecharse de él para ganarse su confianza, pues había acabado adivinando la influencia de la mujer sobre el marido. Por ello, en vez de sumir más aún a madame Séchard en la desesperación, trató de tranquilizarla y aprovechando el

estado de ánimo en que se encontraba dirigió hábilmente sus pensamientos hacia la prisión, pensando que ella convencería entonces a David para asociarse con los Cointet.

—David me dijo, señora, que sólo deseaba la fortuna por usted y por su hermano; pero debe de haber comprobado ya que sería una locura querer enriquecer a Lucien. Ese muchacho sería capaz de dilapidar tres patrimonios.

La actitud de Ève demostraba a las claras que la última de sus ilusiones respecto a su hermano se había esfumado y, por tanto, el abogado hizo una pausa para que el silencio de su cliente fuera una especie de asentimiento.

—Por eso ahora, en este asunto —prosiguió—, se trata ya sólo de usted y de su hijo. Le corresponde a usted saber si dos mil francos de renta son suficientes para su felicidad, sin contar la herencia del viejo Séchard. Desde hace un tiempo su suegro percibe unas rentas de siete a ocho mil francos, sin incluir los intereses que cobra por sus capitales; así que tienen, después de todo, un porvenir brillante. ¿Para qué atormentarse?

El abogado dejó a madame Séchard para que reflexionara sobre esta perspectiva bastante hábilmente preparada la víspera por Cointet el largo.

—Vaya a hacerles entrever la posibilidad de embolsarse una suma cualquiera —le había dicho el chacal de Angulema al abogado cuando fue a anunciarle la detención—, y una vez que se hayan hecho a la idea de poder disponer de cierta cantidad de dinero, los tendremos en el bolsillo; regatearemos y poco a poco les haremos llegar al precio que queremos pagar por ese secreto.

Esta frase contenía, de alguna forma, el argumento del segundo acto de este drama financiero.

Cuando madame Séchard, con el corazón roto por sus celos sobre la suerte de su hermano, se hubo vestido y bajó para dirigirse a la cárcel, sintió la angustia que le producía el tener que atravesar sola las calles de Angulema. Sin preocuparle la zozobra de su cliente, Petit-Claud volvió sobre sus pasos para ofrecerle su brazo, movido por una idea más bien maquiavélica, y Ève fue extremadamente sensible a esta delicadeza; Petit-Claud aceptó su agradecimiento sin sacarla de su error. Esta pequeña atención por parte de un hombre tan duro y áspero, y en un momento semejante, hizo cambiar la opinión que madame Séchard se había hecho hasta el momento de Petit-Claud.

—La llevo —le dijo— por el camino más largo, pero así no nos encontraremos con nadie.

—Es la primera vez, señor, que no tengo derecho a ir con la cabeza alta, bien duramente me lo hicieron saber ayer...

—Será la primera y la última.

—¡Oh! Con toda seguridad no me quedaré en esta ciudad...

—Si su marido acepta la propuesta que más o menos hemos pactado los Cointet y yo —dijo Petit-Claud a Ève al llegar ante la puerta de la prisión—, hágamelo saber; vendré al punto con una autorización de Cachan, que le permitirá a David salir de prisión, y es de creer que no volverá a ingresar en ella...

Esto dicho ante la puerta de la cárcel era lo que los italianos llaman una *combinazione*. Para ellos esta palabra expresa, en efecto, una acción difícil de definir, en la que hay un poco de perfidia mezclada con el derecho, el sentido de la oportunidad de un fraude autorizado, una astucia casi legítima y bien

premeditada; según los italianos, la noche de San Bartolomé es una combinazione política.

Por las razones expuestas más arriba, la detención por deudas es un procedimiento judicial tan raro en provincias que, en la mayoría de las ciudades francesas, no existe ni siquiera una prisión para deudores. En tales casos, el deudor es encerrado junto con los inculpados, los acusados y los condenados. Tales son los distintos nombres que se asignan legal y sucesivamente a quienes el pueblo califica genéricamente de «criminales». David fue, por tanto, puesto provisionalmente en una de las celdas de la planta baja de la prisión de Angulema, de donde tal vez acababa de salir algún condenado que había cumplido ya su pena. Una vez registrado con la anotación de la suma establecida por ley para el sustento mensual del prisionero, David se encontró ante un hombretón que, para los presos, es más poderoso que el mismísimo rey: ¡el carcelero! No se ha visto nunca en provincias un carcelero delgado. En primer lugar, este oficio es poco menos que una sinecura; y el carcelero es, además, como un posadero que no tuviera que pagar una casa, y que se alimenta muy bien dando mal de comer a sus presos, y alojándolos, como hace el posadero, según sus posibilidades económicas. El carcelero conocía a David de nombre, sobre todo por su padre, y tuvo la deferencia de ofrecerle una buena yacija por una noche, pese a no tener David un céntimo. La cárcel de Angulema data de la Edad Media y no ha sufrido más cambios que la catedral. Llamada todavía Casa de Justicia, se halla adosada al antiguo Presidial. La puerta de entrada es la típica puerta claveteada, de solidez aparente, consumida, baja y de construcción tanto más ciclópea cuanto que tiene como un único ojo en la frente la mirilla por la que el carcelero identifica a quienes llaman antes de abrir. En la planta baja hay un corredor de igual longitud que la fachada y en el que se abren varias celdas cuyos altos ventanucos provistos de campanas de aireación reciben luz del patio. El alojamiento del carcelero se halla separado de dichas celdas por una bóveda que divide la planta baja en dos partes, en el fondo de la cual se ve, desde la puerta de entrada, una reja que cierra el patio. David fue llevado por el carcelero a la celda cuya puerta daba enfrente de su alojamiento. El carcelero quería estar cerca de un hombre que, dada su particular situación, podía hacerle compañía.

—Es la mejor celda —dijo al ver a David estupefacto por el aspecto del recinto.

Las paredes de la celda eran de piedra y bastante húmedas. Las ventanas, altísimas, tenían unos barrotes de hierro. Las losas del suelo despedían un frío glacial. Se oía el paso regular del centinela que se paseaba por el corredor. Este ruido monótono como el de la marea provoca a cada momento este pensamiento: «¡Estás vigilado, no eres ya libre!». Todos estos detalles, este conjunto de cosas, actúa prodigiosamente sobre la moral de las personas honradas. David vio una yacija execrable; pero las personas encarceladas están tan inquietas durante la primera noche, que no notan hasta la segunda lo dura que es. El carcelero estuvo cortés, le propuso naturalmente a su preso si quería pasear por el patio hasta la noche. El suplicio de David no comenzó hasta el momento de acostarse. Estaba prohibido dejar una luz a los presos; se requería, por tanto, un permiso del procurador real para eximir al detenido por deudas de una norma que no afectaba más que a las personas sometidas al brazo de la justicia. El carcelero invitó gustosamente a David a su alojamiento, pero a la hora de acostarse tuvo finalmente que encerrarle en su celda. El pobre marido de Ève conoció entonces los horrores de la prisión y la dureza de sus costumbres, que le produjeron un profundo desagrado. Pero, debido a una de esas reacciones bastante frecuentes en los pensadores, se aisló en aquella soledad y escapó de ella mediante uno de esos sueños de que son capaces los poetas incluso estando despiertos. El pobre desgraciado terminó por reflexionar sobre sus negocios. La cárcel predispone mucho al examen de conciencia. David se preguntó si había cumplido con sus deberes de cabeza de familia, cuánta debía de ser la desolación de su mujer. ¿Por qué, como le decía Marion, no había tratado de ganar el dinero suficiente para luego

dedicarse tranquilamente a sus investigaciones?

«¿Podré seguir —se decía— en Angulema después de un escándalo semejante? Si salgo de la cárcel, ¿qué será de nosotros?, ¿adónde iremos?» Comenzó a tener dudas sobre su conducta. Sólo un inventor podría comprender la angustia que sentía David en aquel momento. De duda en duda, David comenzó a hacerse una idea clara de su situación y se dijo que los Cointet le habían dicho a papá Séchard lo que Petit-Claud acababa de decirle a Ève: «Suponiendo que todo se resuelva, ¿cómo podré aplicar mi invento? Necesito una patente de inventor, y eso supone dinero. Asimismo necesito una fábrica donde hacer mis experimentos a gran escala, y ello me obligará a revelar mi invención. ¡Oh!, ¡cuánta razón tenía Petit-Claud!».

Las más lóbregas prisiones permiten a veces iluminaciones fulgurantes.

«¡Bah! —se dijo David mientras se dormía sobre aquella especie de catre de campaña en el que había un horrible colchón forrado de tela parda muy basta—. Mañana por la mañana veré seguramente a Petit-Claud.»

Así pues, David se había preparado bien a sí mismo para escuchar las propuestas que su mujer le llevaba de parte de sus enemigos. Tras haber abrazado a su marido, Ève se sentó al pie de la cama, pues sólo había una silla de madera de lo peor, y su mirada fue a fijarse en el espantoso cubo colocado en un rincón y en las paredes cubiertas de nombres y de apotegmas escritos por quienes habían precedido a David. Y entonces, de sus enrojecidos ojos, comenzaron a correr de nuevo las lágrimas. Y aún le quedaban, tras las que había derramado, al ver a su marido en la situación de un criminal.

—¡Adónde puede llevar el deseo de gloria!... —exclamó—. ¡Oh, ángel mío!, abandona esta carrera... Sigamos juntos el camino que sigue todo el mundo y no busquemos una rápida fortuna... ¡Necesito muy poca cosa para ser feliz, sobre todo después de haber sufrido tanto!... ¡Y si tú supieras!... La deshonra de tu situación no es nuestra mayor desgracia... ¡Toma!

Le alargó la carta de Lucien, que David leyó rápidamente; y para consolarle le refirió las terribles palabras de Petit-Claud sobre Lucien.

—Si Lucien se ha matado, a estas horas lo ha hecho ya —dijo David—; y si aún no lo ha hecho, no se matará; como bien dice él, su valor sólo le dura una mañana...

—¡Pero cómo vivir con esta desazón!... —exclamó la hermana, dispuesta a perdonarlo casi todo ante la idea de la muerte.

Refirió a su marido las propuestas que Petit-Claud afirmaba haberles arrancado a los Cointet y que fueron inmediatamente aceptadas por David con visible placer.

—Tendremos con qué vivir en una aldea cerca del Houmeau, donde se encuentra la fábrica de los Cointet, ¡lo único que deseo ahora es tranquilidad! —exclamó el inventor—. Si Lucien se ha castigado con la muerte, tendremos el suficiente dinero como para esperar el de mi padre; y si en cambio está aún vivo, el pobre muchacho sabrá aceptar nuestra vida modesta... Los Cointet se aprovecharán a buen seguro de mi descubrimiento, pero, al fin y al cabo, ¿qué soy yo para mi país?... Un hombre como todos los demás. ¡Si mi secreto llega a ser beneficioso para todos, me doy por satisfecho! Mira, querida Ève, ni uno ni otro hemos nacido para ser comerciantes. Nos falta ese afán de lucro, esa resistencia a soltar el dinero, incluso el legalmente debido, que tal vez son las virtudes del comerciante, porque a estas dos formas de avaricia las llaman prudencia y genio comercial.

Encantada por esta afinidad de pareceres, una de las más dulces flores del amor, porque los intereses y las mentalidades pueden muy bien no ir de la mano en dos seres que se quieren, Ève rogó al carcelero que mandara a alguien a casa de Petit-Claud con un billete en el que le pedía que dejaran en libertad a David, anunciándole el consentimiento de ambos a las bases del acuerdo proyectado. Diez minutos después, Petit-Claud entraba en la horrible celda de David y le decía a Ève:

—Vuelva a casa, señora, venimos enseguida...

—Así que, mi querido amigo —dijo Petit-Claud—, te has dejado atrapar. ¿Cómo pudiste cometer la imprudencia de salir?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Mira lo que me escribió Lucien.

David le dio a Petit-Claud la carta de Cérizet; Petit-Claud la cogió, la leyó, la examinó, palpó el papel y habló de negocios al tiempo que doblaba como inadvertidamente la carta y se la metía en el bolsillo. Luego, el abogado cogió a David del brazo y salió con él, pues mientras tanto el alguacil había hecho entregar al carcelero el auto de libertad. Al volver a su casa, David se creyó en el séptimo cielo, lloró como un niño al abrazar a su pequeño Lucien y al encontrarse de nuevo en su dormitorio, al cabo de veinte días de una detención cuyas últimas horas, para la mentalidad provinciana, eran deshonrosas. Kolb y Marion estaban de vuelta. Marion había oído decir en el Houmeau que Lucien había sido visto por el camino de París, pasado Marsac. El atuendo del dandy había llamado la atención de los campesinos que traían sus productos a la ciudad. Después de lanzarse a caballo por la carretera principal, Kolb se había enterado finalmente en Mansle de que Lucien, reconocido por monsieur Marron, viajaba en una calesa.

—¿Qué le decía yo? —exclamó Petit-Claud—. Este chico no es un poeta, es una novela continua.

—En una calesa —repitió Ève—. ¿Adónde irá esta vez?

—Ahora —dijo Petit-Claud a David— venga a casa de los señores Cointet, que le están esperando.

—¡Ah!, señor —exclamó la bella madame Séchard—, se lo ruego, defienda bien nuestros intereses, todo nuestro futuro está en sus manos.

—¿Prefiere, señora, que el encuentro tenga lugar en su casa? —preguntó Petit-Claud—. Le dejo con David. Esos señores vendrán aquí esta tarde, y ya verá si sé defender o no sus intereses.

—¡Ah, señor, me haría un gran favor! —dijo Ève.

—Pues, entonces —respondió Petit-Claud—, esta tarde aquí, hacia las siete.

—Se lo agradezco —repuso Ève con una mirada y un acento que vinieron a demostrar a Petit-Claud cuántos progresos había hecho en la confianza de su cliente.

—No tema, ¿lo ve? Tenía yo razón —añadió—. Su hermano está a treinta leguas de su suicidio. Quizás esta tarde tenga usted una pequeña fortuna. Hay un comprador seriamente interesado en su imprenta.

—Si es así —dijo Ève—, ¿por qué no esperar entonces antes de comprometernos con los Cointet?

—¿Olvida, señora —repuso Petit-Claud, que vio lo peligroso de su confidencia—, que sólo podrá vender su imprenta después de haberle pagado a monsieur Métivier, porque todo su utillaje sigue embargado?

Una vez en su casa, Petit-Claud mandó llamar a Cérizet. Cuando el regente entró en su despacho, lo llevó hasta una de las ventanas.

—Mañana por la noche serás propietario de la imprenta Séchard, y gozarás de protecciones lo bastante poderosas como para hacerte también con la patente —le dijo al oído—. ¡Pero imagino que no querrás acabar en galeras!

—¿De qué... de qué galeras me habla? —preguntó Cérizet.

—Tu carta a David es una falsificación, y la tengo en mi poder... Si interrogaran a Henriette, ¿qué diría?... No quiero arruinarte —dijo a continuación Petit-Claud viendo palidecer a Cérizet.

—¿Quiere alguna cosa más de mí? —preguntó el parisiense.

—Sí que espero una cosa más de ti —continuó Petit-Claud—. Escúchame bien, serás impresor en Angulema dentro de dos meses... ¡Pero habrás contraído una deuda, y de aquí a diez años todavía no habrás terminado de pagar la imprenta!... Tendrás que trabajar mucho tiempo para tus capitalistas, y te verás además obligado a ser el hombre de paja del partido liberal... Seré yo quien redacte tu acta de comandita con Gannerac, y lo haré de forma que un día la imprenta pueda ser tuya... Pero si fundan un periódico, y tú eres su director, si yo soy aquí el primer fiscal sustituto, te pondrás de acuerdo con Cointet el largo para publicar en tu periódico artículos que lo hagan secuestrar y cerrarlo... Los Cointet te pagarán muy bien por hacerles este favor... Sé perfectamente que serás condenado y acabarás en la cárcel, pero pasarás por un hombre importante y perseguido. Te convertirás en una personalidad del partido liberal, en un sargento Mercier, un Paul-Louis Courier, un Manuel en pequeño. Y no dejaré que se te retire la patente. En resumen, el día en que el periódico sea cerrado, quemaré esta carta delante de ti... Tu fortuna no te saldrá muy cara...

La gente del pueblo tiene ideas muy equivocadas respecto a lo que la ley define como una falsificación, y Cérizet, que se veía ya en el banquillo, respiró de alivio.

—Dentro de tres años seré procurador real en Angulema —siguió diciendo Petit-Claud—, puedes necesitarme, piénsalo.

—De acuerdo —dijo Cérizet—. Pero no me conoce usted bien: quemé esa carta delante de mí y confíe en mi gratitud.

Petit-Claud miró a Cérizet. Fue uno de esos duelos en los que la mirada de quien observa es como un escalpelo con el que se intenta llegar al fondo del alma, y los ojos de quien exhibe sus virtudes son como un libro abierto.

Petit-Claud no replicó; encendió una vela y quemó la carta, mientras pensaba: «¡Aún tiene que hacer su fortuna!».

—Cuenta con un instrumento ciego —dijo el regente.

David esperaba con vaga inquietud su conversación con los Cointet: no le preocupaba el tener que discutir sobre sus intereses ni tampoco la escritura que había que redactar, sino la opinión que los fabricantes se pudieran hacer de sus trabajos. Se encontraba en la situación del autor dramático frente a sus críticos. El amor propio del inventor y su ansiedad en el momento de conseguir el fin que se había propuesto hacían palidecer cualquier otro sentimiento. Finalmente, hacia las siete de la tarde, en el momento en que la señora condesa Du Châtelet se acostaba, pretextando una jaqueca, y dejaba que su marido hiciera los honores de la cena, hasta tal punto se encontraba afligida por las noticias

contradictorias que circulaban sobre Lucien, los Cointet, el gordo y el largo, entraron con Petit-Claud en casa de su competidor, que se entregaba a ellos atado de pies y manos. Pero las negociaciones tropezaron enseguida con una dificultad preliminar: ¿cómo hacer una escritura sin conocer los procedimientos de David? Y si éstos se divulgaban, David se encontraría a merced de los Cointet. Petit-Claud consiguió que la escritura se estipulara previamente. Cointet el largo pidió entonces a David que le enseñara algunas de las muestras, y el inventor le presentó las últimas hojas fabricadas, garantizándole el precio de coste.

—¡Está bien! —dijo Petit-Claud—, ya tenemos la base de la escritura; pueden asociarse bajo esas condiciones introduciendo una cláusula de disolución en caso de que las condiciones de la patente no se cumplieran en la fabricación.

—Otra cosa, señor —dijo Cointet el largo a David—; una cosa es fabricar en pequeñas cantidades, en su casa, con una pequeña forma, muestras de papel, y otra muy distinta dedicarse a la fabricación a gran escala. Juzgue usted mismo con un ejemplo que le voy a poner. Nosotros fabricamos papeles de color y para colorearlos compramos colores absolutamente idénticos. Así, el índigo para azulear nuestras coquilles viene en una caja que nos llega en panes que proceden de una misma fabricación. Pues bien, nunca hemos podido conseguir dos baños de igual color... Durante la preparación de los materiales se producen fenómenos que escapan a nuestros conocimientos. Modificando la cantidad y la calidad de la pasta inmediatamente cambian también los términos del problema. Cuando tenía usted en una tina una cantidad de ingredientes que no pido saber cuáles son, estaba en condiciones de dominar esta materia, podía actuar uniformemente sobre todas las partes, ligarlas, empastarlas, mezclarlas a su antojo, darles un aspecto homogéneo... Pero ¿quién le garantiza que en una fabricación de quinientas resmas suceda lo mismo y que su procedimiento tenga éxito?

David, Ève y Petit-Claud se miraron, diciéndose muchas cosas con los ojos.

—Le pondré un ejemplo que le sirva de analogía —dijo Cointet el largo tras una pausa—. Corte un par de haces de heno en un prado y póngalos bien atados en su cuarto sin dejar que la hierba llegue a echar fuego, como dicen los campesinos; la fermentación se produce igualmente sin provocar accidentes. Pero tomando como base esta experiencia, ¿almacenaría usted dos mil gavillas en un granero de madera?... Sabe perfectamente que el heno se encendería y que su granja ardería como una cerilla. Es usted un hombre instruido —dijo Cointet a David— y puede sacar por sí mismo la conclusión. En estos momentos ha cortado dos gavillas de heno, y tememos prender fuego a nuestra fábrica de papel si amontonamos en ella dos mil. Dicho en otras palabras, podemos perder más de una fabricación, sufrir pérdidas y encontrarnos con las manos vacías después de haber gastado mucho dinero.

David estaba aterrado. La Práctica hablaba su lenguaje positivo a la Teoría, que se expresa siempre en términos de futuro.

—¡Que el diablo me lleve si firmo semejante escritura! —exclamó brutalmente Cointet el gordo—. Si tú quieres, Boniface, puedes perder tu dinero, pero yo me guardaré el mío... Ofrezco pagar las deudas de monsieur Séchard y seis mil francos... Más tres mil francos en letras —se corrigió— a doce y quince meses... Y aun así es bastante arriesgado... Tendremos que tomar doce mil francos de nuestra cuenta con Métivier. Únicamente esto ya sumará quince mil francos. Pero es todo cuanto yo pagaría por explotar el descubrimiento yo solo. ¿Así que ésta es la ganga de la que me hablabas, Boniface?... Pues muchas gracias, ¡te creía más listo! No, esto no es lo que se llama un negocio...

—La cuestión se reduce para ustedes a lo siguiente —dijo entonces Petit-Claud sin asustarse por esta salida—, ¿quieren arriesgar veinte mil francos para comprar un descubrimiento que puede enriquecerles? Pero, señores, los riesgos están siempre en proporción con los beneficios... Es una apuesta de veinte mil francos contra una fortuna. En la ruleta el jugador arriesga un luis para ganar treinta y seis, pero sabe que puede perderlo. Hagan lo propio.

—Pido que me dejen pensarlo —dijo Cointet el gordo—; no soy tan inteligente como mi hermano. Soy solamente un simplón que no sabe hacer más que una cosa: fabricar el devocionario a veinte sueldos y venderlo a cuarenta. Para mí una invención que está todavía muy verde puede llevar a la ruina. La primera tina saldrá bien, mal la segunda, persistiremos en ello, nos dejaremos llevar, y cuando uno está metido hasta los corvejones, se acaba dejando hasta la piel...

Y contó la historia de un comerciante de Burdeos que se había arruinado por haber querido cultivar en las Landas confiando en las teorías de un sabio; dio con seis ejemplos parecidos en los departamentos del Charente y de Dordoña, en la industria y en la agricultura; perdió los estribos, no quiso escuchar nada más, y las objeciones de Petit-Claud no hacían sino aumentar su irritación en vez de calmarla.

—Prefiero comprar más caro algo más seguro, y no tener más que unos pequeños beneficios, que este descubrimiento —dijo mirando a su hermano—. Para mí, el proceso no me parece aún lo bastante desarrollado como para que sea un negocio —exclamó a modo de conclusión.

—Pero bien, ustedes han venido aquí para algo —dijo Petit-Claud—. ¿Qué ofrecen?

—Liberar a monsieur Séchard y asegurarle, en caso de éxito, el treinta por ciento de los beneficios —repuso vivamente Cointet el gordo.

—¡Eh, señor! —dijo Ève—. ¿Y de qué viviremos mientras duren los experimentos? Mi marido ha sufrido la vergüenza de verse detenido, puede volver a prisión; las cosas no van a cambiar por eso, y nosotros pagaremos nuestras deudas...

Petit-Claud se llevó un dedo a los labios mirando a Ève.

—No son ustedes razonables —dijo dirigiéndose a los dos hermanos—. Han visto el papel, papá Séchard les contó que su hijo, a quien había encerrado, fabricó en una sola noche, con ingredientes de muy bajo coste, un papel excelente... Han venido aquí para ponerse de acuerdo sobre la compra. ¿Quieren comprar, sí o no?

—Escuche —dijo Cointet el largo—, tanto si mi hermano quiere como si no, yo arriesgo el pago de las deudas de monsieur Séchard; ofrezco seis mil francos al contado, y monsieur Séchard recibirá el treinta por ciento de los beneficios; pero escuchen bien esto: si dentro de un año no ha conseguido cumplir las condiciones que él mismo establezca en la escritura, nos devolverá los seis mil francos, la patente quedará en nuestro poder y trataremos de resarcirnos como podamos.

—¿Estás seguro de ti? —dijo Petit-Claud haciendo un aparte con David.

—Sí —respondió David, que cayó en la trampa tendida por los dos hermanos y que temblaba sólo de pensar que Cointet el gordo pudiera mandar al traste el acuerdo del que dependía su porvenir...

—Muy bien, pues, entonces, voy a redactar la escritura —dijo Petit-Claud a los Cointet y a Ève—; esta noche enviaré una copia a cada uno, tendrán toda la mañana para reflexionar sobre ella, y luego, por la tarde, a eso de las cuatro, cuando salga de la Audiencia, la firmarán. Ustedes, señores, retiren las

letras de Métiévier. Yo, por mi parte, escribiré para que suspendan el procedimiento en el Tribunal Real y nos notificaremos las desestimaciones.

He aquí el enunciado de las obligaciones de Séchard.

ENTRE LOS ABAJO FIRMANTES, etc.

Afirmando monsieur David Séchard hijo, impresor en Angulema, haber descubierto el sistema de encolado del papel en tina y al mismo tiempo el sistema para reducir el coste de fabricación de cualquier tipo de papel en más de un cincuenta por ciento mediante el empleo de sustancias vegetales en la pasta, bien mezclándolas con los trapos utilizados hasta ahora, bien utilizándolas sin agregado de trapos, se constituye una Sociedad entre monsieur David Séchard hijo y Cointet Hermanos para la explotación de la patente de invención, que se ha de establecer sobre la base de dichos procedimientos, con las cláusulas y condiciones siguientes...

Uno de los artículos de la escritura despojaba completamente a David Séchard de sus derechos en el caso de que no cumpliera las promesas especificadas en aquel texto cuidadosamente redactado por Cointet el largo y aceptado por David.

Al llevarles esta escritura a la mañana siguiente, a las siete y media, Petit-Claud hizo saber a David y a su mujer que Cérizet ofrecía veintidós mil francos al contado por la imprenta. El contrato de venta podía firmarse aquella misma tarde.

—Pero si los Cointet se enteraran de esta compra —añadió—, serían capaces de no firmar la escritura, perseguirles y hacerles vender esto...

—¿Está seguro del pago? —preguntó Ève, extrañada de ver concluirse un asunto sobre el que había perdido ya toda esperanza y que tres meses antes lo habría salvado todo.

—Tengo el dinero en mi casa —respondió lacónicamente.

—¡Pero esto es cosa de magia! —dijo David preguntando a Petit-Claud la causa de aquella suerte.

—Es algo muy simple. Los comerciantes del Houmeau quieren fundar un periódico —dijo Petit-Claud.

—Pero yo me comprometí a no hacerlo —exclamó David.

—Usted sí; pero ¿y su sucesor?... Además —añadió—, no se preocupe por nada; venda, embólsese el dinero y deje que Cérizet se las apañe con las cláusulas de la venta, ya sabrá salirse él sólo del apuro.

—Oh, sí —dijo Ève.

—Si usted se comprometió a no imprimir ningún periódico en Angulema, los que financian a Cérizet lo harán en el Houmeau.

Deslumbrada por la perspectiva de contar con treinta mil francos y de dejar de tener problemas económicos, Ève no dio más importancia a la escritura. Así, los Séchard cedieron en una cláusula que provocó una última discusión. Cointet el largo exigió que se pusiera a su nombre la patente de invención. Consiguió demostrar que, desde el momento en que los derechos útiles de David estaban perfectamente definidos en la escritura, era indiferente que la patente estuviera a nombre de cualquiera de los socios. Y su hermano concluyó: «¡Es él quien pone el dinero para la patente, quien costea los gastos del viaje, que suponen dos mil francos más! Que se ponga a su nombre, o no hay nada que

hacer». El chacal triunfó, pues, en toda la línea. La escritura fue firmada hacia las cuatro y media. Cointet el largo regaló galantemente a madame Séchard seis docenas de cubiertos repujados con filetes y un bonito chal de Ternaux, para alfileres, con el fin de hacerle olvidar, dijo, la acalorada discusión. Apenas se habían intercambiado las copias, y Cachan acababa de entregar a Petit-Claud los descargos, los documentos y las tres terribles letras firmadas por Lucien, cuando se oyó la voz de Kolb en la escalera precedida por el ruido ensordecedor de un coche de las Mensajerías, que se detuvo ante la puerta.

—¡Señora, señora!, quince mil francos... —exclamó—. ¡Mantatos teste Boidiers (Poitiers), en medálico bor el señor Lugien!

—¡Quince mil francos! —exclamó Ève levantando los brazos.

—Sí, señora —dijo el cartero presentándose—, quince mil francos que ha traído la diligencia de Burdeos, que venía bien cargada, ¡ya lo creo! Tengo dos hombres abajo que le suben las talegas. Se lo expide monsieur Lucien Chardon de Rubempré. Le subo una pequeña bolsa de cuero en la que hay para usted quinientos francos en monedas de oro y es de suponer que una carta.

Ève creyó estar soñando al leer la carta siguiente:

Mi querida hermana:

Te mando quince mil francos.

En lugar de matarme, he vendido mi vida. Ya no soy dueño de mí, me he convertido en algo más que el secretario de un diplomático español, soy su criatura.

Comienzo una existencia terrible. Tal vez me habría valido más ahogarme.

Adiós. David quedará libre, y con cuatro mil francos podrá, sin duda, comprar una pequeña papelería y hacer fortuna.

No penséis más, os lo ruego, en vuestro pobre hermano

Lucien

—Está escrito —dijo madame Chardon, que acudió a ver cómo se apilaban las talegas— que mi pobre hijo será siempre fatal, como escribía él mismo, incluso haciendo el bien.

—¡De buena nos hemos librado! —exclamó Cointet el largo cuando se encontró en la place du Mûrier—. Una hora más tarde los reflejos de ese dinero habrían iluminado la escritura, y a nuestro hombre le habría entrado el miedo. Dentro de tres meses, como nos ha prometido, sabremos a qué atenernos.

Por la tarde, a las siete, Cérizet compró la imprenta y la pagó, cargando con el alquiler del último trimestre. Al día siguiente, Ève entregaba cuarenta mil francos al recaudador general, para la compra, a nombre de su marido, de dos mil quinientos francos de renta pública. Luego le escribió a su suegro para que le encontrara en Marsac una pequeña finca de diez mil francos, a fin de invertir allí su fortuna personal.

El plan de Cointet el largo era extremadamente simple. De entrada consideró que el encolado en tina era imposible. La adición de sustancias vegetales de bajo coste a la pasta de trapos le pareció el verdadero y único medio de conseguir su propósito. Por eso se propuso no dar importancia alguna al

abaratamiento de la pasta e insistir mucho en el encolado en tina. He aquí por qué. En aquel tiempo las papeleras de Angulema fabricaban casi exclusivamente distintos formatos de papel de escribir llamados écu, poulet, écolier, coquille, que naturalmente contienen todos cola, y que durante mucho tiempo fueron el orgullo de la industria papelerá de Angulema. Por ello, esta especialidad, cuyo monopolio tenían desde hacía mucho los fabricantes de Angulema, justificaba la exigencia de los Cointet; pero, en realidad, el papel encolado, como acto seguido se verá, no tenía nada que ver con su especulación. El suministro de papel de escribir es muy reducido, mientras que el del papel que se emplea para la impresión y sin encolar es casi ilimitado. Con ocasión del viaje que hizo a París para poner la patente a su nombre, Cointet el largo pensó en cerrar algunos acuerdos que iban a determinar un gran cambio en su producción. Hospedado en casa de Métivier, Cointet le dio instrucciones para que, en el espacio de un año, se hiciera con el suministro de los periódicos quitándoselo a los papeleros que lo explotaban, mediante el recurso de bajar la resma a un precio con el que ninguna fábrica pudiera competir y prometiendo a cada periódico un papel más blanco y de calidad superior a todos los empleados hasta entonces. Dado que los contratos con los diarios son a plazo fijo, a fin de conquistar aquel monopolio iba a precisar de cierto período de trabajos subterráneos con las administraciones; pero Cointet había calculado que contaría con tiempo suficiente para deshacerse de Séchard mientras Métivier lograba unos acuerdos con los principales diarios de París, cuyo consumo de papel se elevaba por entonces a doscientas resmas diarias. Naturalmente, Cointet concedió a Métivier un porcentaje sobre la mercancía suministrada, para tener así un hábil representante en la plaza de París, y no perder tiempo en viajes. La fortuna de Métivier, una de las más considerables del comercio del papel, tuvo su origen precisamente en este negocio. Durante diez años, sin competencia posible, tuvo el suministro de la prensa de París. Tranquilizado en cuanto al mercado futuro, Cointet el largo regresó a Angulema a tiempo de asistir a la boda de Petit-Claud, cuyo bufete había sido vendido, y que estaba a la espera del nombramiento de su sucesor para poder ocupar el puesto de monsieur Milaud, prometido al protegido de la condesa Du Châtelet. El segundo fiscal sustituto del procurador real en Angulema fue nombrado primer fiscal sustituto en Limoges, y el Guardasellos envió a uno de sus protegidos al Tribunal de Angulema, donde el puesto de primer fiscal sustituto quedó vacante por espacio de dos meses. Este intervalo fue la luna de miel de Petit-Claud. En ausencia de Cointet el largo, David hizo una primera tina sin cola que dio un papel de periódico superior al que empleaban éstos, y luego una segunda tina de un papel velina magnífico destinado a las ediciones de lujo y del que se sirvió la imprenta Cointet para una edición del devocionario de la diócesis. David había preparado personalmente los materiales en secreto, porque no quiso más operarios con él que a Kolb y a Marion.

Al regreso de Cointet el largo las cosas cambiaron completamente; estudió las muestras de los papeles fabricados y no quedó muy satisfecho.

—Mi querido amigo —le dijo a David—, la especialidad del comercio de Angulema es la coquille. Por tanto, lo primero que hay que hacer es la más bonita coquille posible al cincuenta por ciento del actual precio de coste.

David trató de fabricar una tina de pasta encolada para el formato coquille y obtuvo un papel áspero como un cepillo y en el que la cola se agrumaba. El día en que hubo terminado el experimento y tuvo David en su mano una de las hojas, se fue a un rincón para desahogar a solas su pesadumbre; pero Cointet el largo fue a darle ánimos, estuvo de una amabilidad encantadora con él y consoló a su socio.

—No se desaliente —dijo Cointet—. ¡Adelante siempre! Soy buena persona y le comprendo, ¡seguiré hasta el final!...

—¡La verdad es que estamos con buena gente —dijo David a su mujer al regresar a casa para comer—, y nunca habría creído que Cointet el largo pudiera ser tan generoso!

Y le contó la conversación que había tenido con su pérfido socio.

Pasaron tres meses en experimentos. David dormía en la papelera y observaba los efectos de las diversas composiciones de la pasta. Unas veces atribuía su fracaso a la mezcla de trapos y sustancias vegetales, y preparaba una tina íntegramente compuesta de sus ingredientes. Otras trataba, en cambio, de encolar una tina toda de trapos. Prosiguiendo su labor con un tesón admirable y ante la mirada de Cointet el largo, de quien el pobre hombre ya no desconfiaba, David terminó por agotar toda la serie de sus ingredientes combinados con diferentes colas. Durante los seis primeros meses del año 1823, David Séchard vivió con Kolb en la papelera, si se puede llamar vivir a descuidar su sustento, su vestimenta y su cuidado personal. Se batió con tanto desespero contra las dificultades, que para otros que no fueran los Cointet habría sido un espectáculo sublime, porque ningún pensamiento interesado movía a aquel atrevido luchador. Momento hubo en que no deseó otra cosa que la victoria. Observaba con gran sagacidad los efectos tan curiosos de las sustancias transformadas por el hombre en productos para sus propios fines, y en los que las resistencias secretas de la naturaleza se ven, en cierto modo, domadas. Sacó de todas aquellas observaciones una serie de deducciones sobre las leyes fascinantes que rigen los procedimientos industriales, y concluyó que no podían lograrse aquellos efectos más que obedeciendo a las relaciones ulteriores entre las sustancias, a lo que llamó su segunda naturaleza. Finalmente, en el mes de agosto, consiguió obtener un papel encolado en tina, idéntico al que fabrica la industria actualmente, y que se emplea como papel de pruebas en las imprentas, pero cuya calidad no es uniforme y cuyo encolado en muchas ocasiones deja mucho que desear. Este resultado, estimable para 1823, teniendo en cuenta la situación de la industria papelera, había costado diez mil francos, y David esperaba resolver las últimas dificultades del problema. Pero entonces comenzaron a correr por Angulema y el Houmeau unos singulares rumores: David Séchard estaba arruinando a los hermanos Cointet. Después de haber derrochado treinta mil francos en experimentos, no había conseguido obtener, según se decía, más que un papel muy malo. El resto de los fabricantes, asustados, se atenían a los antiguos métodos y, celosos de los Cointet, iban propagando el rumor de la próxima ruina de esta ambiciosa casa. Cointet el largo, por su parte, encargaba máquinas para fabricar el papel continuo, permitiendo que se creyera que esta maquinaria era necesaria para los experimentos de David Séchard. Pero el jesuítico comerciante mezclaba en la pasta los ingredientes indicados por Séchard y, mientras le animaba a ocuparse exclusivamente del encolado en tina, mandaba a Métivier miles de resmas de papel de periódico.

En el mes de septiembre, Cointet el largo hizo un aparte con David Séchard, y, al enterarse por él de que meditaba un experimento triunfal, le disuadió de que siguiera con aquella lucha.

—Mi querido David, váyase a Marsac a ver a su mujer y a descansar de sus esfuerzos; no queremos arruinarnos —le dijo amistosamente—. Lo que usted considera un gran éxito no es más que un punto de partida. Queremos esperar antes de lanzarnos a nuevos experimentos. Admítalo. Vea los resultados. No sólo somos papeleros, sino también impresores, banqueros, y ya dicen que nos arruina usted... —David Séchard hizo un gesto de sublime ingenuidad para protestar de su buena fe—. No son cincuenta mil francos tirados al Charente lo que nos arruinará —continuó Cointet el largo respondiendo al gesto de David—, pero no queremos vernos obligados, por las calumnias que corren sobre nosotros, a tener que pagarlo todo al contado; nos veríamos obligados a interrumpir nuestra actividad. Hemos llegado al final de nuestro contrato, y es preciso que ambas partes reflexionemos.

«¡Tiene razón!», se dijo David, quien, enfrascado en sus experimentos a gran escala, no había reparado en el intenso ritmo de trabajo de la fábrica.

Y así regresó a Marsac, donde, desde hacía seis meses, iba a ver a Ève todos los sábados por la noche para volver a marcharse el martes por la mañana. Bien aconsejada por el viejo Séchard, Ève había comprado, justo delante de los viñedos de su suegro, una casa llamada La Verberie, con tres fanegas de jardín, y un cercado de viñas enclavado en el viñedo de su suegro. Vivía con su madre y Marion con estrecheces, porque había de pagar aún cinco mil francos por esta preciosa propiedad, la más bonita de Marsac. La casa, entre el corral y el jardín, estaba construida de toba blanca, con el tejado de pizarra y adornada con esculturas que uno puede permitirse a no muy alto precio cuando se dispone de un material fácil de esculpir como la toba. El bonito mobiliario, procedente de Angulema, parecía todavía más bonito en el campo, donde nadie en la región hacía alarde aún del más mínimo lujo. Delante de la fachada, del lado del jardín, había una fila de granados, naranjos y plantas raras que el anterior propietario, un anciano general muerto a manos de monsieur Marron, cultivaba personalmente. Fue debajo de un naranjo, en el momento en que David estaba jugando con su mujer y su pequeño Lucien, en presencia de su padre, cuando el alguacil trajo personalmente una comunicación de los hermanos Cointet a su socio para constituir el tribunal arbitral ante el cual, según los acuerdos de su escritura, debían resolverse sus diferencias. Los hermanos Cointet reclamaban la devolución de los seis mil francos y la propiedad de la patente, aparte de los futuros beneficios de su explotación, a título de indemnización por los enormes gastos hechos por ellos sin ningún fruto.

—¡Dicen que les estás arruinando! —manifestó el viñador a su hijo—. Es lo único de todo lo que has hecho que me satisface.

Al día siguiente, Ève y David estaban a las nueve en la antesala de monsieur Petit-Claud, convertido en el defensor de la viuda y el tutor del huérfano, y cuyos consejos les parecieron los más indicados para seguir. El magistrado recibió con gran afabilidad a sus antiguos clientes, y se empeñó en que los señores Séchard le hicieran el honor de comer con él.

—¡Los Cointet les reclaman seis mil francos! —dijo sonriendo—. ¿Cuánto deben aún del precio de La Verberie?

—Cinco mil francos, pero ya tengo dos mil... —respondió Ève.

—Guárdese sus dos mil francos —repuso Petit-Claud—. Veamos, cinco mil..., necesitan aún diez mil francos para instalarse cómodamente allí... Pues bien, dentro de un par de horas los Cointet les traerán quince mil francos...

Ève hizo un gesto de sorpresa.

—... A cambio de su renuncia a todos los beneficios pactados en la escritura que disolveremos por vía amistosa —prosiguió el magistrado—. ¿Están de acuerdo?

—¿Y esta suma será legalmente nuestra? —preguntó Ève.

—Absolutamente legal —dijo el magistrado sonriendo—. Los Cointet ya les han causado bastantes disgustos y voy a poner fin a sus pretensiones. Escuchen, hoy soy magistrado y tienen derecho a saber la verdad. Pues bien, los Cointet les están enredando en este momento, pero tienen ustedes las manos atadas. Si aceptan declararles la guerra, podrían incluso ganar la causa que ellos plantean ahora contra ustedes. Pero ¿quieren seguir pleiteando durante diez años? Se multiplicarán los peritajes y los arbitrajes

y estarán a merced de los pareceres más contradictorios... Y —dijo sonriendo— no conozco aquí a ningún abogado que pueda defenderles, pues mi sucesor no está a la altura. Piénsenlo, un mal arreglo es preferible a un buen pleito...

—Cualquier arreglo que nos traiga la tranquilidad me parecerá bien —dijo David.

—Paul —llamó a voces Petit-Claud a su criado—, ¡vaya a buscar a monsieur Ségaud, mi sucesor!... Mientras nosotros comemos, él irá a ver a los Cointet —dijo a sus antiguos clientes—, y dentro de unas horas volverán a Marsac, arruinados, pero tranquilos. Con diez mil francos podrán conseguir quinientos francos más de renta, y vivirán felices en su bonita finca.

Al cabo de dos horas, como Petit-Claud había dicho, el abogado Ségaud volvió con unas escrituras debidamente firmadas por los Cointet y con quince billetes de mil francos.

—Te debemos mucho —dijo Séchard a Petit-Claud.

—Pero si acabo de arruinarles —respondió Petit-Claud a sus antiguos clientes, extrañados—. Les he arruinado, se lo repito, ya lo verán con el tiempo; pero les conozco y sé que prefieren su ruina a una fortuna que podría llegar demasiado tarde.

—No somos interesados, señor, le agradecemos que nos haya proporcionado los medios para conseguir ser felices —dijo madame Ève—, y siempre le estaremos agradecidos.

—¡Dios mío, no me bendigan!... —dijo Petit-Claud—. Siento remordimientos, pero creo que hoy lo he reparado todo. Si he llegado a magistrado ha sido gracias a ustedes; y si alguien tiene que sentirse agradecido, ése soy yo... Adiós.

Con el tiempo, el alsaciano cambió de opinión con respecto a papá Séchard, el cual, por su parte, tomó afecto al alsaciano, al descubrir que también él no sabía leer ni escribir y le gustaba empinar el codo. El antiguo oso enseñó al ex coracero a cultivar las viñas y a vender sus productos; y le instruyó con el propósito de dejarles a sus hijos un hombre con la cabeza sobre los hombros, porque en sus últimos días estuvo obsesionado por grandes y pueriles temores acerca de la suerte de sus bienes. Courtois, el molinero, se había convertido en su confidente.

—Ya verá —le decía— cómo andará todo en casa de mis hijos cuando yo esté en la hoya. ¡Ah, Dios mío! Tiemblo sólo de pensar en su futuro.

En marzo de 1829, el viejo Séchard murió, dejando unos doscientos mil francos en tierras, que, sumados a La Verberie, formaron una magnífica propiedad muy bien administrada por Kolb desde hacía dos años.

David y su mujer encontraron en casa del padre cerca de cien mil escudos en oro. Las habladurías, como siempre, exageraron de tal modo el tesoro del viejo Séchard, que todo el departamento del Charente lo evaluó en un millón. Con esta herencia y su pequeño patrimonio Ève y David tuvieron cerca de treinta mil francos de renta. Como habían esperado un poco de tiempo antes de invertir sus capitales, durante la Revolución de Julio pudieron colocarlos en títulos del Tesoro. Sólo entonces el departamento del Charente y David Séchard pudieron hacerse una idea aproximada de la fortuna de Cointet el largo. Millonario, elegido diputado y nombrado par de Francia, corre el rumor de que en el próximo gobierno será ministro de Comercio. En 1842 se casó con la hija de uno de los hombres de Estado más influyentes de la dinastía, mademoiselle Popinot, hija de monsieur Anselme Popinot, diputado de París y alcalde de un distrito.

El descubrimiento de David Séchard ha entrado en la industria francesa como el alimento en un gran organismo. Gracias a la introducción de sustancias distintas del trapo, Francia puede fabricar papel a un precio más bajo que cualquier otro país de Europa. Pero, tal como había previsto David Séchard, el papel de Holanda ya no existe. Más pronto o más tarde será sin duda necesario crear una manufactura real del papel, a ejemplo de las manufacturas de los Gobelinos, de Sèvres, de la Savonnerie y de la Imprenta Real que, hasta el presente, han conseguido resistir los embates de los vandálicos burgueses.

David Séchard, amado por su mujer, padre de dos hijos y una hija, ha tenido el buen gusto de no hablar nunca de sus tentativas, así como Ève ha tenido el buen sentido de hacerle renunciar a la terrible vocación de los inventores, esos nuevos Moiseses atormentados por la zarza ardiente de Horeb. Cultiva las letras por simple recreo, pero lleva la vida feliz e indolente del propietario acomodado. Tras haber dicho un adiós definitivo a la gloria, se ha alineado resueltamente con la clase de los soñadores y coleccionistas; se dedica a la entomología e investiga las transformaciones secretas de los insectos que por ahora la ciencia sólo conoce en su último estadio.

Todo el mundo ha oído hablar de los éxitos de Petit-Claud como procurador general; es el rival del famoso Vinet de Provins, y su ambición es llegar a ser primer presidente del Tribunal Real de Poitiers.

Cérizet, condenado en repetidas ocasiones por delitos políticos, ha dado mucho que hablar. El más intrépido de los hijos perdidos del partido liberal fue apodado Cérizet el Valiente. Obligado por el sucesor de Petit-Claud a vender su imprenta de Angulema, buscó en los escenarios de los teatros de provincias una nueva existencia que su talento como actor podía convertir en brillante. Una joven primera actriz le obligó a ir a París para buscar en la ciencia remedios contra el amor, y trató allí de explotar el favor que le dispensaba el partido liberal.

Por lo que se refiere a Lucien, su vuelta a París forma parte de las Escenas de la vida parisiense.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es